



LA · LEYENDA

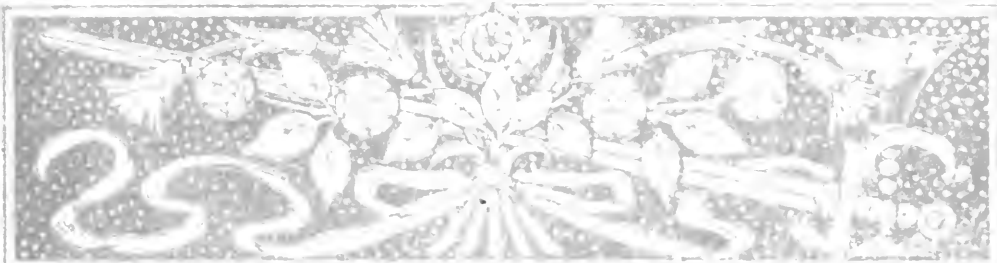
de D · JUAN

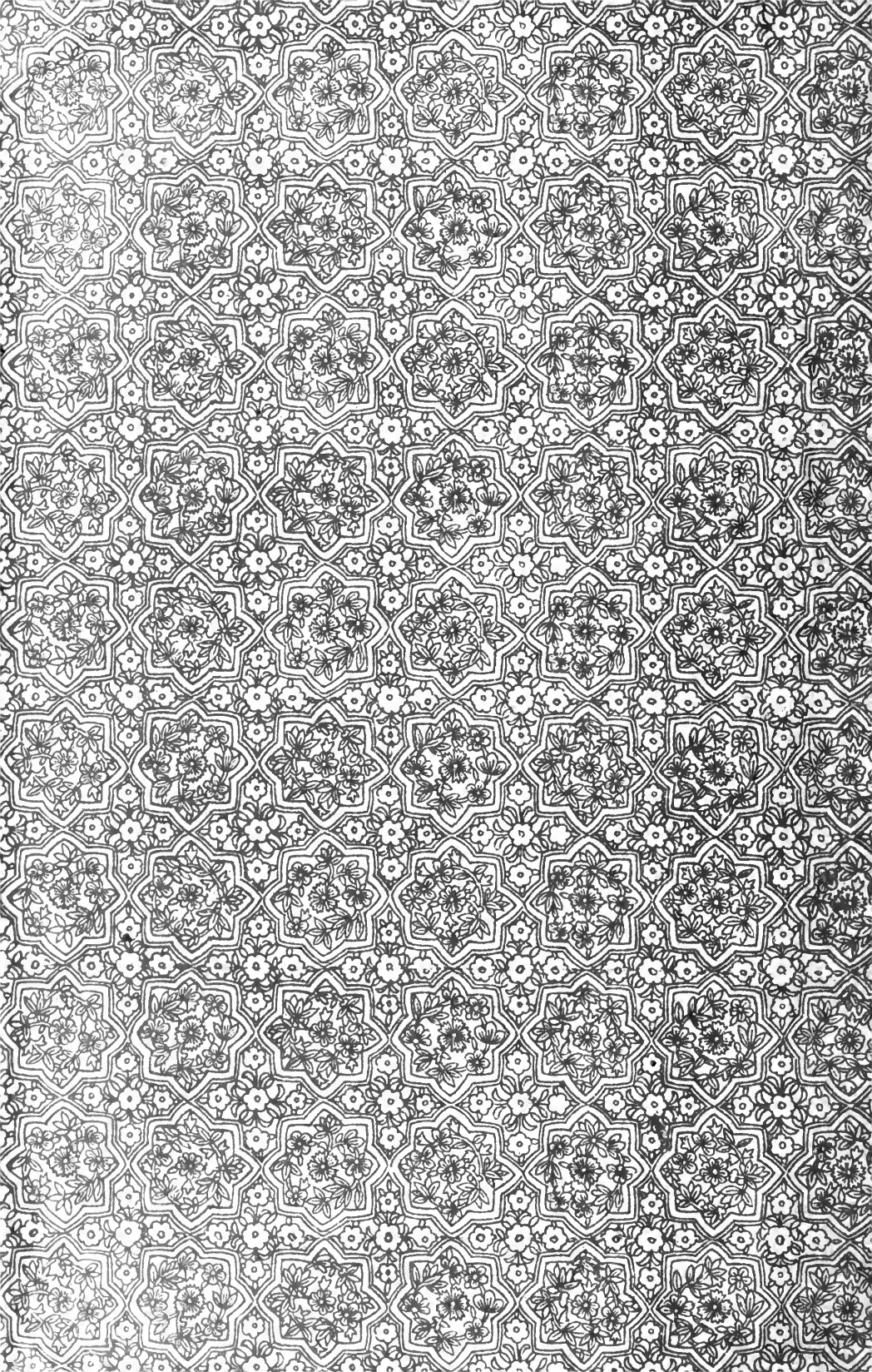
TENORIO

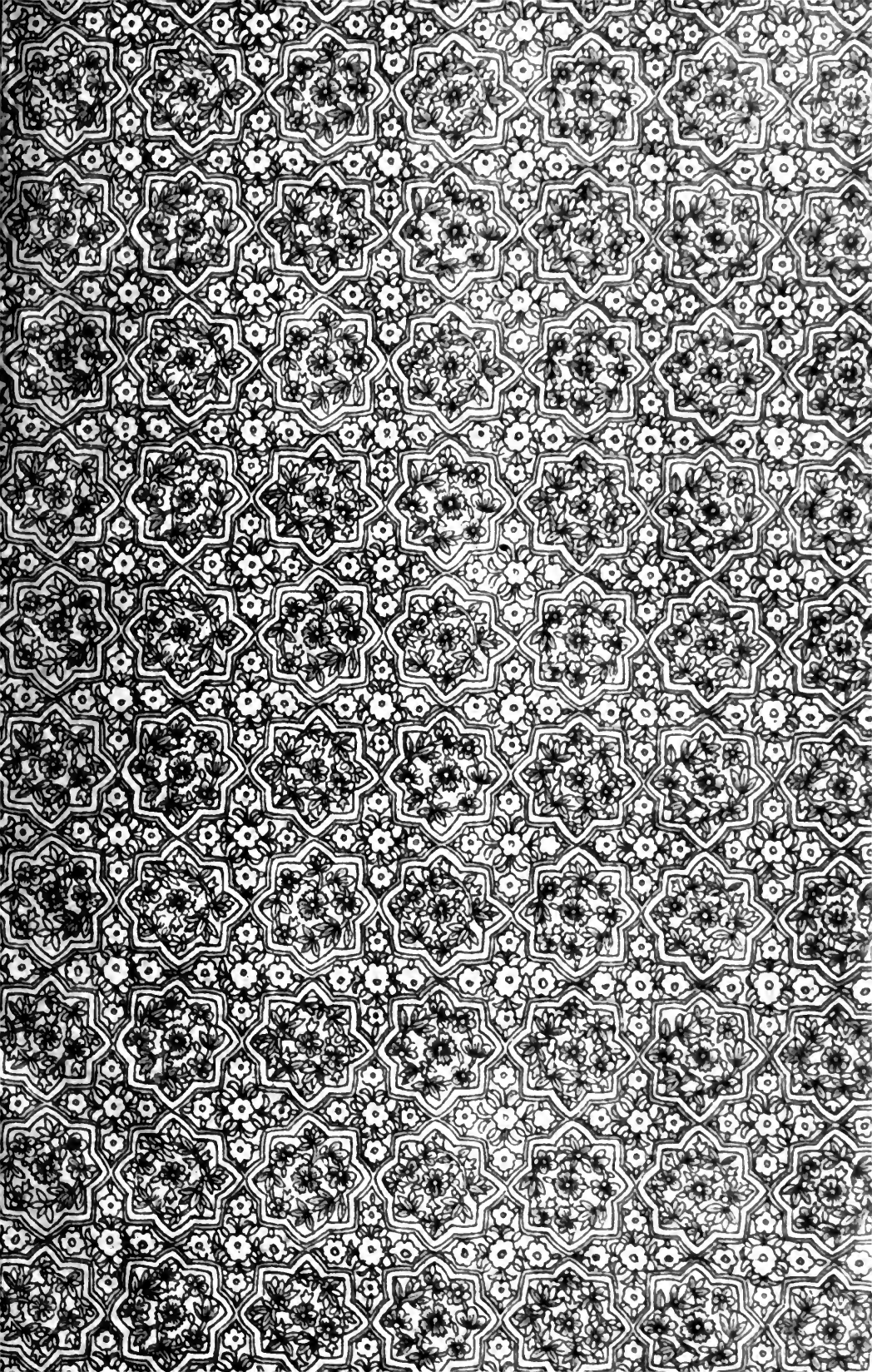
por JOSÉ ZORRILLA

1880

EL REPOSICION









#450



LA LEYENDA

DE

DON JUAN TENORIO









*José Lorrilla*

JOSE ZORRILLA

---

LA LEYENDA

DE

DON JUAN TENORIO

(FRAGMENTO)



ILUSTRACIÓN DE J. L. PELLICER



BARCELONA

---

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 - 311

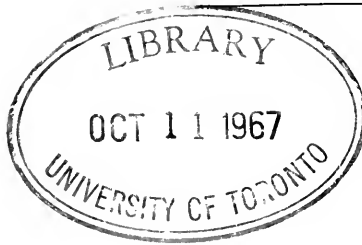
1895

PQ  
6575  
L38  
1895

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

---





## PRÓLOGO DE LOS EDITORES

*Apenas hubo el gran poeta D. José Zorrilla terminado la Leyenda del Cid que escribió expresamente para esta casa editorial, encargámosle que escribiera un poema relacionado con una de sus obras más bellas y sin disputa la que más popular ha hecho el nombre del esclarecido vate, el drama fantástico Don Juan Tenorio, esa producción genial que han escuchado con deleite dos generaciones y que parece adquirir nueva vida y despertar mayor interés cuantos más años sobre ella pasan.*

*Zorrilla acogió con entusiasmo nuestra proposición, y trazado el plan de la que él titulaba LA LEYENDA DE D. JUAN TENORIO, comenzó á desarrollarlo y á revestirlo de esa forma bellísima que como ningún otro supo dar á sus inspiradas creaciones el cantor de Granada.*

*Pasado algún tiempo, nos entregó una parte de su trabajo, que guardamos en cartera esperando la continuación de la obra; pero transcurrieron años y, á pesar de nuestros víctimos deseos y constantes excitaciones, esa continuación no vino y la muerte al fin sorprendió al poeta ilustre, quedando sin terminar esta obra que con tanto cariño empezara.*

*Poseedores de este fragmento, que aun con ser tal resulta importantísimo, puesto que consta de unos siete mil versos y*

*que constituye en cierto modo la primera parte completa de LA LEYENDA DE DON JUAN TENORIO, creemos prestar un servicio á la literatura patria dándolo hoy á conocer al público en nuestra Biblioteca Universal, con lo que entendemos también rendir un nuevo homenaje de nuestra admiración y de nuestro cariño á Zorrilla y complacer al propio tiempo á nuestros suscriptores, que indudablemente habrán de ver con gusto publicada en la Biblioteca la obra póstuma del inmortal poeta, una de las más grandes y legítimas glorias de nuestra patria.*

*Y á fin de que esta edición del libro tenga toda la importancia que el texto merece, hemos confiado la ilustración del mismo á José Luis Pellicer, cuya maestría en el arte que cultiva no hemos de encarecer nosotros, ya que propios y extraños reconocen en él á uno de los primeros dibujantes españoles.*

LOS EDITORES







• Primera Parte •



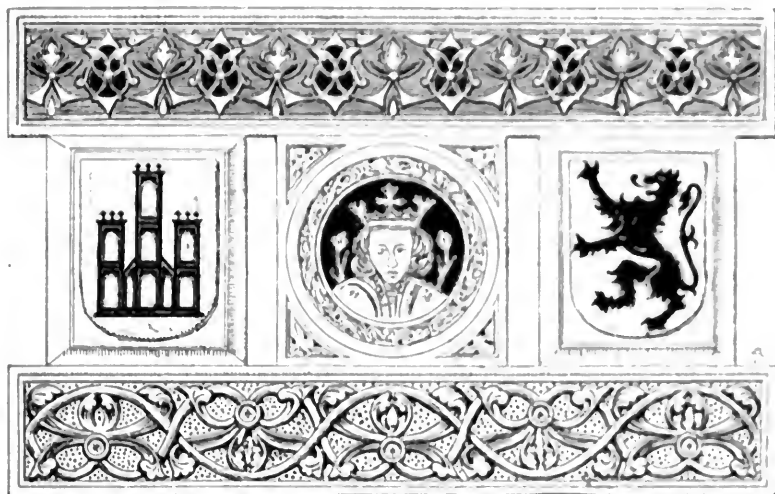
**L**a • cuestion •

de

**A**mbia







**E**N tiempos del cuarto Enrique,  
á quien la historia y la gente  
apodan el impotente,  
lo cual no hay quien certifique,  
andaba toda Castilla  
levantadiza y revuelta;  
y, por más rica, más suelta  
de todo freno Sevilla.

Hirviendo en esta ciudad  
de antigua discordia el germen,  
sin que le atajen ni mermen  
fuerza, ley ni autoridad,



los nobles y los pecheros,  
partidos en banderías,  
se daban á tropelías,  
venganzas y desafueros;  
y no hubo lugar sagrado  
ni hombre honrado ni doncella  
á quien la borrasca aquella  
no dejase atropellado.

Germinaba cada día  
por cada nueva ambición  
una nueva rebelión  
ó una nueva bandería:  
y los ricos y los nobles,  
cuando las calles cruzaban,  
en pos sus gentes llevaban  
con hierro y defensas dobles:  
y en llegando á anochecer,  
de su posada al salir,  
nadie podía decir  
cuándo podría volver.





¡Fué aquel un tiempo sin parl  
El Primado de Toledo,  
tan sin fe como sin miedo  
conspirando sin cesar,

tiró la mitra en el coro  
y, á su cabildo olvidando,  
campeó, una hueste pagando  
de sus rentas con el oro.

De Santiago y de Sevilla  
los prelados, á su ejemplo,  
saliéronse de su templo  
á merodear por Castilla;

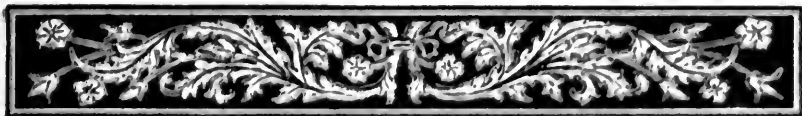
y para aumentar su clero  
tamañas calamidades,  
se presentó en sus ciudades  
agresivo y pendenciero.

Es lo que la historia arroja,  
no una calumnia villana:  
lo dice el padre Mariana  
á vuelta de cada hoja.

Villena y los principales  
de Aragón y de Castilla  
ser no hubieron á mancilla  
traidores y desleales;



y más potentes que el rey,  
diéronle por impotente,  
nombrándole descendiente  
contra su gusto y la ley;  
y no dudando afirmar  
lo imposible de saber,  
á la hija de su mujer  
por no suya osaron dar.



En Ávila su persona  
en efigie colocando  
sobre un cadalso, quitando  
la fueron manto, corona,  
espuelas, cetro y espada,  
de un pregonero á la voz,  
y al fin con escarnio atroz  
fué su estatua derribada.

El infante Don Alonso  
su hermano, á quien todavía  
barba en la faz no nacía,  
mancebo impúber é intonso,  
presenció tamaño ultraje,  
y se dejó coronar  
y de la efigie ataviar  
con las insignias y el traje.

Fué aquel un siglo en el cual  
no vió el pueblo de Castilla  
más que crecer la mancilla  
del menguado poder real:



y aquel pobre rey Enrique,  
tengo yo por evidente  
que, si hay por qué de impotente  
el título se le aplique,

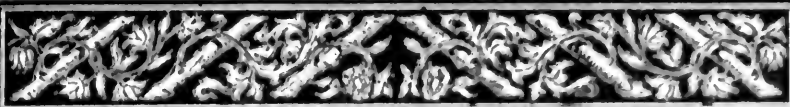
es porque con nadie pudo  
y todos más que él pudieron,  
á los que le escarnecieron  
sirviendo él mismo de escudo.

Todo vástago postrero  
de raza que degenera  
sufre de su raza entera  
el peso desde el primero.

Su abuelo Enrique, al dosel  
al subir á puñaladas,  
no le dejaba sembradas  
más que traiciones á él.

Creyó ganar con larguezas  
la fe de los corazones,  
y fomentó las traiciones  
que procuraban riquezas.





Perdonó á todos mil veces  
una y otra avilantez,  
y salieron cada vez  
todos del perdón con creces.

Creció en poder la nobleza,  
en vicios la clerecía,  
la milicia en osadía,  
y el rey en mengua y vileza;  
y al escándalo y la mofa  
de la autoridad real  
haciendo eco universal  
la gente de baja estofa,  
á costa del soberano  
nobleza, clero y milicia,  
do pudieron, sin justicia  
ni ley metieron la mano.

Sin fuerza, pues, ni decoro  
el rey, sin prestigio el clero,  
todo el pueblo en desafuero  
y en las fronteras el moro,



llegó España á extremo tal,  
que sin fe, ley ni recato,  
sólo atendió en tal rebato  
su agosto á hacer cada cual.

Tal era la situación  
del reino y rey de Castilla  
cuando á la alegre Sevilla  
nos lleva esta narración.





RAN tierra es Andalucía!

La gente allí alegre toma  
la vida efímera á broma,  
y hace bien por vida mía.

Con un clima siempre sano,  
bajo un cielo siempre puro,  
afán no pasa ni apuro  
por lo que no está en su mano:



y en un suelo siempre abierto  
á doble y feraz cosecha,  
sobre él duerme y cuentas no echa  
con un porvenir incierto.

Gran tierra es Andalucía,  
y la flor de aquella tierra  
es Sevilla, porque encierra  
la flor de cuanto Dios cría.

Los moros sobre Granada  
pusieron su paraíso,  
mas nadie en él entrar quiso  
si hizo en Sevilla jornada.

Quien á Sevilla no vió  
no vió nunca maravilla,  
ni quiso irse de Sevilla  
nadie que en Sevilla entró.

«¡Ver Nápoles y morir!»  
dicen los napolitanos;  
mas dicen los sevillanos:  
«¡Ver Sevilla, y á vivir!»



Fenicia, romana, goda,  
árabe y al fin cristiana,  
de toda la raza humana  
la flor atesoró toda:

árabes, godos, romanos  
dejaron al paso en ella,  
de su genio con la huella,  
los primores de sus manos,  
y de ellos tiene á millares  
modelos, tipos y ejemplos  
de acueductos, puentes, templos,  
alcázares y alminares:

porque los siglos su frente  
fueron tocando á porfía  
con la flor de lo que hacía  
de cada siglo la gente.

Sevilla cristiana ó mora,  
por Mahoma ó por Castilla,  
fué siempre una maravilla  
lo mismo antaño que ahora:



y bizantina ó moruna,  
fué, predilecta del cielo,  
el manantial del consuelo  
y el mimo de la fortuna.

Antídoto de pesares,  
depósito de primores,  
mina rica de cantares  
y nidal de ruiseñores,

entre un verjel de azahares  
que aroma con sus olores  
las florestas de olivares  
que son sus alrededores,  
es semillero de flores  
donde, harto de andar lugares,  
labró el amor sus hogares  
y el nido de los amores.

Su gente es como Dios quiso  
hacerla en su juicio eterno,  
con un tizón del infierno  
y un rayo del paraíso.



Hija del fuego infernal  
y de la luz del Edén,  
es capaz de todo bien  
y propicia á todo mal.

Es la Sevilla de hogaño,  
como la de Alonso onceno,  
de cuanto hay de malo y bueno  
conjunto gentil y extraño:

mas la de hoy y la de antaño  
mezclan tan bien en su seno  
la triaca y el veneno,  
que la mezcla no hace daño.

Sevilla, á margen de un río  
que con sus aguas fecunda  
tierra en donde todo abunda,  
jardín de invierno y estío,

poblada de hombres sin cuítas  
y mujerío sin par,  
es pueblo tan singular  
cual sus torres y mezquitas.



Dejó en Sevilla el fenicio  
su espíritu comercial,  
y á nadie falta caudal,  
ya por virtud, ya por vicio.

Dejó en Sevilla el romano  
su espíritu de grandeza,  
y nadie allí en su pobreza  
tiene en más á un soberano.

La Edad media tiempos góticos  
diéronla su tinta mística,  
de ortodoxa y cabalística  
con extremos estrambóticos.

En Sevilla dejó el moro  
su guzla y su pandereta,  
y en cada calle y placeta  
hay de alegría un tesoro.

Su gente, gran narradora  
de consejas y leyendas,  
las cuenta y las crée muy sendas:  
mas las cuenta que enamora.



Y como allí en cada esquina  
se tropieza una antigualla,  
tras de cada esquina se halla  
una invención peregrina.

Creyente, como es corriente  
que sea el pueblo de España,  
la verdad y la patraña  
creyendo con fe la gente,

Sevilla meridional,  
de rica imaginativa,  
es una leyenda viva,  
verbosa y original.

En Sevilla, como en Roma,  
tras cada ruina ó fragmento  
de la madeja de un cuento  
algún cabo suelto asoma.

Allí, como en Roma, á Cristo  
de todo se le encomienda:  
no hay vieja que no pretenda  
haber un milagro visto.



Por doquier, de ellos provisto,  
de prodigios tiene tienda,  
y no hay Cristo sin leyenda  
ni leyenda sin su Cristo;  
y en Sevilla, como en Roma,  
todo el año es fiesta igual:  
un perpetuo carnaval  
y doce meses de broma.

Y ya un santo se celebre  
ó un pagano aniversario,  
lo que urge es que el calendario  
anuncie fiesta y no quiebre:  
y aunque dé gato por liebre,  
que ande alegre el vecindario.

Cuestión de clima: Dios quiso  
desparramar la alegría  
en la bella Andalucía  
y aquello es un paraíso.

Allí sin miedo y sin pena  
se vive alegre y se muere:





por mal tiempo que corriere,  
siempre es Pascua ó Nochebuena.

La noche en Sevilla es día;  
pues con cancelas por puertas,  
todas las casas abiertas  
la dan luz, voz y alegría.

Su gente vive en la calle,  
y como de noche sea,  
no hay nadie á quien no se vea  
como en Sevilla se halle.

La gente ama, se divierte,  
canta, cuenta, danza y cuída  
de no pasar en la vida  
más pesar que el de la muerte.

A quien da el diablo un mal día,  
da una buena noche Dios:  
que el mal siempre trae en pos  
al bien en Andalucía.

Nadie en Sevilla se cuída  
de tomar la vida á pechos:



los días por Dios son hechos  
para gozar de la vida.

Las noches son para el diablo:  
se peca como se quiere;  
mas por menos de un vocablo...  
á quien san Juan se la diere  
no se la quita san Pablo.

Por un palillo de enebro  
se arma lid y se hace gente,  
mas también alegremente  
aguanta á un majo un requiebro  
la mujer del asistente.

Mientras á un hombre se mata  
de un callejón á la esquina,  
rompe en la calle vecina  
una amante serenata:

y el mal en el bien no influye,  
todo marcha de concierto:  
mientras entierran al muerto,  
la moza se casa ó se huye.





Y vuelve á salir el sol,  
y vuelve el baile á romper:  
conque ¿quién ha de poder  
con este pueblo español?

Cumple, empero, que se entienda  
que no es la Sevilla de hoy  
la Sevilla en que yo voy  
á abrir campo á mi leyenda.

La de mi cuento es la antigua:  
mas no hace la antigüedad  
de la opulenta ciudad  
la hermosura más exigua.

Juzgarla fuera locura  
como si fuera mujer  
que pierde, vieja por ser,  
todo al perder la frescura.

No: Sevilla es como el oro:  
cuanto más viejo, más sube;  
el tiempo, como una nube  
de vapor limpio, incoloro,



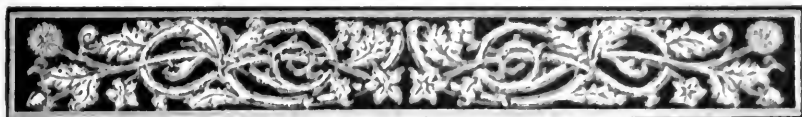
de entoldarla en vez la aclara:  
es como la veladura  
con que una antigua pintura  
un diestro pintor repara.

La Sevilla de que yo hablo  
es la de la media edad  
que aún partía por mitad  
su fe entre Cristo y el diablo.

Aquella Sevilla antigua  
árabe, apenas cristiana,  
dama á medias y gitana,  
de faz doble y de fe ambigua:

cargada de chapiteles  
belvederes y alminares,  
asombrosos ejemplares  
del poder de los cinceles;

aquella ciudad vestida  
de encajes y filigrana,  
de fábrica soberana  
para reyes construída;



que en aéreos botareles  
y esbeltísimos pilares,  
en peanas con doseles  
de labor rara y sutil,  
tiene en nichos angulares  
estatuetas á millares  
que del arte son joyeles  
de trabajo el más gentil:

    aquella Sevilla pura,  
genuína, aún no revocada,  
ignara aún y aún no preciada  
del valor de su hermosura:

    ignara de la riqueza  
de la casa en que vivía,  
cuajada de crestería  
de increíble sutileza

    y del precio inestimable  
de la artística estructura  
de su noble, incomparable  
y bizarra arquitectura:



aquella Sevilla vieja  
de estucados caserones  
con gigantescos balcones,  
hondas ventanas con reja,  
miradorcillos volados,  
puertas forradas de bronce  
con postiguillos de un gonçe  
por de dentro barreados:

la Sevilla de Don Pedro,  
de alcázares de alabastro  
de cuya cifra aún hay rastro  
en las techumbres de cedro  
y en las moriscas labores

de sus estancias gentiles  
al salir á los pensiles  
calados por surtidores

cuyas gotas en el día  
primero que se soltaron  
el albornoz salpicaron  
que á la Padilla cubría:







aquella Sevilla obscura,  
tortuosa, sórdida, estrecha,  
esa es la Sevilla hecha  
para cuentos de esta hechura.

Esa es á la que yo intento  
llevar en éste al lector,  
á no que fuerza mayor  
venga á destripar mi cuento.

La Sevilla cuya gracia  
espontánea y natural,  
revelando perspicacia  
y agudeza sin igual,  
no empezaba aún á estar lacia  
con lo bufo artificial,  
hijo sólo de una audacia  
de arlequín de carnaval:

la Sevilla verdadera,  
virgen, fresca, primitiva,  
noble, franca, brava y fiera;  
de vis cómica instintiva,



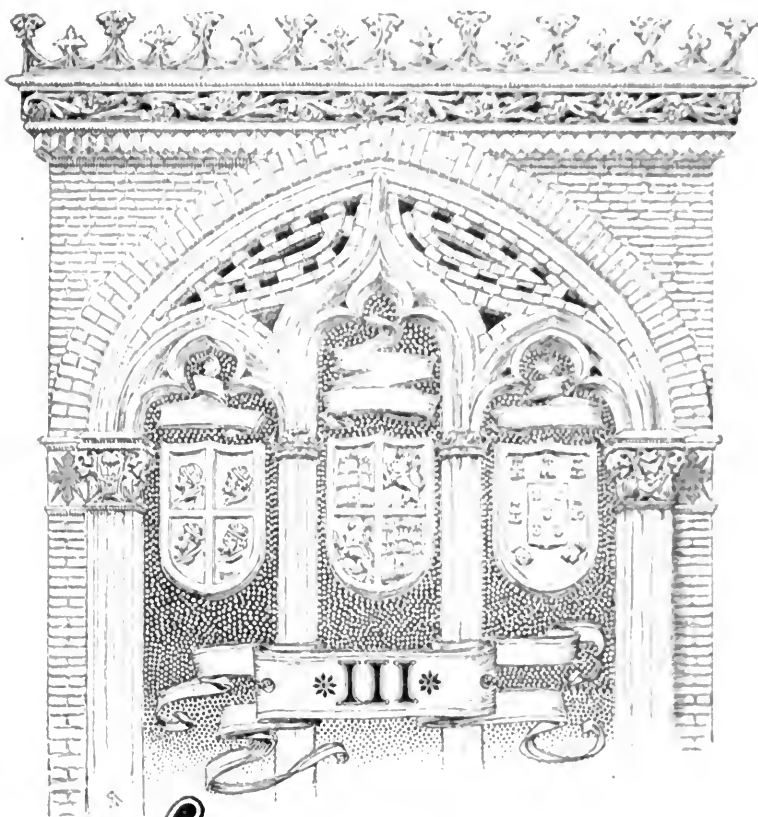


en ingenio la primera,  
en el chiste sin rival;  
rebosando por doquiera,  
viva, gárrula y parlera,  
eso que ella llama *sal*;  
esa gracia intuitiva  
propia, indígena, nativa,  
sola, suya, original.



Que me explique quien me entienda  
y quien no, que no se pique,  
ni tirárselas pretenda  
de penseque y de entendique:  
porque en esto ni hay trastienda,  
ni está dicho con repique:  
conque vuelvo á mi leyenda  
y á la edad del cuarto Enrique.





**E**n tiempos, pues, de aquel rey  
en que andaba en triunfo el vicio  
y andaban sin ejercicio

la moral, la fe y la ley;

mientras lejos de Sevilla

el arzobispo Fonseca

corría de ceca en meca

dando guerra por Castilla:



mientras haciendo en la Vieja  
de reyes muy mal papel  
Don Enrique é Isabel  
y Alfonso y la Beltraneja,  
    hacían los grandes bando,  
sin ver más que á su interés,  
por Juana ó el portugués,  
por Enrique ó por Fernando:  
    mientras con muy buen deseo  
el papa Paulo segundo  
ofrecía á todo el mundo  
perdón en un jubileo  
    que en Segovia se ganaba,  
y que iban con fe á ganar  
(creyendo que con rezar  
todo pecado se lava)  
    el buen marqués de Villena,  
los prelados guerrilleros,  
sus soldados bandoleros,  
por ende sin culpa y pena:

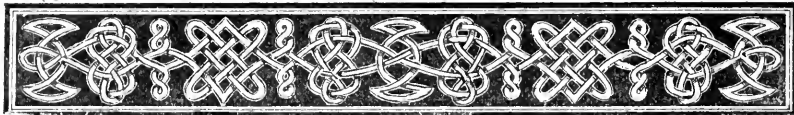


mientras la tierra andaluza  
traen hecha una Babilonia  
el de Medina Sidonia,  
á quien la ambición azuza,  
y el de Arcos, á quien anima  
una altivez casi real  
que á nadie sufre al igual  
y mucho menos encima:

mientras corre en fin aquel  
tiempo de mengua y baldón  
del que sacó á la nación,  
andando el tiempo, Isabel,  
va el autor á darse traza  
de abrir paso á esta conseja  
de aquella Sevilla vieja  
una noche en una plaza.



Es víspera de San Juan  
y fiesta por consiguiente:  
bulle en la plaza la gente,  
vienen unos y otros van,



mas con grande esfuerzo y pena  
porque se pisan y empujan  
y se prensan y se estrujan,  
y á esto llaman la verbena.

Hay clamoreo y vaivén,  
broma, algazara y chacota,  
y aloque bocón se agota  
con las frutas de sartén.

Sombrajos y puestos muchos  
hay de alajú y alegrías,  
tabernas, alojerías,  
tenderetes y aguaduchos.

Hay grajeas y almendradas,  
bizcotelas, bollos, roscas  
y toda clase de toscas  
é indigestas empanadas.

Datileros africanos,  
serios entre tanta broma;  
frutas de subido aroma,  
cacahuets valencianos,





y en fin, lo más andaluz,  
lo esta noche más buscado  
y lo mejor alumbrado  
de las teas con la luz,

las descocadas, parleras  
y gritadoras gitanas  
que hacen abrir bolsa y ganas  
en torno de sus calderas.

Buñuelos venden, que es pasta  
correosa é indigesta:  
mas sin buñuelos no hay fiesta...  
y de tal materia basta,

aunque es comida de gresca  
y suele hacerse en Sevilla  
por alguna gitanilla  
fresca, alegre y picaresca:

conque, aunque el buñuelo es cosa  
que mal sabe y no bien huele,  
ser la buñolera suele  
cosa muy jacarandosa.



Al resplandor de sus teas  
y á la luz de sus candiles,  
no hay más que mozos gentiles  
y no se ven mozas feas:

y entre el vulgo se asegura  
que, siendo brujas de casta,  
al que de su pasta gasta  
le atraén la buena ventura.

El hecho es que la verbena  
es una noche de broma  
en que la gente se toma  
en junio una noche buena.

La multitud embaraza  
la plaza para ella angosta,  
pues todos á toda costa  
han de meterse en la plaza;

y sobre ello, con porfía  
empujándose, adelantan,  
y hasta en vilo se levantan  
reventando de alegría.





Cuantos moradores tiene  
la ciudad en su circuito,  
más el número infinito  
de los que de fuera vienen,  
allí la ilusión haciéndose  
de que gozan y pasean,  
se pisan y se codean  
desgarrándose y cociéndose:  
en momentánea igualdad,  
codazos cruzando y frases,  
mezcladas todas las clases  
que forman la sociedad:  
y ojeadas cruzan y citas  
rateros, dueñas y amantes,  
y oyen chuleos galantes  
las feas y las bonitas:  
y en honra de aquel San Juan  
descabezado en Salén,  
andan juntos sin desdén,  
todos como hijos de Adán,



la dama honrada y erguida,  
y la moza de partido,  
y el juez aún no corrompido  
y el vago de mala vida:

señorías y pelgares,  
canónigos y donceles,  
hidalgos de seis cuarteles,  
parias sin raza ni hogares,  
soldados y capitanes  
por el rey jefes de huestes,  
petardistas y arciprestes,  
infanzones y rufianes:

mercaderes africanos,  
mozárabes y judíos;  
encapuchados sombríos,  
dervichs y monjes cristianos:

buhoneros ambulantes,  
comerciantes levantinos,  
juglaresas, peregrinos,  
frailes legos mendicantes,



gitanos saludadores,  
genoveses marineros,  
holgazanes pordioseros,  
zahorís ensalmadores:

y en movible confusión  
que marea y ensordece,  
toda Sevilla parece  
que ha perdido la razón.

Fiesta de origen pagano  
que en las más cultas naciones  
conserva supersticiones  
indignas del buen cristiano.

Residuos del paganismo  
que, no pudiendo extirpar,  
los tuvo que transformar  
y adoptar el cristianismo.

Pueblos que ritos impuros  
ejercitaban, creían  
que en tal noche se cogían  
las hierbas de los conjuros.





Superstición heredada,  
todo pueblo hasta hoy conserva  
la de coger una hierba  
ya maldita, ya sagrada.


Cuál fuese mala, cuál buena,  
ninguno de fijo supo:  
á nuestros abuelos cupo  
el trébol y la verbena.

Hoy en España cogemos  
solamente la ocasión  
de añadir una función  
á las mil que ya tenemos.

Nuestro vulgo que aún da fe  
á presagios y conjuros,  
aunque no estamos seguros  
de que sepa lo que crée,

de la noche de San Juan  
mientras arden las hogueras,  
crée que brujas y hechiceras  
con el diablo á bailar van.





Con uno de los tizones  
de estas hogueras, de daño  
y mal para todo el año  
se créen libres los bretones.

Los de Alemania están ciertos  
que á la hoguera de su hogar  
se vienen á calentar  
las ánimas de sus muertos.

No hay, en fin, una nación  
que en la noche de San Juan  
no se entregue á algún desmán  
por cualquier superstición.

Las de Roma son tremendas:  
el degollado Bautista  
tiene á su cargo una lista  
formidable de leyendas;  
y es incomprensible cosa  
que, siendo aquella ciudad  
cátedra de la verdad,  
es la más supersticiosa.



Las nuestras son inocentes  
cuentos de chicos menores  
de edad y de ignaras gentes:  
las más son sueños de amores.

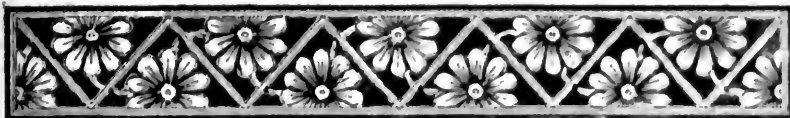
Diz que moza que en su casa  
y de esta noche á las doce  
rompe un huevo, en él conoce  
si en aquel año se casa.

Mas la verbena de hoy día,  
por más que á San Juan invoque,  
no encaja por más emboque  
que el de una nocturna orgía.

Fiesta, en fin, nuestra y católica:  
de un santo en nombre, la gente  
va á la fiesta solamente  
por la bulla y la bucólica.

¡Y en el cielo está el buen santo,  
por su efigie en el altar,  
obligado á autorizar  
zambra tal y vicio tanto!





Y á los santos de Dios vi  
loar siempre así, y antaño  
era lo mismo que hogaño,  
y aun por siglos será así.



A cada cual satisface  
lo que crée según lo crée:  
y diz que á Dios le complace  
y que juzga de lo que hace  
cada cual según su fe:  
si hay quien lo sepa no sé,  
discutirlo no me place,  
cuando muera lo sabré.

Mientras viva, con fe entera  
sostendré contra cualquiera  
que la fe jamás abona  
la zambra, la comilona,  
el vicio y la borrachera.



Y aunque pasar las he visto  
hasta en Roma por cristianas,  
no me retracto é insisto  
en que son fiestas paganas  
en contradicción con Cristo.







**L**A noche de esta verbena,  
y de la plaza en que pasa  
desde el balcón de una casa,  
miraba su alegre escena  
una dama, cuyos traje,  
apostura y compañía  
acusaban jerarquía  
superior y alto linaje.



La casa, por el espacio  
que ocupa, por su fachada,  
su ventanaje y portada,  
tiene el aire de un palacio.

Con la dama del balcón  
ocupan su barandal  
tres hombres de aire glacial,  
mas de grande distinción:

y aunque su traje y su porte  
son sencillos y severos,  
se ve que son caballeros  
de raza y gente de corte.

Por el aire que se dan  
hermanos parecen ser,  
y guardando á la mujer  
más que sirviéndola están.

Los tres son de edad madura,  
aunque ninguno es anciano:  
la dama es... un ser humano,  
mas ¡qué ser!, ¡qué criatura!



Al mirarla no es posible  
no admirarla: es una perla;  
mas valuarla sólo al verla  
tampoco: es incomprendible.

Tiene en su faz del diamante  
los fugitivos destellos,  
y es tan varia como aquéllos  
la expresión de su semblante.

Como tipo de hermosura  
es el tipo más perfecto:  
no hay descuido, no hay defecto  
ni lunar en su figura.

En tamaño y proporciones  
es la estatua más perfecta:  
su cabeza es tan correcta  
como puras sus facciones.

Mas la gracia no la quita  
su perfección modelada,  
antes la tiene extremada,  
imponderable, infinita.

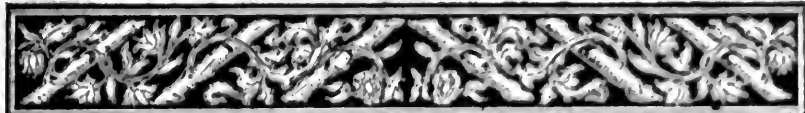


De diamantes con un broche  
recoge una cabellera  
que envuelve su forma entera  
cuando la suelta de noche.

Sus riquísimas pestañas  
las mejillas la sombrea:  
sus miradas centellean  
luz que abraza las entrañas.

Blanca como una paloma;  
ligera, grácil, gentil,  
cual mariposa de abril  
que el sol en un lirio toma,  
bella es como el mar en calma:  
mas, semillero de antojos,  
tiene la gloria en los ojos  
con el infierno en el alma.

Vista, encanta y enamora;  
si sonrío, magnetiza;  
si se la contempla, hechiza;  
si se la habla, se la adora.



Su boca de encantos llena,  
cuando una frase pronuncia,  
en ella el preludio anuncia  
del cantar de la sirena.

Quien la escucha se extasía  
y arrobado la oye y calla,  
que en su voz flexible se halla  
el germen de la armonía.

Mujer en fin andaluza,  
de esas que al mundo echa Dios  
rara vez, trayendo en pos  
un demonio que la azuza.

Tipo extraño de mujer  
que el demonio á largos plazos  
crea y en sus propios brazos  
viene á la tierra á traer:

y al colocarla en el suelo,  
por sí mismo la coloca  
en los ojos y en la boca  
una red con un señuelo,



para coger en sus lazos  
á los hombres, y perder  
sus almas después de hacer  
sus corazones pedazos.

Tal es la alma criatura  
que esta noche de San Juan,  
armada del talismán  
de su infernal hermosura,  
presencia desde un balcón  
la verbena de Sevilla,  
siendo encanto y maravilla  
de toda su población.





**D**AMA que habita un palacio  
cuyo laboreado frontis  
ostenta tantos heráldicos  
lambrequinados blasones,



sin duda es bien conocida  
de toda la gente noble  
de Sevilla que los sitios  
de la verbena recorre;  
así que continuamente  
de los que pasan recoge  
saludos y besamanos  
á los cuales corresponde.

Los dos graves personajes  
de aquellos tres que componen  
su compañía, aunque serios  
y asaz erguidos, conformes  
con los usos convenidos  
entre gentes de buen porte,  
devuelven también y aceptan  
saludos, señas y adioses.

Mas el tercero, que casi  
se oculta entre las informes  
manchas de sombra que trazan  
en el balcón los crestones





colgantes de sus profusos  
arabescos, mudo, inmóvil,  
detrás de la hermosa dama  
permanece: y ó le absorben  
graves cuidados, ó el alma  
remordimientos le roen,  
ó se la ataraza alguna  
de nuestras malas pasiones.  
Como quier que sea, él fija  
sus dos ojos avizores  
en la gente de la plaza,  
torvo, mudo, atento, inmóvil,  
como un escucha avanzado  
que el campo vigila insomne,  
como un citado que aguarda  
alguien que con él se aboque,  
como un tahur que recela  
que un lance se le malogre,  
ó como loba en acecho  
que sus cachorros esconde



en una cueva y husmea  
que andan osos por el monte.

Y aquí hay algo que en tal punto  
es digno de que se note,  
y es que la gente saluda  
y pasa, mas no hay quien ose  
ó tal vez quien ser merezca  
recibido en los salones  
de esta dama, ó no hay con ella  
quien tal intimidad goce,  
pues nadie penetra en ellos;  
siendo uso en tales funciones  
que no haya casa en la plaza  
sin cena y visitantes.

Cuál de este aislamiento sean  
el misterio ó las razones,  
pues no lo dice aún la crónica,  
fuerza será que se ignore.



Ya era media noche: hundíase  
la luna en el horizonte;  
menguábanse ya en la plaza  
la multitud y el desorden.



Las comparsas de villanos,  
de ociosos y bebedores,  
por las lonjas y los pórticos  
iban ya á buscar en donde  
sentarse y hacer corrillo  
de parientes y amigotes,



para entre tragos y cántigas  
devorar sus provisiones.

La plaza, pues, despejada  
ya de la gente del bronce,  
que es y fué siempre la gente  
de sangre caliente y joven,

á poblarse comenzaba  
de parejas de otro corte:  
de damas de alto copete,  
de hidalgos y de infanzones  
de bien rizadas gorgueras  
y de empinados bigotes,  
y en fin, de gentes formales  
que no gustan de apretones.

Veíanse por doquiera  
destellar los resplandores  
de facetados diamantes  
y cincelados botones,  
y ondear las plumas prendidas  
en birretes multiformes





con hebillas ataujadas  
y afilegranados broches.  
La gente, pues, de otra estofa  
y la fiesta en mejor orden,  
comenzó á ser la verbena  
paseo y fiesta de corte;  
y en vez de andar en la feria  
los maravedís de cobre,  
corrieron los alfonsíes  
y las zahenas de á doce.  
Salió, como se decía  
sin picarse nadie entonces,  
la tanda de los villanos  
y entró la de los señores:  
conque cenas y refrescos  
servíanse á caro escote,  
y en paz gastaban los ricos  
y ahuchaban los vendedores.

A punto tal, precedida  
de flameantes hachones,



guiada por una música  
aún semibárbara y pobre  
cual la producía el arte  
que aún estaba en andadores,  
desembocando por uno  
de sus corvos callejones,  
entró en la plaza una ronda  
enguirlandada de flores,  
que la llenó de luz trémula  
y de alegrísimos sonos.

La rondalla es de gitanas:  
mas con capuchas y estoques  
tráe de mejor catadura  
padrinos y valedores.

La rondalla es gitanesca:  
mas se ve que gente noble  
la saca y que á todo trance  
ampararla se propone.

Bajo capuces y chías  
de sarga y de camelote,



se ve el capucho de malla  
y las jacerinas dobles:  
y aunque estoques muy ligeros  
tráen de seda en cinturones,  
son de gancho y guardamano,  
de marca real y dos cortes.

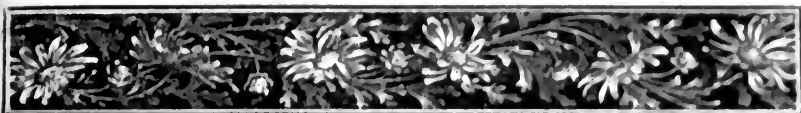
La música bulliciosa  
de instrumentos se compone  
que parece que imposible  
es que puedan ir acordes.  
Con el salterio y la cítara  
que oyeron los Faraones,  
con el laúd y la guzla  
que usaron los trovadores,  
y los guitarrillos árabes  
que producen con bordones,  
cuerdas y alambres armónicos  
sonidos encantadores,  
iban agrías chirimías,  
cimbalillos vibradores,



estruendosas panderetas  
y hasta un atabal de cobre.  
Mas con tales elementos  
al parecer tan discordes,  
concierto era que exaltaba  
de placer los corazones.  
Bárbara fuera esta música  
de hoy para los profesores,  
mas todavía con ella  
bailan pueblos españoles.  
Sus aires, cantables todos  
sobre una letra con mote  
que la sirve de estribillo  
en que á tiempo el coro rompe,  
son escasos de compases;  
pero sus modulaciones  
y sus floreos riquísimos  
dejan á los cantadores  
y al instrumental hacerles  
riquísimas variaciones,







que han creado populares  
cantos arrebatadores.

El baile de las ronderas  
con tal música uniforme,  
más de carácter que de arte,  
de puntas ó de talones,  
se acompaña y se combina  
de todo el cuerpo del hombre  
ó de la mujer que baila  
con el gesto y las acciones:  
y en sus bizarras posturas  
hace que el talle se combe,  
que las formas se destaquen,  
que las cabezas se escorcen  
y los brazos, como el cuello  
del cisne y de los pavones,  
ondulen según con gracia  
se tienden ó se recogen.  
Mas estos quiebros y giros  
incentivos, tentadores



y excéntricos, no son nunca  
las forzadas contorsiones  
del dislocado payaso,  
de la alméa lúbrica y torpe  
ni la bayadera impúdica  
que en escuela se corrompe.  
La bailadora andaluza  
(porque en su baile los hombres  
no son más que las parejas  
para que el baile se forme  
y para que sus mudanzas  
con figuras se confronten)  
no es mujer á quien su baile  
prostituya ni deshonre.  
No es ejercicio que implica  
compromisos ulteriores:  
no es exhibición que anuncia  
nada más que lo que expone.  
Por muy pequeños que sean,  
no dan sus pies resbalones;





y sus pies no dan pie á nadie  
para que su mano tome.

La bailadora, por mucho  
que en su baile se abandone,  
no abre los brazos al mundo  
para que en ellos se arroje.

La bailadora española  
baila y no más: las naciones  
que no tienen bailadoras,  
sino bailarinas, oyen  
esto y se quedan lo mismo  
que un químico que conoce  
los simples de una receta,  
pero que ignora las dosis.

De la mujer dice Francia:

«la que se exhibe se expone.»

Cuestión de lengua, y la lengua  
francesa es obscura y pobre.

Cuestión de naturaleza,  
también de clima y de humores:



lo que uso en el Mediodía  
es vicio infame en el Norte.

Tal es la ronda ó comparsa  
que nuestra crónica pone  
en esta noche en Sevilla  
á vista de sus lectores.

Su comitiva, á la luz  
de sus hachas y faroles,  
al son de sus instrumentos  
y de sus amparadores  
á sombra, haciendo un alarde  
por la plaza paseóse.

Brindaron á las muchachas  
por doquier dulces y flores  
las damas y los hidalgos:  
y á vista de los estoques  
de los encaperuzados,  
cuyas chías y aire noble  
les daban por caballeros,  
paso las abrieron dóciles





sin atreverse á chulearlas  
los bravos y los matones.  
Dieron vuelta así á la plaza  
los de la ronda: juntóseles  
muchedumbre de curiosos  
por ver sus danzas; dejóse  
tomar aliento á los músicos  
y algunos tragos de aloque;  
y después de aquel descanso  
y aquel paseo, sin que orden  
diera nadie para ello,  
músicos y bailadores  
de aquella dama paráronse  
debajo de los balcones.  
Formó círculo la gente  
y en su torno aglomeróse,  
en el balcón produciendo  
dos diversas sensaciones.  
La dama, en su barandal  
acodada, preparóse





á gozar del espectáculo  
en todos sus pormenores.  
Dos de sus tres compañeros  
permanecieron inmóviles  
é impasibles, cual si fuesen  
dos cariátides de bronce.  
Mas del tercero, el que estaba  
tras la dama, las facciones  
y miradas de sombrías  
se tornaron en feroces.  
Y mientras su faz tomaba  
todos los malos colores  
que dan al semblante humano  
todas las malas pasiones,  
plantáronse las parejas,  
y el tropel de espectadores  
se apiñó más, impaciente  
de ver cómo el baile rompe.

Rompió, como rompen siempre  
nuestros bailes españoles,





con un quiebro de cinturas  
y un vuelo de guarniciones.

Las bailadoras son mozas  
buenas entre las mejores:  
la flor de las de Triana,  
que las cría como soles.  
Todas redondas de formas,  
de medianas proporciones,  
de cabeza chica, pelo  
negro y rizo que recoge  
una peineta de plata  
que deja que libres floten  
dos rizos que las mosquean  
los ojuelos retozones.  
Las dos manos traen provistas  
de castañuelas de boje:  
desnudo el brazo, y el cuello  
libre en el rasgado escote;  
de lentejuela cuajados  
hombrelleras y jubones,



y de cascabeles de oro  
ajorcas y ceñidores:  
de modo que á cada paso  
radia luz en cuerpo móvil,  
y el tiempo marcar unísonos  
á los cascabeles se oye.


Cuando á una parada en firme  
músicos y bailadores  
el ruido y el movimiento  
cortaron seco y de golpe,  
rompió en un aplauso unánime  
la turba de espectadores,  
rasgando el crespón del viento  
sus vivas y aclamaciones.



Aprovechando el descanso  
en que es costumbre que tomen  
aliento las bailadoras,  
músicos y cantadores,







mientras duraba el estruendo  
del palmoteo y las voces,  
uno de los enchiados  
entre las mozas metióse:  
y antes que se apercibiera  
nadie de sus intenciones,  
á la dama del balcón  
arrojó un ramo de flores.  
Tirósele con tal tino  
que al medio del pecho enviósele,  
de modo que ella, con sólo  
cruzar las manos, asíóle.

Quién fuera el que osó arrojársele  
no vió nadie; porque el hombre,  
hecho el tiro, como sombra  
entre la gente perdióse:  
mas vieron muchos el ramo  
por el aire, y asombróles  
más que del galán la audacia  
el ver que ella le recoge,



pues entre la hermosa dama  
y el galán que la echa flores  
hay un marido implacable  
como entre Venus y Adonis.






**F**UÉ el hecho llevado á cabo  
en el intervalo corto  
que bailadores y músicos  
se tomaron de reposo;  
mas como el ramo no pudo  
cruzar el trecho, aunque corto,  
de la calle hasta el balcón  
sin ser visto, recelosos  
hubo muchos de que el hecho,  
aunque inocente en el fondo




pudiera ser, como simple  
galantería de mozo,  
podría bien de los deudos  
de aquella dama el enojo  
provocar, y producir  
resultados desastrosos.  
Se sabe que aquella dama  
hermanos tiene y esposo  
que no son en puntos de honra  
de muy fácil acomodo.  
Andaba además el tiempo  
tal, que cada uno á su antojo  
la justicia y la venganza  
se tomaba por sí propio:  
y estando todos partidos  
en bandos, y siempre prontos  
las caras y las espadas  
á sacar unos por otros,  
el más mínimo incidente  
podía sin saber cómo



levantar un torbellino  
con un átomo de polvo.  
De borrar, pues, de aquel hecho  
la impresión tal vez ganosos  
los músicos, de otra danza  
dieron en seguida el tono.  
Colocáronse en postura  
las parejas, y en contorno  
volvieron á aglomerarse  
para verlas los curiosos.  
Y estaban ya las parejas  
un pie delante del otro,  
dispuestas de otra salida  
para el arranque brioso,  
cuando ni visto ni oído  
salió del palacio próximo  
un hombre que, espada en mano,  
se arrojó en medio del corro:  
y antes que de su presencia  
se apercibieran atónitos



los circunstantes, cogiendo  
todo el umbral de su pórtico  
otros dos, acompañados  
de escuderos, mayordomos  
y pajes, se presentaron  
para sostener su arrojo.  
Con tal prisa maniobraron  
apartando los estorbos,  
que de verlos sin sentirlos  
queda todo el mundo absorto.  
Las bailadoras y músicos,  
espantados como corzos  
que sienten encima echárseles  
una manada de lobos,  
se echaron atrás zafándose  
de manos de aquel furioso,  
solo en el centro dejándole  
del hueco hecho de él en torno.  
Cambió el cuadro en un instante:  
pero no fué ventajoso



el cambio para él, pues cuando  
tendió en derredor sus ojos,  
vió en vez de las doce mozas  
doce encapuzados torvos  
y doce espadas que habían  
salido ante él de sus forros,  
y maniobraron tan diestros  
también, que entre los del pórtico  
y el intruso, al darle caras,  
ya había espacio y estorbos.  
Hubo un instante de pánico  
y confusión mientras todos  
de la situación se daban  
cuenta con miedo ó asombro.  
El intruso era el del centro  
de los del balcón: los hoscos  
encaperuzados eran  
de la ronda los patronos.

Al ver que el juego iba á espadas,  
comenzaron los curiosos



á desbandarse, del juego  
procurando salir horros:  
y el interruptor del baile,  
envidando el juego solo,  
con planta audaz y voz firme  
dijo amenazando á todos:

—«El que osó á una dama flores  
tirar, ¿quién es de vosotros?

—Yo, dijo uno de capuz,  
guardando en él el incógnito.

—¿Vos?, repuso aquél tanteando  
si podía verle el rostro.

—Yo,» repitió éste avanzando,  
dispuesto á lid y á coloquio,  
que así se entabló, mostrándose  
airado aquél, y éste irónico:

AQUEL. «Sabéis, pues, quién es la dama.

ESTE. ¿Sois por ventura su novio?

AQUEL. No.

ESTE. ¡Pardiez! Tenéis más traza







de un espíritu diabólico  
que quiere robarla el alma  
que no de su ángel custodio.

AQUEL. Hermano de su marido  
soy.

ESTE. ¿Y de D. Gil Tenorio  
tenéis el cargo en su ausencia  
de estar por don Gil celoso?»

El así befado púsose  
hasta el blanco de los ojos  
rojo, como si le ardiera  
en las entrañas un horno;  
mas la cuestión esquivando,  
la dió un giro artificioso;  
y dijo de ella saliéndose,  
pero continuando lógico:  
—«Luego sabéis quién es ella,  
pues que sabéis quiénes somos.  
—Como sé que sois don César.  
—Y porque lo soy supongo





que sabéis con qué derecho  
os pregunto y no os respondo.  
¿A ella iban, pues, dirigidas  
vuestras flores?—¿Pues tan tonto  
me suponéis que eche flores  
á damas que no conozco?  
—¿Luego os dió pie para echárselas?  
—Ahora yo á mi vez supongo  
que á pregunta tan ociosa  
sabéis por qué no respondo.  
—Pues ya que están tan oscuros  
los derechos de uno y otro,  
echaos fuera conmigo  
para aclararlos un poco.  
—Vos sois el que habéis venido  
á echaros entre nosotros:  
si no os convenía el sitio,  
¿por qué no elegisteis otro?  
—Porque si aquí no os cogía,  
como guardáis el incógnito,



iba á perder la ocasión  
de suplicaros que el rostro  
me mostréis, aunque cubierto  
lo llevéis por algún voto,  
que yo os guardaré el secreto  
ó haré que el nuncio apostólico  
á mi costa os lo dispense.

—No es menester: vuestro antojo  
á haberme dicho antes, ambos  
hiciéramos grande ahorro  
de palabras y de tiempo:  
porque á fe que de retóricos  
hemos dado ya tal muestra  
que ni un par de San Crisóstomos.

—Decís bien, y ha sido mengua  
para ambos; mostraos.—Sólo  
con mi nombre os basta: soy  
Ulloa.—¿Cuál?—Don Alonso.

CÉSAR.

Pues fuera echaos, y á solas  
hablaremos.



ALONSO.

¿Estáis loco?

Después de haber dado pruebas  
de tener dos picos de oro,  
¿queréis que, coger dejándome  
en la trampa, pruebe estólido  
que me las echo de lince  
y veo menos que un topo?  
¿Sacáis para hablarme á solas  
vuestra gente? Es burla ó dolo.  
Y pues tengo aquí la mía,  
mejor partido os propongo.  
Ya que en él para meteros  
nuestro círculo habéis roto,  
salid de él ó atrás volviéndoos  
ó rompiéndole: y sea pronto.

CÉSAR. Los Tenorios nunca cejan.

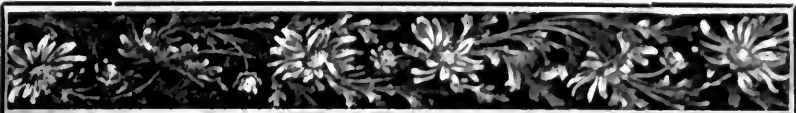
ALONSO. Pues los Ulloas tampoco.

CÉSAR. ¡Batalla, pues!

ALONSO. ¡Pues batalla!

Va de Ulloas á Tenorios.





CÉSAR. ¡Pues adelante!

ALONSO. ¡Adelante!

CÉSAR. Tomad, pues.

ALONSO. Pues paro y doblo.»

Don César con su «¡adelante!»  
á sí llamó á los del pórtico:  
y el «¡adelante!» de Ulloa  
puso en guardia á los del corro.  
Dijo á éste el «tomad» don César  
por su estocada de prólogo,  
y á su «paro y doblo» Ulloa  
paróla y tendióse á fondo:  
y empeñándose la lid  
y de los dos en apoyo  
los de sus bandos metiéndose,  
llegó el tumulto á su colmo.  
Huyeron los de las luces  
ó por miedo ó á propósito,  
y la lid á obscuras hizo  
de la plaza un pandemónium.



Deshízose la verbena,  
tomaron pies los medrosos,  
rodaron mesas y jarros  
y á los gritos de «¡socorro!»  
de los tenderos, del sueño  
salieron los perezosos  
torcedores del derecho  
y remendones del código.

De repente «¡Ulloas fueral!»  
gritó un acento estentóreo:  
y de la liza saliéndose,  
se puso aquel bando en cobro.  
Gente nueva que, abocándose  
por los callejones lóbregos  
inmediatos, acudía,  
no sirvió más que de estorbo,  
perseguir á los Ulloas  
impidiendo á los Tenorios;  
llegando, en fin, la justicia,  
como siempre, á los responsos.



En tierra yacían muertos  
dos Ulloas: el Tenorio  
don César, muy mal herido,  
cayó también con los otros,  
y cuando alzaban su cuerpo,  
la dama, que lo vió todo  
desde el balcón, á su cámara  
se retiró: echó el cerrojo  
á la puerta, y registrando  
el ramo, halló un microscópico  
billete en él escondido  
que decía de este modo:

«Don Gil recibió en Sicilia  
una estocada en el pecho:  
y si el diablo no le auxilia,  
aunque sane y deje el lecho,  
no podrá en muy largo trecho  
reunirse á su familia.»

Leído que hubo el billete  
la dama, en la luz quemólo:



y soplando la ceniza,  
desapareció á su soplo.  
Abrió el balcón; y vertiendo  
gotas del ámbar de un pomo  
en el pañuelo, en la atmósfera  
de la cámara agitólo:  
y del olor y del humo  
los átomos incorpóreos  
disipados, no pudieron  
dar contra ella testimonio.  
Entonces franqueó la puerta,  
eligió el sillón más cómodo,  
y se sentó, la visita  
á esperar de los Tenorios.







aquí será conveniente  
y aun es necesario y lógico  
no dar minuciosamente  
todo un árbol genealógico  
de la estirpe de esta gente;  
sino los más perentorios  
pormenores y accesorios  
de la que anda en mi leyenda,



para que el lector comprenda  
quiénes son tantos Tenorios.

Y aunque no es costumbre buena  
de escritor, y aun es ajena  
de la hidalguía española,  
dejar á una dama sola  
así en mitad de la escena;

como no se ha de acostar  
á sus cuñados sin ver,  
y éstos tienen que tardar,  
de don César por tener  
las heridas que curar:

y como, aunque son muy diestros  
y apretaron bien los puños,  
parece que ambos concuños  
tropezaron con maestros  
y están llenos de rasguños,  
es claro que no han de ir  
á la hermosa dama á ver  
sin vendarse y sin oír



del doctor el parecer  
sobre el expuesto á morir.

Pues aquí forzosamente  
todos tienen que aguardar  
y el lector por consiguiente,  
para que no se impaciente,  
de algo al lector le he de hablar.

Conque hablemos de esta gente  
á uno de cuyo solar  
sacó á luz posteriormente  
por lo impío y lo valiente  
la leyenda popular.



El jefe de esta familia,  
de cuatro hermanos compuesta,  
lidiaba al comenzar ésta  
por Aragón en Sicilia.

Nietos de Alfonso Tenorio,  
sobrino del nunca quedo  
arzobispo de Toledo  
don Pedro: hijos de Gregorio



y doña Leonor García,  
hechos por ella parientes  
de Manriques y Cifuentes,  
lo mejor de Andalucía,  
    estos Tenorios hermanos,  
desde medio siglo atrás,  
eran unos de los más  
opulentos sevillanos.

Su bisabuelo, el leal  
maestresala y copero  
de Don Pedro el Justiciero,  
fundó esta casa: y caudal  
    les dejó en Tuy y Estremoz  
don Pedro obispo de Tuy,  
trasladado desde allí  
á obispo de Badajoz.

Quedaban del rey aquel,  
á quien el pobre y pechero  
llamaron el *Justiciero*  
y el clero y nobleza el *Cruel*,



la memoria y tradiciones  
y los odios mal dormidos  
de los nietos de los idos  
con *él* en los corazones:

lo mismo gente de espada  
que gente de jubón pardo,  
con la raza del *bastardo*  
aún no bien acomodada.

Muchos de *aquel* rey parciales,  
vuelto al fin de un destierro  
ó salidos de un encierro  
do fueron á él por leales,

á sus hijos inculcaron  
su odio por los enriqueños,  
y entre grandes y pequeños  
mucho estos odios duraron:

y sábese cuánto auxilia  
á fomentar en las razas  
los odios y malas trazas  
la tradición de familia.



De ésta el tronco y primer rama  
fué aquel don Jofre Tenorio  
que con valor tan notorio  
y digno de mejor fama  
se hizo por el agareno  
en el mar de Gibraltar  
desesperado matar  
en tiempo de Alfonso onceno.

El de Tuy y sus herederos,  
nuestros Tenorios actuales,  
á la tradición leales  
de los Tenorios primeros,  
tachándoles de baja  
se separaron bravíos  
del partido de sus tíos,  
que á doblegar la cabeza  
fueron ante *los Guzmànes*,  
como apellidaban ellos  
á los nacidos de aquellos  
alfonsioncenos desmanes:



y en lengua y ley castellana  
los de Leonor de Guzmán  
nunca otra cosa serán  
que hijos de una barragana.

Mis Tenorios, retraídos  
en su abolengo solar,  
no volvieron á tratar  
con los á Castilla idos:

rehusando hasta aquel día  
sus servicios más pequeños  
á los reyes enriqueños  
manchados de bastardía.

Para ellos los Trastamaras,  
bastardos y usurpadores,  
ni aun eran merecedores  
de ver de frente sus caras:

y, cual si en suelo extranjero  
fuesen, tenían á gloria  
el traer ejecutoria  
del rey Don Pedro primero:



y aun debajo de un dosel  
en un salón principal  
tenían el busto real  
del traicionado en Montiel.

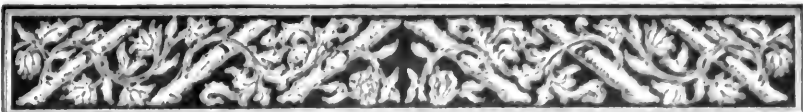
Su casa solar gozaba  
vacío en torno de un trecho,  
y era un edificio hecho  
á manera de alcazaba.

Su historia era muy sencilla:  
gran caserón á un convento  
anejo, vínole á cuento  
á Don Pedro de Castilla,  
y rey á quien nunca el clero  
vió propicio ni indulgente,  
no fué nunca deferente  
tampoco el rey con el clero.

Los frailes de San Francisco,  
millonarios mendicantes,  
por órdenes apremiantes  
vendieron la casa al fisco:







y Don Pedro el Justiciero,  
al satisfacer su antojo,  
probó que no era despojo,  
sino venta, y dió el dinero:

y en la escritura al echar  
su firma, corrió su pluma  
por debajo de la suma  
sin leer, ver ni sumar:

y el padre procurador  
aprovechó el buen momento  
del rey, para su convento  
sacando suma mayor.

Quedó, pues, todo legal,  
del convento en pro la venta,  
y el rey hizo por su cuenta  
embellecer el local.

De aquel caserón enorme  
sin mudar nada en el plano,  
le dió un aire soberano  
con su nuevo ser conforme.



Labró sus cuatro fachadas  
cargándolas de blasones;  
puertas festonó y balcones  
con labores extremadas;  
    niveló todos sus pisos;  
hizo estucar sus retretes,  
salones y gabinetes,  
alicatando los frisos:  
    ensambló y talló sus techos,  
y cuando encontró á su gusto  
de aquel caserón vetusto  
los trabajos en él hechos,  
    y en palacio convertido,  
el rey Don Pedro primero  
se lo donó á su copero  
por lo que le había servido:  
    por cuya cédula real,  
con todos sus accesorios,  
por solar de los Tenorios  
quedó el edificio tal.





Y aquel rey galanteador  
y nocturno aventurero  
solía á su buen copero  
fiar sus lances de amor:

y en su tiempo se decía  
que por un paso secreto  
de noche con tal objeto  
allí Don Pedro venía.

Después de él muerto, se dijo  
que había en la casa duende:  
que el vulgo en todo pretende  
qué haya asombro ó escondrijo.

¡Pobre Don Pedro primero!  
Desque á traición fué vencido,  
siempre el vulgo mal creído  
le ha traído al retortero.

Los frailes, que el duende husmearon,  
por lo que en el porvenir  
pudiera un duende influir,  
lo del duende propalaron;

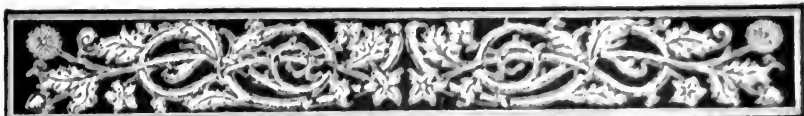


dando á entender á la gente  
que casa que de un convento  
se segrega es aposento  
del diablo; y por consiguiente,  
mientras la casa no vuelva  
de los frailes á poder,  
del diablo no hay que creer  
que á dejarla se resuelva.

He aquí de lo que proceden  
todas esas tradiciones  
en que anda el diablo, en naciones  
en que aún diablos andar pueden.

«Doquier que el diablo entra en baile,  
decía un sabio alemán,  
frailes hay:» de ahí el refrán  
de «el diablo se metió fraile.»

La sola dificultad  
que aquella donación tuvo  
al hacerse, y en lo que hubo  
por cierto fatalidad,



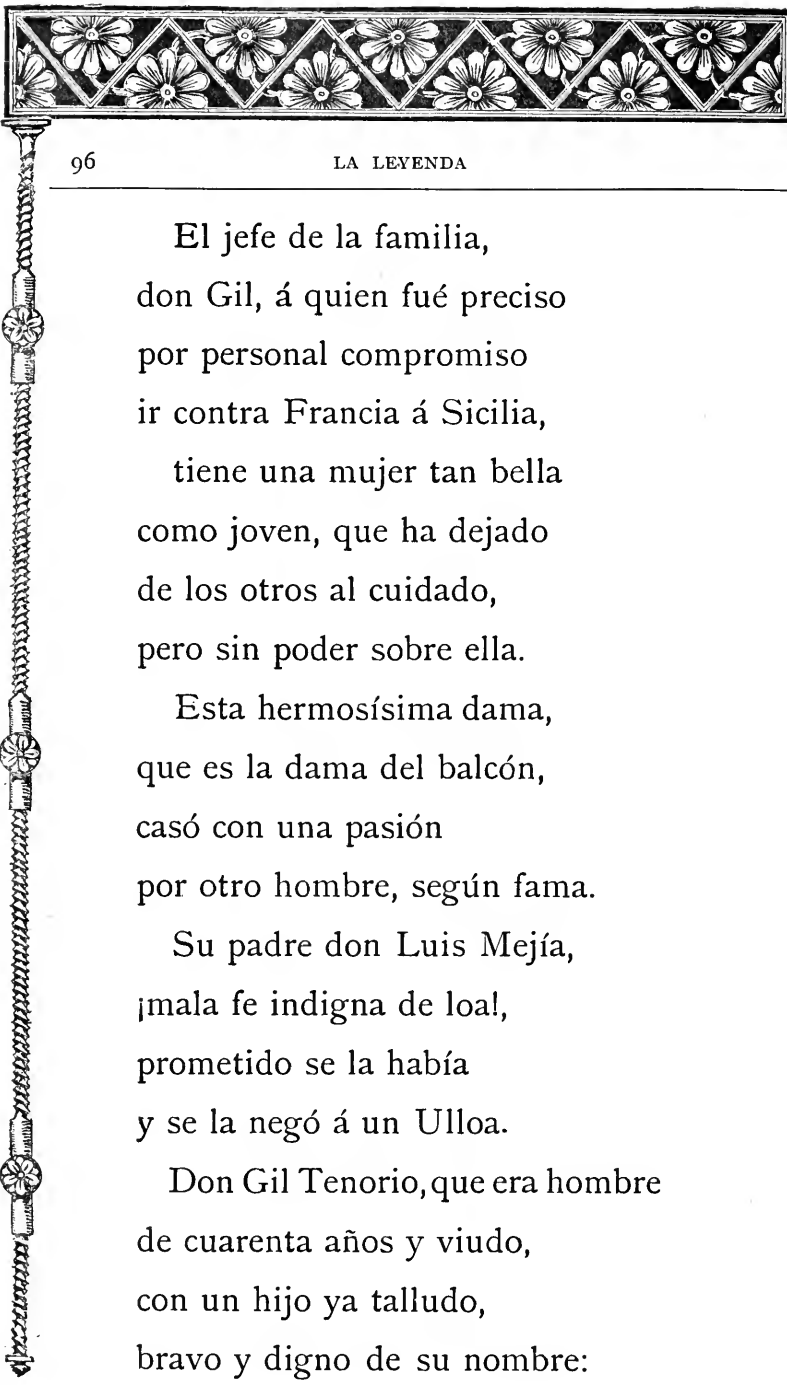
fué que eran cofundadores  
los Ulloas del convento,  
y pleito hubieron intento  
de armar á los compradores;  
mas dada opinión legal  
por tribunal competente,  
quedó probado y patente  
que iban los Ulloas mal.

Inde ira: de aquí empeños  
hijos del odio á ojos vistas:  
los Tenorios son pedristas,  
los Ulloas enriqueños.

Mas un siglo transcurrido  
y con él cuatro reinados,  
los odios, si no acabados,  
casi estaban en olvido:

si al fin no hiciera el demonio,  
de todos con vilipendio,  
que volviera aquel incendio  
á avivar un matrimonio.






El jefe de la familia,  
don Gil, á quien fué preciso  
por personal compromiso  
ir contra Francia á Sicilia,  
tiene una mujer tan bella  
como joven, que ha dejado  
de los otros al cuidado,  
pero sin poder sobre ella.

Esta hermosísima dama,  
que es la dama del balcón,  
casó con una pasión  
por otro hombre, según fama.

Su padre don Luis Mejía,  
¡mala fe indigna de loa!,  
prometido se la había  
y se la negó á un Ulloa.

Don Gil Tenorio, que era hombre  
de cuarenta años y viudo,  
con un hijo ya talludo,  
bravo y digno de su nombre:



don Gil, que se había casado  
sin amor, mas que había sido  
un excelente marido  
sólo por razón de estado,  
se puede bien suponer  
que no tuvo pretensión  
de inspirar una pasión  
amorosa á una mujer:

así que no se entretuvo  
en andarse de rebozo  
rondándola como un mozo;  
però la desgracia tuvo  
de apercibirse un buen día  
de que á sus años cuarenta  
tiene una pasión violenta  
por la Beatriz Mejía.

Alguien lo podrá ignorar,  
pero una pasión primera  
á cuarenta años es fiera  
muy difícil de domar:



y era la Beatriz mujer  
cuyo infernal incentivo  
bien podía un volcán vivo  
en cualquier alma encender.

Don Gil creyó como un niño  
que á aquella extraña Beatriz  
podría fiel y feliz  
hacer al fin su cariño:

y ciego por su pasión,  
no pudo ó no quiso ver  
lo que ocultar tal mujer  
podía en su corazón;

puesto que alma de infundir  
capaz tan fieras pasiones,  
está siempre en condiciones  
de dar y de recibir.

Oriundos de Portugal  
en Sevilla, los de Ulloa  
tenían aún en Lisboa  
solar de mucho caudal,







y unidos por intereses  
y por cariño de hermanos,  
ir suelen los sevillanos  
y venir los portugueses.

Su ausencia de la ciudad  
don Luis Mejía en su pro  
aprovechando, abusó  
de su patria potestad.

Mejía era un cordobés  
de corazón insensible  
y alma tenaz, asequible  
nada más que á su interés:

y el entrar en reflexiones  
con padre tal fuera en vano,  
pues dice, padre tirano,  
«contra un padre no hay razones.»

Beatriz, pues, ó resignada  
ó con honda hipocresía,  
al altar fué como iría  
la mujer mejor casada,



y el ojo más avizor  
no halló el más mínimo indicio  
que revelara artificio  
ni pensamiento traidor.

Nunca el más mínimo gesto  
de disgusto ni impaciencia  
mostró que algo en su existencia  
le fuera arduo ni molesto.

Tranquila siempre y risueña,  
afable siempre y gentil,  
cada día de don Gil  
más amada fué y más dueña.

De tres una hubo de ser:  
ó alma de grande energía  
á cumplir se resolvía  
como santa su deber;

ó fría, incapaz y extraña  
de noble y voraz pasión,  
sólo la hace el corazón  
el oficio de una entraña;





ó monstruo de hipocresía,  
aborto de ogro y sirena,  
su pecho de hurí envenena  
el corazón de una harpía.

Pero tal vez presunción  
de don César es sólo esta,  
pues aún prueba manifiesta  
no hay de tal suposición.

Don Gil no la puso tasa  
ni coto á nada, y sumisa  
sin bajeza, sólo á misa  
salió con él de su casa.

Saraos no ansió ni festines,  
y de bondad cierto indicio,  
distracciones y ejercicio  
buscó sólo en sus jardines.

«Tu palacio es para mí  
el mundo todo; y si quieres  
darme fiestas y placeres,  
procúramelos aquí,»





dijo á don Gil una vez  
que él la propuso salir  
al mundo y en él vivir  
con lujo y esplendidez;  
y cuando llegó el momento  
de que él partiera á Sicilia  
dijo: «Sólo á tu familia  
recibiré en mi aposento.

»Pero hazme, Gil, un favor:  
que no tenga yo en tu ausencia  
que soportar dependencia:  
sólo tú eres mi señor.

»Déjame con tus hermanos,  
pero déjame sin tasa  
la libertad en mi casa;  
no se me tornen tiranos.»

La demanda pareció  
tan justa á don Gil, que dicho  
dejó al partir que á capricho  
suyo viviera, y vivió.



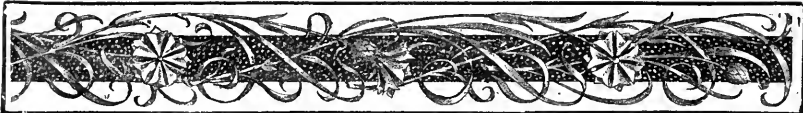


Nadie coartó su antojo:  
sólo don César se había  
emperrado en la manía  
de no quitar de ella el ojo.

Pero aquí estuvo su mal:  
porque á fuerza de mirarla  
tuvo por fuerza que hallarla  
de hermosura sin igual.

Secretos del corazón,  
que es de misterios un nido:  
don César se halló cogido  
en la red de su atracción.

Aquella mujer sagaz,  
comprendiendo que era el solo  
que en ella husmeaba dolo  
y que era astuto y tenaz,  
desplegó tal artificio  
siempre en su trato con él,  
le dió á gustar tanta miel,  
que fué su arte maleficio.



Don César con gran recato  
é infinita precaución  
obró: pero era el ratón  
entre las uñas del gato.

Aquella infernal mujer  
de diabólico atractivo  
le probó de su incentivo  
el diabólico poder.

Le mareó de tal manera  
que hubo al fin de comprender  
que entre él y aquella mujer  
él el más fuerte no era.

Don César era hombre fiero  
y de su deber esclavo  
y hombre de llevar á cabo  
su deber de caballero:

así es que á la sola idea  
de la posibilidad  
de sentir en realidad  
pasión de adulterio rea,



su honradez se rebelaba;  
mas por su afán hecho espía  
de tal mujer, no sabía  
si la odiaba ó la adoraba.

Producía en él su vista,  
su trato y conversación  
una infernal sensación  
de odio y de embeleso mixta.

Cual pájaro fascinado  
por hálito de serpiente,  
como náufrago arrastrado  
por vorágine potente,

don César no se podía  
de aquel encanto apartar  
y buscaba sin cesar  
su riesgo en su compañía.

¡Siempre esperando tenaz  
sorprender un leve indicio  
de su condición falaz,  
y siempre del artificio



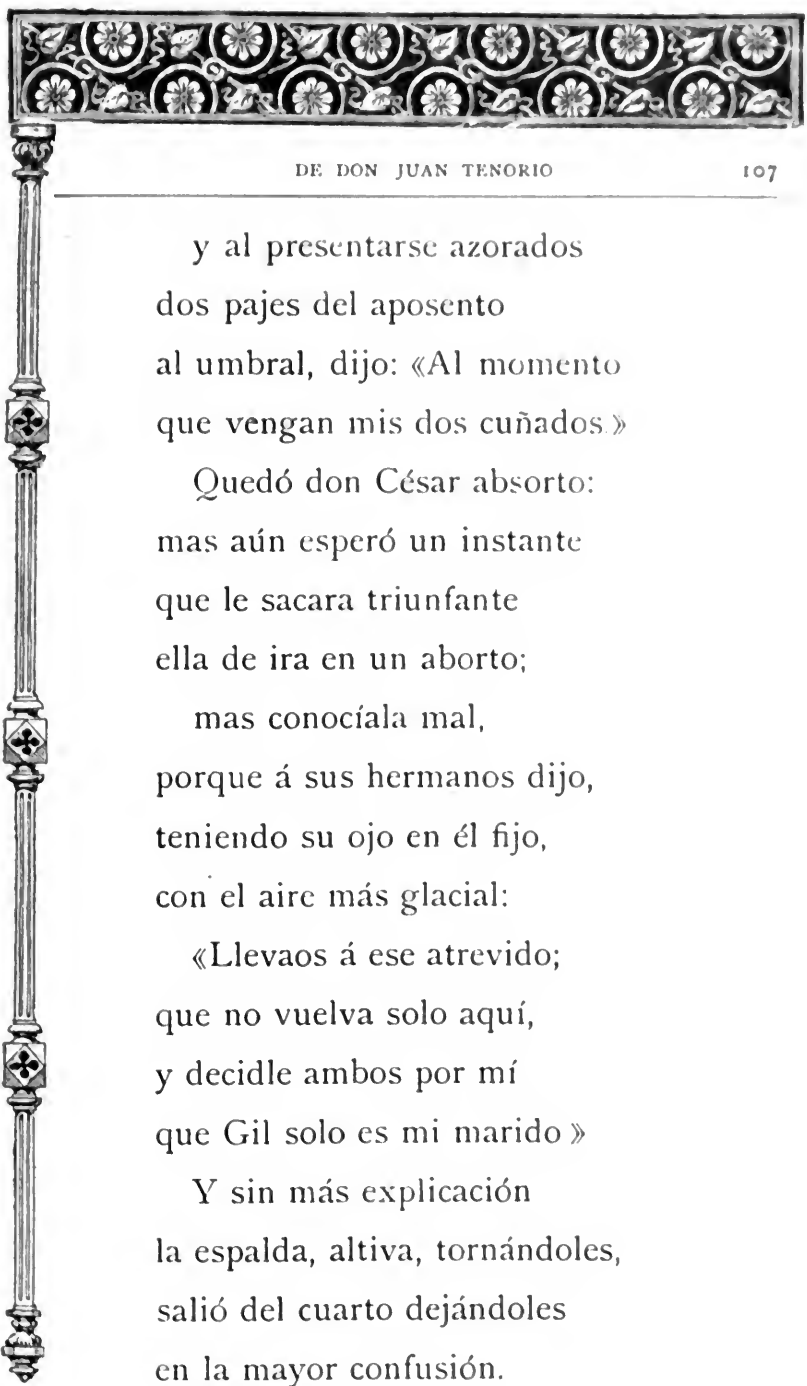
de aquella mujer sagaz  
envuelto en el maleficio,  
de arrastrarla á precipicio  
cada vez más incapaz!

Un día, estando con él  
en su gabinete á solas,  
él luchando entre las olas  
de su incertidumbre cruel,  
cierto de su mal obrar,  
deseando concluir  
y del dédalo salir  
en que se había ido á enredar,  
por impaciencia, despecho  
ó confianza arrastrado,  
la habló del tiempo pasado:  
¡nunca tal hubiera hecho!

Ella, con una sonrisa  
del desprecio más supremo,  
retirándose á un extremo  
del salón, llamó con prisa:







y al presentarse azorados  
dos pajes del aposento  
al umbral, dijo: «Al momento  
que vengan mis dos cuñados»

Quedó don César absorto:  
mas aún esperó un instante  
que le sacara triunfante  
ella de ira en un aborto;

mas conocíala mal,  
porque á sus hermanos dijo,  
teniendo su ojo en él fijo,  
con el aire más glacial:

«Llevaos á ese atrevido;  
que no vuelva solo aquí,  
y decidle ambos por mí  
que Gil solo es mi marido»

Y sin más explicación  
la espalda, altiva, tornándoles,  
salió del cuarto dejándoles  
en la mayor confusión.



La piedra estaba tirada:  
y piedra y palabra sueltas,  
nadie sabe cuántas vueltas  
dan ni dónde hacen parada;  
y fué un tiro tan feliz  
como justo de calibre:  
desde entonces se vió libre  
de don César Beatriz.

Y de tal delicadeza  
siendo y riesgo tal asunto,  
nadie de tocar tal punto  
tuvo después la torpeza.

Ellos, á don Gil su hermano  
por no ofender sin motivo  
evidente y positivo,  
nunca la van á la mano.

Ni hay en su conducta tacha:  
pues, caprichosa tal vez,  
muestra á veces candidez  
y caprichos de muchacha.





Libre, sola y asistida  
por personal servidumbre,  
lleva á su antojo y costumbre  
aislada, excéntrica vida.

Y por más que de ella se hable,  
por mal que de ella se crea,  
por más extraña que sea,  
nada en tal vida hay culpable.

En labores se la pása  
y jamás la calle pisa;  
jamás sale de su casa  
más que á San Francisco á misa.

Y cuando va, va en litera  
y de servidumbre tanta  
seguida, que ni una infanta  
mejor asistida fuera.

Y en cuatro reclinatorios  
cercanos al presbiterio  
asiste al santo misterio  
siempre con los tres Tenorios.





Ni hace ni admite visitas:  
en el piso medio mora  
del palacio, cual señora  
sin deseos y sin cuitas.

Mas mujer en quien concurren  
extremosas circunstancias,  
los días que en sus estancias  
sola pasa, no la aburren.

Con sus doncellas trabaja  
de extrema delicadeza  
en labores; cada pieza  
es una artística alhaja  
y hace de ellas cada día  
don al convento contiguo  
como han hecho en tiempo antiguo  
damas de su jerarquía.

Miniadora incomparable  
en vitela y pergamino,  
ilumina con gran tino  
algún códice notable.




Diestra en cantar y tañer,  
de ruiñeñor con garganta,  
como el ruiñeñor encanta  
cuando canta por placer.

En el trovar entendida,  
de Santillana y de Mena  
copia de errores ajena  
posée, de ellos hecha en vida.

Y sabiendo de memoria  
á Viana y Jorge Manrique,  
cuando hay quien se lo suplique  
recita que es una gloria.

Quien tales recursos tiene  
en sí misma, se concibe  
cómo en el retiro vive  
y en su casa se entretiene.

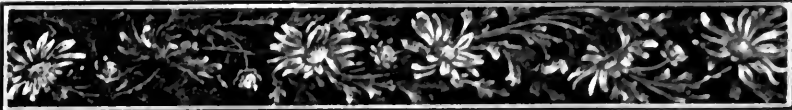
A más de que, no aceptando  
dominio ni dictadura,  
caprichosa se procura  
festejos de cuando en cuando.



No da saraos ni festines:  
mas gusta de adivinanzas  
y de suertes y de danzas  
de zahorís y bailarines;  
y alivia la pesadumbre  
del voluntario aislamiento  
reuniendo en su aposento  
su familia y servidumbre  
para oír de los juglares,  
los zahorís y adivinos  
las suertes, los desatinos,  
las zambras y los cantares.

A veces, de noche en horas,  
para ella y sus tres hermanos  
hace venir africanos  
rawíes y almeas moras.

Y aquí es donde ojo avizor  
anda César como un gato  
buscando contra el recato  
el incidente menor,



mas ella desde el estrado  
la danza y fiesta presencia  
con el decoro y decencia  
de una dama de su estado.

Nada hay, pues, de él que decir  
ni nada en él que tachar,  
sino que es muy singular  
el tal modo de vivir.

Y así viven sus cuñados  
de don Gil con la mujer,  
sin saberse á qué atener,  
sin pruebas desconfiados.

Tal es doña Beatriz:  
y en verdad que se me antoja  
que si no les trampantoja,  
ella es cándida y feliz.

Aunque el color de su tez,  
sus ricas ceja y pestañas,  
sus aficiones extrañas  
por gente de tal jaez



y la luz que alguna vez  
fulguran sus negros ojos  
al contrariar sus antojos,  
desmienten su candidez.

Ella en los veintiuno está:  
sin ser viejo, su marido  
de cuarenta pasa ya,  
y hace un año que se ha ido...  
Lo que haya... parecerá.








**A**HORA que ya, buen lector,  
estás en el pormenor  
de los datos accesorios  
con que entenderme mejor,  
volvamos á mis Tenorios.

Don César yace maltrecho,  
bien vendado en un buen lecho,

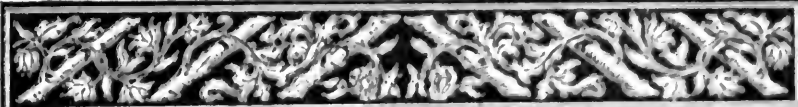


y el médico de él augura  
que tienen muy mala cura  
sus dos heridas del pecho.

Pero á sus hermanos dijo:  
«No es que á muerte le sentencio,  
mas para salvarle exijo  
que esté quieto, inmóvil, fijo  
y en absoluto silencio.

»Según su constitución  
y del mal según el sesgo,  
le costará, en mi opinión,  
lo menos su curación  
dos meses, pasado el riesgo.»

Y después de haber curado  
á don Luis y á don Guillén  
y sus rasguños vendado,  
de don César al cuidado  
encargándoles que estén,  
se despidió hasta otro día;  
y quedó cosa acordada



que á don César velaría  
don Luis, y á ver subiría  
don Guillén á su cuñada.



Visita era inexcusable:  
la ocasión de tan infausto  
suceso, el fatal origen  
de aquel desastre fué el ramo:  
y era además, aunque débil,  
la primer huella de un rastro  
sobre el cual estaba puesto  
don César hacía un año.

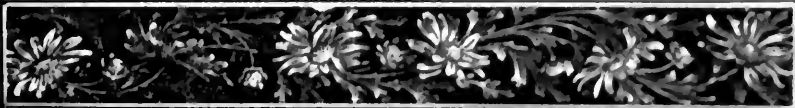
Doña Beatriz habitaba  
las cámaras de aparato  
del primer piso; don César  
las mismas del piso bajo;  
los otros dos ocupaban  
las mismas del piso alto;  
la servidumbre tenía  
lo posterior del palacio:



disposición que permite  
por el honor y el resguardo  
velar de la dama ó darla  
cárcel de honor en sus cuartos,  
puesto que el acceso á ellos  
podía ser vigilado  
por adentro y por afuera  
con los ojos de tres argos.

Ella esta noche no había  
ni siquiera un paje enviado  
á saber lo acaecido:  
esperaba á sus cuñados,  
su visita era infalible:  
estábase ya en el caso  
de plantear la cuestión, y ella  
plantearla quiso dejarlos.  
Había visto á los Tenorios  
que, como peces incautos  
al primer cebo, el anzuelo  
sin ver, le habían picado;





haciendo bueno su juego  
su primer salida errando  
contra el que el cebo arrojaba  
en vez de coger el ramo.

Don César, á quien los ímpetus  
de la cólera cegaron,  
salió ciego, mas los otros  
obraron más que él sin cálculo.

Don Luis y don Guillén eran  
caballeros de grande ánimo,  
de gran dignidad, sin tacha  
ni misterio en su pasado.

Dos nobles de antiguo temple,  
intransigentes con cuanto  
toque á la honra: en casos de ella  
dos jueces calificados.

Mas no eran como don César  
sabuesos de buen olfato,  
incapaces de perderse  
una vez puestos en rastro.



Don Guillén y don Luis no eran  
neblíes de vuelo tanto  
que volaran en el viento  
de Beatriz, que era un pájaro  
que volaba en las tinieblas  
y no dejaba volando  
ni plumas ni emanaciones  
que señalaran su paso.

Ya de la noche corridos  
iban más de los tres cuartos  
cuando á doña Beatriz  
á don Guillén anunciaron.

«Que entre,» dijo con la calma  
más perfecta: y con un brazo  
don Guillén en cabestrillo  
entró, y ella trabó diálogo:

BEATRIZ. Ya era tiempo de que alguno  
acudiera á decirme algo.

GUILLÉN. ¿No habéis estado al balcón  
lo sucedido mirando?





BEATRIZ. Lo que sucede en la calle  
no sé si no es por relato.

GUILLÉN. Don César fué herido en ella  
y tal vez muera.

BEATRIZ. Si estado  
se hubiera tranquilo en casa,  
estuviera bueno y sano.

GUILLÉN. Salió por el honor vuestro.

BEATRIZ. Salida de pie de banco;  
salió á echar mi honra á la calle,  
por ella al dar tal escándalo.

GUILLÉN. Desde ella un ramo de flores  
públicamente os echaron.

BEATRIZ. Las flores duran un día  
y la deshonra mil años.

GUILLÉN. ¿Por qué vos sin recogerle  
no dejasteis caer el ramo?

BEATRIZ. Yo ni injurio ni desprecio;  
obsequios no son agravios:  
si era de un noble, era injuria;  
desprecio, si de un villano.



GUILLÉN. Damas de prez no reciben  
flores en público.

BEATRIZ.                                     Al paso  
se echan hasta al arzobispo  
que las recibe en el palio.  
Flores en Sevilla se echan  
á cualquier dama y no hay sandio  
que en la tierra de las flores  
de las flores haga caso.

GUILLÉN. Al recibirlas sabíais  
de quién eran.

BEATRIZ.                                     Supongamos  
que sí: pero para todos  
era un encaperuzado;  
con dejarle ir se iba todo  
con él, como el ruido vago  
de la serenata, como  
todo lo inane y fantástico  
que no tiene fundamento,  
pie ni base; y nos ahorráramos





yo mi deshonra y vosotros  
vuestra sangre y el escarnio.

GUILLÉN. ¿Creéis que si Gil estuviera  
en el balcón como estábamos  
no hubiera de él á la calle  
como nosotros bajado?

BEATRIZ. Y estuviera en su derecho  
como le pluguiere obrando;  
mas don Gil es mi marido  
y vosotros mis cuñados.

GUILLÉN. Pues á él nos someteremos  
dándole cuenta del caso.

BEATRIZ. No temáis que yo os lo estorbe  
ni que haga por mí otro tanto.

GUILLÉN. Y cuando él vuelva...

BEATRIZ. Si vuelve;  
pero mientras, entendámonos;  
en ausencia de don Gil  
yo sola en mi casa mando.  
Don César ha echado la honra



de su mujer en el fango  
de la plaza, y si Gil vuelve,  
veremos lo que hacen ambos.

GUILLÉN. ¿Qué han de hacer hombres idólatras  
de su honor sino ampararlo?  
Vos de él deberéis entonces  
responder ante los cuatro.

BEATRIZ. De lo que os respondo es  
de que mi marido hará harto  
si es que perdona á don César  
idolatrar mi honra tanto.

GUILLÉN. Vos dais vueltas á esa idea,  
de don César sólo en daño.

BEATRIZ. Más vueltas la dará Gil  
no más en su pro.

GUILLÉN. Catamos  
que es semilla de zizaña  
que sembráis en nuestro campo.

BEATRIZ. Pues arrancadla del vuestro  
si podéis, que yo la arranco,  
antes que crezca, del mío.



GUILLÉN. Nosotros os le guardamos  
en ausencia de don Gil.

BEATRIZ. Yo de vosotros me guardo  
y por eso, mientras vuelva  
don Gil, para sus hermanos  
estarán mis aposentos  
desde esta noche cerrados.  
Los de don Gil y los míos  
para mi servicio aparto:  
viviré en ellos de día  
con mi servidumbre: en cuanto  
cierre la noche, sus llaves  
y sus cerrojos echados,  
quedaré sola: de noche  
conmigo misma me basto.

Y así doña Beatriz  
concluyendo, en un silbato  
que llevaba á uso de entonces  
de su cinturón colgado,  
sopló y al paje que entraba



al son dijo: «Id alumbrando  
á don Guillén á sus cámaras:  
cerrad tras él y acostaos.»

A tan brusca despedida  
don Guillén estupefacto,  
no supo nada mejor  
que hacer que irse cabizbajo.

Quedó doña Beatriz  
mientras le alcanzó mirándolo  
y dijo con la sonrisa  
del desdén más soberano:  
«Sólo es raza temerona:  
don César es tigre á ratos,  
mas yo soy una leona  
y los Tenorios son gatos.»



Pasaba julio: pasádose  
había el día de Santiago,  
la mayor fiesta de España  
por ser su patrón el santo.





Don César, fuera por obra  
de la ciencia ó por milagro,  
de las garras de la muerte  
poco á poco iba escapando.  
Una de las estocadas  
le había de claro en claro  
pasado el pulmón: mas hecha  
por sí la sangre coágulos,  
contúvose la hemorragia  
por un reposo tan largo  
como absoluto, ó mejor,  
porque así en sus juicios altos  
lo quiso Dios que hizo al hombre  
de fragilísimo barro,  
mas le dió gran consistencia  
al amasarle en sus manos.  
La otra estocada metiéronle  
de la garganta en los bajos,  
que á poco no le perforan  
de la voz el aparato.



Así es que va reponiéndose  
con muchísimo trabajo,  
aunque ya fuera de riesgo,  
sólo es cuestión de cuidado.  
Aún yace en el lecho, lleno  
de vendajes y de trapos,  
mas ya empiezan á moverle  
con tiento sobre un costado.  
Ya empieza á hablar y comienza  
á servirse ya de un brazo,  
mas la quietud y la dieta  
tiénenle insomne y escuálido:  
y pasa las largas noches  
rabioso y desesperado,  
revolviendo sus recuerdos  
y proyectos amasando.  
Doña Beatriz no ha salido  
un momento de sus cuartos,  
ni ha querido un solo instante  
recibir á sus cuñados.



Come allí sola, despide  
su servidumbre temprano,  
y cierra sus aposentos  
por dentro: capricho extraño  
que asombra á todos, que nadie  
comprende y que es corolario  
de su excéntrica existencia  
y su carácter fantástico.

A altas horas de la noche  
se oyen su voz y sus pasos  
cual si sociedad tuviera  
con los duendes y los trasgos.

Por la mañana se viste  
sola y no llama hasta tanto  
que, ya sentada, la arregla  
su camarera el tocado:  
minia, borda, canta, lee  
con muy cortos intervalos  
y no pregunta en el mundo  
lo que pasa ni ha pasado.

De una insólita pereza  
ó del natural cansancio  
de la falta de ejercicio  
acometida, en un ancho  
sillón permanece siempre  
sentada, y ni sus criados  
ni sus doncellas han vuelto  
á verla en pie. Antojos raros  
de mujer antojadiza.

Los Tenorios no han osado  
romper su consigna, y fáltanles  
motivos para intentarlo.







•IX•



tan á gusto en su cama  
don César permanecía  
como debió san Lorenzo  
estar sobre sus parrillas.  
Su curación retardaba  
con la impaciencia y la ira  
en que su indomable espíritu  
perpetuamente se agita.



Noches eternas de insomnio  
pasa, á sus memorias íntimas  
eternamente pasando  
su imaginación revista:  
y cuanto más las repasa  
con más rabia se imagina  
lo que pasa ó pasar puede  
en casa que él no vigila.  
De sus hermanos inquiera  
perpetuamente noticias  
de las que sólo sospechas  
adquiere y no ratifica.  
De noche, á la luz escasa  
de una mustia lamparilla,  
él con el oído alerta  
y el ojo avizor espía  
y escucha, sin darse cuenta  
de su origen, las efímeras  
visiones y los mil ruidos  
que en la atmósfera vacía





crea el silencio nocturno  
en sus tinieblas tupidas  
de fantásticos rumores  
y fantasmas movedizas.  
Don César, de sus sentidos  
con la lucidez perspicua  
en que les tienen sus ansias,  
la abstinencia y las vigili-  
as, ve y oye, y si no los oye  
ni los ve los adivina,  
mil rumores y mil sombras  
cuyo origen no averigua.  
A veces, imperceptible  
casi, tras de la maciza  
pared con que está su cama,  
no en contacto, mas contigua,  
siente pasos que seguros  
sobre la piedra se afirman  
sin dar á la piedra sólida  
la trepidación más mínima:





sin provocar de eco alguno  
la repercusión más nimia  
y sin que sepa si al lado  
de él es, debajo ó encima:  
y él créé, tiene certidumbre  
que no son quimeras hijas  
de los celos y delirios  
de su alma y su fantasía,  
sino huellas de entes vivos  
que en un pavimento pisan  
del palacio, iguales siempre  
y siempre á las horas mismas.  
Quién es el que las produce  
y en qué suelo las afirma  
es con lo que él dar no puede  
por más que el seso se hila:  
pero ello es algo de ser  
y gravedad positiva  
que pesa y pasa á través  
de la fábrica maciza.





Mas nada en aquellos ruidos  
y visiones le horripila  
el alma, que tiene siempre  
absorta en su idea fija:  
ni la tuvo de que fuesen  
cosas estas producidas  
por causas maravillosas,  
porque él no cree en maravillas:  
no; estos ruidos y quimeras  
le acosan y martirizan  
el ánimo en la impotencia  
que su cuerpo inmoviliza:  
mas si él pudiera del lecho  
alzarse é ir de puntillas  
tras de sombras y de ruidos,  
él con su origen daría:  
pues no hay efecto sin causa  
ni ruido se determina  
en el silencio, si en él  
choque ó son no le motiva.




Ya una vez inútilmente  
ha hecho registrar de arriba  
abajo el palacio entero:  
ya ha un mes que tiene vigías  
de noche puestos en todas  
sus entradas y salidas,  
y él oye y siente..., mas nada  
sus sospechas justifica.  
Sus hermanos le complacen  
suponiendo que delira,  
y duermen con centinelas  
en una paz profundísima.



El veintinueve de agosto,  
en la noche de aquel día  
en que de la legendaria  
degollación del Bautista  
hace la Iglesia Católica  
conmemoración fatídica,  
yacía en brazos del sueño  
ya en altas horas Sevilla.





Don César, que ya habla recio  
aunque no aún sin fatiga  
y sin dolor ya excesivo  
de los pulmones respira,  
en su lecho desvelado  
su cuerpo flaco reclina  
en un montón de almohadones  
de cerda fresca y mullida.  
De ante muy bien adobado  
una sábana suavísima  
le cubre el cuerpo sensible,  
no le acalora y le abriga.  
Por una de las ventanas  
de su cuarto entra la brisa  
no libre aún del bochorno  
del ardor de la canícula,  
y á su soplo casi inerte  
la llama mustia agoniza  
de la lamparilla y hacen  
leves ondas las cortinas.



Don Luis, que ha puesto su cama  
en la cámara vecina,  
pues ya tener á don César  
no es menester á la vista,  
dormía en paz cuando en sueños  
sintió que con mucha prisa,  
pero muy quedo, don César  
en despertarle insistía.

Echóse fuera del lecho  
y acudió á la lamparilla  
para dar luz á la alcoba  
á encender una bujía:  
pero á los «no» repetidos  
con que con voz decidida  
aunque muy baja don César  
hacer luz le prohibía,  
fuése á él en la penumbra:  
y al sentir su mano asida  
por él diciéndole «escucha,»  
escuchó..., mas nada oía.





CÉSAR. ¿Oyes?

LUIS. Nada.

CÉSAR. ¿No percibes  
unos pasos que gravitan  
cercanos, como de monjes  
que sobre sandalias pisan?

Don Luis escuchó un momento  
con atención profundísima  
y dijo al fin:

LUIS. No oigo nada.

CÉSAR. Ya pasó.

LUIS. Tu pesadilla.

CÉSAR. Te digo que no está sola.


LUIS. ¿Quién?

CÉSAR. Beatriz: comunica  
con los de fuera de noche.

LUIS. ¡Qué extraña monomanía  
te acosa, César!

CÉSAR. Te digo  
que siento, que oigo, que arriba





sonó una aldabada recia  
sobre la puerta maciza  
del palacio, retumbando  
por sus bóvedas vacías.  
Los dos hermanos la oyeron  
con asombro: á la rejilla  
del postigo acudió atónito  
el guardián que en él vigila,  
y á su voz de «¿quién va?» afuera  
respondió otra conocida:  
«Abrid.—¿A quién?—A don Diego  
Tenorio.—¡Virgen Santísima!»  
Claras don Luis y don César  
oyeron por la vecina  
reja abierta las palabras  
por el que llegaba dichas.  
Corrió don Luis al vestíbulo:  
y ante la puerta, al abrirla,  
los brazos tendió á don Diego  
que tornaba de Sicilia.



Tras él, con los ojos bajos  
y pálida faz, venía  
su buen ayo Per Antúnez,  
del mozo guardián y egida.  
Al verle don Luis, del hombro  
de don Diego por encima  
al abrazarle, sintió  
que un miedo vago encogía  
su corazón; y soltando  
á don Diego, á las pupilas  
mirándole, preguntóle  
con angustia profundísima:

LUIS. ¿Y tu padre?

DIEGO. Muerto.

LUIS. ¡Muerto!

DIEGO. Sí.

LUIS. ¿Cómo?

DIEGO. De dos heridas  
en el pecho y la garganta,  
tras dos meses de agonía.





Quedó don Luis aterrado  
con tan infausta noticia  
dada tan sin circunloquios,  
y sintió por sus mejillas  
correr abundantes lágrimas  
que brotaban ardentísimas  
de sus ojos, á los cuales  
de su corazón subían.  
Mas á través de una pena  
tan profunda y tan legítima,  
mientras que su alma en silencio  
en ella estaba sumida,  
una reflexión bizarra  
se la asaltó repentina:  
la extraña coincidencia  
é igualdad de las heridas:  
en la garganta y el pecho  
las de don Gil en Sicilia  
y en el pecho y la garganta  
las de su hermano en Sevilla.





¿Fueron por la misma mano  
y por una causa misma  
con la misma intención hechas?  
¿Quién sabe? ¿Quién lo averigua?





**C**UNA hora después, delante  
de la cama de don César,  
á la luz de una bujía  
que ardía sobre una mesa,  
don Luis, don Guillén, don Diego  
y Per Antúnez de Anievas  
meditaban, relatada  
la siciliana tragedia.



Per Antúnez era un hombre  
de edad y estatura medias,  
en casa de los Tenorios  
de alta estima y de gran cuenta.  
Su padre y abuelo habían  
asistido en paz y en guerra  
á los ascendientes de estos  
cuatro Tenorios: él era  
de don Gil el mayordomo,  
de don Diego el ayo: y yedra  
de los Tenorios, á ellos  
iba unida su existencia.  
Hombre de honradez sin tacha,  
de valor á toda prueba,  
de extremado atrevimiento  
y de perspicacia extrema,  
toda esta noble familia  
su confianza le acuerda,  
y como de ella le tratan  
y de ella él se considera.





De don Diego como egida  
fué con don Gil, y en la huesa  
al dejarle allá, á Sevilla  
dió con don Diego la vuelta:  
y vuelve en la convicción  
de que por derecho hereda  
el de servir al que quede  
con la autoridad suprema:  
á don Diego por ser vástago  
de la rama primogénita  
y á don César por mayor  
de los Tenorios que quedan.  
Antúnez les ha contado  
de don Gil la muerte, y cuenta  
les ha dado de sus horas  
y voluntad postrimeras.  
Su testamento aún cerrado  
puso á la luz de la vela  
sobre la mesa después  
de su narración, y espera...



que sus hermanos y su hijo,  
bajo la impresión funesta  
de la muerte de don Gil,  
la lloren como la sientan.

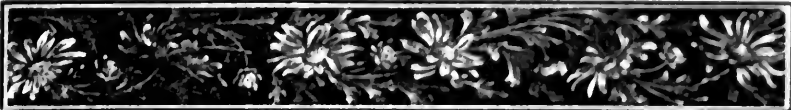
Tras largo espacio pasado  
en silencio, fué don César  
el primero que osó el diálogo  
entablar de esta manera:

CÉSAR. Por la relación del hecho  
aquí por Antúnez hecha,  
resulta que ha sido Gil  
asesinado en contienda  
nocturna, entablada á posta,  
para que se hallara en ella  
al volver á su morada,  
de su casa ante la puerta.

ANTÚNEZ. Así fué.

CÉSAR. Al interponer  
su autoridad, mano experta  
le dió, preparada á dárselas,  
mis dos estocadas mismas.





ANTÚNEZ. En la garganta y el pecho:  
iguales á las dos vuestras.

CÉSAR. Como en España, en Sicilia  
la justicia en la impotencia  
llegó tarde: quedó impune  
quien se las dió, y tras de luenga  
enfermedad, triste cabo  
dió don Gil á su existencia.

ANTÚNEZ. Así es.

CÉSAR.               Pues procuremos,  
ya que justicia en la tierra  
no hay por lo visto, que al menos  
venganza su muerte tenga.  
Y como acá en mis adentros  
tengo yo justas sospechas  
de la causa de su muerte  
y de mis heridas, mientras  
de ellas me curo y me pongo  
de su autor sobre las huellas,  
abramos el testamento  
por si da luz para verlas.



El testamento era breve:  
don Gil en su hora postrera  
prohibía su venganza  
y perdonaba su ofensa.  
Virtud rara en aquel tiempo  
en los que de tal manera  
morían; mas que en don Gil  
se comprende: su dolencia  
fué larga: la religión  
se sentó á la cabecera,  
y á Dios volviendo su espíritu,  
murió como Cristo ordena.  
Daba á su viuda Beatriz  
cinco mil doblas zahenas,  
marcando las propiedades  
de que la hacía heredera.  
Dejaba á su hijo don Diego  
todo el resto de su herencia,  
y de él y ella á sus hermanos  
por tutores y albaceas,





mandándoles que habitaran  
y que jamás la vendieran  
la casa de que Don Pedro  
hizo á su copero ofrenda.  
Y esta era obligada cláusula  
de los testamentos de esta  
raza, desde el del copero  
del rey hasta el de la fecha.  
Así es que ningún Tenorio  
podía la casa en venta  
poner mientras de su raza  
un individuo existiera,  
alguno de la cual siempre  
habitar debía en ella  
y en los mismos aposentos  
en que el copero viviera.  
Por consiguiente, los cuartos  
do la viuda se aposenta  
pertenece, como jefe  
de la familia, á don César.



Como tal pertenecieron  
á don Gil; mas su vivienda  
no pertenece á su viuda  
en quien él hijos no deja.  
Pero el actual testamento  
previene en cláusula expresa  
que la doña Beatriz,  
mientras viuda permanezca,  
podrá habitar en sus cámaras  
con su servidumbre y rentas  
propias, libre y con derechos  
á absoluta independencía.



Nadie objetó nada en contra,  
todos á cumplir entera  
la voluntad de don Gil  
obligados en conciencia;  
y viendo que comenzaba  
la luz del alba en las rejas  
á reflejar, como jefe  
de casa ya, habló don César:



«Id á reposar, don Diego,  
con Per Antúnez; que mientras  
inexcusable tributo  
dais á la naturaleza,  
nosotros resolveremos  
con calma lo que convenga.»

La orden era positiva:  
de la familia cabeza  
era ya don César y  
debíasele obediencia.  
Don Diego y Antúnez fuéronse:  
y estando ya en pie y alerta  
la servidumbre, y hallándose  
su cámara ya dispuesta,  
quedáronse en ella á solas  
con su cansancio y su pena.

Y á solas con sus hermanos  
así que se vió don César,  
dijo hacia el lecho atrayéndoles  
con una imperiosa seña:



«El testamento de Gil  
opino por que no vea  
ella.» Al oír tal frunciéron  
sus dos hermanos las cejas.

LUIS. ¡Villanía!

CÉSAR. No: yo insisto  
en que con alguien de afuera  
comunica; y ha llegado  
la ocasión de hacer la prueba.

LUIS. Ya es libre: con rentas Gil  
é independiente la deja.

CÉSAR. Sólo ha que lo es dos semanas  
y un año ha que nos afrenta.

LUIS. Es una mujer.

CÉSAR. Es una  
infame.

LUIS. La pasión te ciega,  
César.

CÉSAR. No: sé lo que digo.

LUIS. Tú lo creés; pero ¿y si yerras?





Don César, la voz bajando,  
dijoles casi á la oreja:  
«¿Y si está encinta?»

LUIS Y GUILLÉN.

¡Deliras!

CÉSAR. Yo necesito en pie verla:  
cosa que sé que hace meses  
no logra ni aun su doncella.

LUIS. Tienes una idea fija,  
hermano, con la que sueñas  
siempre.

CÉSAR. Mis largos insomnios  
dar me han hecho en tal idea:  
y á fuerza de coger hilos  
y de atar cabos á fuerza,  
tengo el del ovillo.

LUIS.

Tienes  
recelos.

CÉSAR.

Casi evidencias.

LUIS.

Pues andemos con gran tiento.

CÉSAR.

Sí, por Dios; pero no á tientas;



y pues tenemos ya el cabo,  
devanemos la madeja  
antes que nos la enmarañe.

LUIS. ¡Sí, por Dios!.. Mas no te vendas.

CÉSAR. ¿Qué es venderme?

LUIS. Hablemos claros  
de una vez, aunque lo sientas:  
ó das en loco ó tú la amas:  
de cualquier modo que sea,  
lo mejor es que acabemos:  
líbrate y líbranos de ella.

CÉSAR. ¿Que la amo?.. ¡Cristo! La odio.

LUIS. Los extremos se tropiezan  
y el amor y odio violentos  
sin saber cómo se truecan.

CÉSAR. ¡Luis!

LUIS. Nadie se ve á sí mismo,  
y estamos viéndote, César.  
Venguémonos de los hombres,  
puesto que en ellos hombres entran;



pero de hombres en secretos  
no metamos á las hembras:  
pues va á ser secreto á voces,  
y el que las da no se venga.

CÉSAR. Yo os probaré...

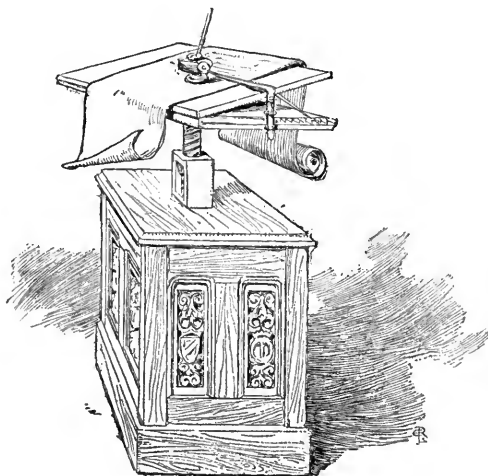
LUIS. Mas no ahora:

reposa: nos amedrenta  
tu agitación: tranquilízate;  
tiempo tenemos, ten flema.

Don César, ó convencido  
por la razón, ó sin fuerzas  
por su debilidad física,  
no habló más y se dió á buenas.  
En su lecho colocáronle  
cómodamente, y la espesa  
colgadura ante él corriendo,  
le instaron por que durmiera  
Quedóse su cuerpo inmóvil,  
muda se quedó su lengua;  
mas quedó su inquieto espíritu  
dando á su esperanza vueltas.



Sus hermanos ocupando  
dos sillones de vaqueta,  
en la cámara inmediata  
se pusieron de él en vela:  
y esperando que al influjo  
de la fatiga se duerma,  
se quedaron en silencio  
al de su propia tristeza.





CORRE el tiempo, crece el día,  
y el palacio en honda calma,  
mudo cual cuerpo sin alma,  
parece tumba vacía.

Mansión del duelo, en el hueco  
de su cavidad, desierta  
al parecer, no despierta  
ningún son vital un eco.



No atraviesa humana huella  
por corredor ni aposento;  
no se siente el movimiento  
ni el ruido menor en ella.

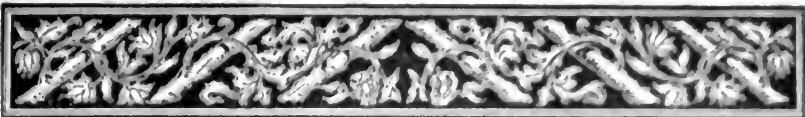
Duerme don César: reposa  
don Diego, mozo y cansado,  
con ese sueño pesado  
de la juventud dichosa.

Duermen en sus dos sillones  
los dos Tenorios: abierta  
no tiene aún Beatriz su puerta:  
y de las habitaciones

de sus dueños respectivos  
los servidores aguardan  
las órdenes que retardan  
bien dolorosos motivos:

y aguardan con el respeto  
de servidumbre que sabe  
de su pesadumbre grave  
el doloroso secreto.





A más, tiempo ha que el ambiente  
de aquel alcázar exhala  
efluvios de un aura mala  
que aspira ya mal su gente.

La de doña Beatriz  
sobre todo se apercibe  
de lo expuesta que en él vive  
con ella al menor deslíz.

Todo en resumen augura  
y todos ven que en tal casa  
ahonda cada hora que pasa  
un volcán de desventura.

Ya iba de más transcurrido  
del día el cuarto, y lucía  
ese sol de Andalucía  
que del placer la hace nido;  
cuando en son imperatorio  
un aldabazo potente  
volvió á la vida á la gente  
de la casa de Tenorio.



Era, con toga y golilla,  
un oidor vara en mano,  
seguido de un escribano  
de la Audiencia de Sevilla,  
que á dar de oficio venía  
á Beatriz conocimiento  
y copia del testamento  
que el juez de Sicilia envía.

Nadie rehusar osó  
paso á tal autoridad  
que con calma y gravedad  
el vestíbulo cruzó.

Tomó la escalera: al piso  
principal llegó: y, alerta  
sin duda, franqueó su puerta  
ante él Beatriz sin aviso.

Cumplió el juez con su deber  
con breve formalidad,  
y de la dama en poder  
el pliego tras de poner,







y otro con celeridad  
de ella tras de recoger,  
con la misma gravedad  
volvió al patio á descender  
y fuése, sin promover  
rumor ni incomodidad  
que no fueran menester.

Y fué asunto de momentos:  
el juez había ya partido  
y no habían aún podido  
salir de sus aposentos  
don Diego y Antún que al ruido  
habían tarde acudido,  
absortos y soñolientos,  
á saber lo acontecido.



Cuando don Guillén entró  
á don César á decir  
que acababa de venir  
el juez y á qué, se quedó



mudo don César y absorto  
de que hubiera la justicia  
de Sicilia tal noticia  
enviado en tiempo tan corto.

Conque en el que él empleó  
cómo fuese en discurrir  
túvole el juez de cumplir  
su cometido, y partió.



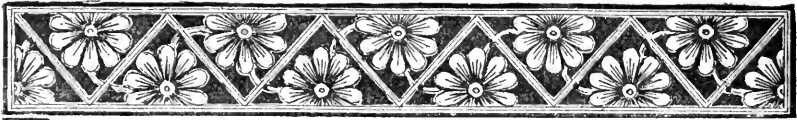


• XII •

D. CÉSAR.—D. LUIS.—D. GUILLÉN

CÉSAR.    ¿No lo veis ya? ¿No os decía  
          que estaba en correspondencia  
          con los de afuera?

GUILLÉN.                            Y sabía  
          que más Gil no volvería;  
          porque de la conferencia



que á solas conmigo tuvo  
rumiando palabras sueltas,  
recuerdo ahora que sostuvo  
que no volvía, y que á vueltas  
con ese equívoco anduvo.

CÉSAR. Llevadme allá arriba, hermanos:  
quiero por mis propios ojos,  
quiero por mis propias manos  
ver, romper sus trampantojos...

LUIS. Fuera una acción de villanos,  
César, en una mujer  
con quien ya nada nos liga  
ojos ni manos poner.

CÉSAR. A ello el honor nos obliga.

LUIS. Vil á nadie obliga á ser.

Si afuera comunicar  
puede, será por señales  
ó cartas: salir ni entrar  
nadie puede, ni pasar  
á ella por nuestros umbrales  
sin ser visto, por más diestro



que sea: puesta en secuestro  
está y cercada de espías,  
César, y no es honor nuestro  
darnos á esas villanías.

Tú creés lo de que yo dudo,  
tú estás celoso y sañado.

CÉSAR. ¡Voto á Dios!..

LUIS.

No alces el grito:  
si es, no he de ser yo su escudo  
ni sin pruebas su delito.

Dejémosla en paz vivir,  
pues de Gil es voluntad  
y nos la impuso al morir:  
si es lo que creés..., la verdad  
tendrá á la luz que salir.

La luz esperemos, pues,  
que alumbre esta duda oscura;  
verse ha lo que es ó no es:  
sanar en tanto procura  
tú, que si es lo que tú creés,  
prueba traerá tan segura



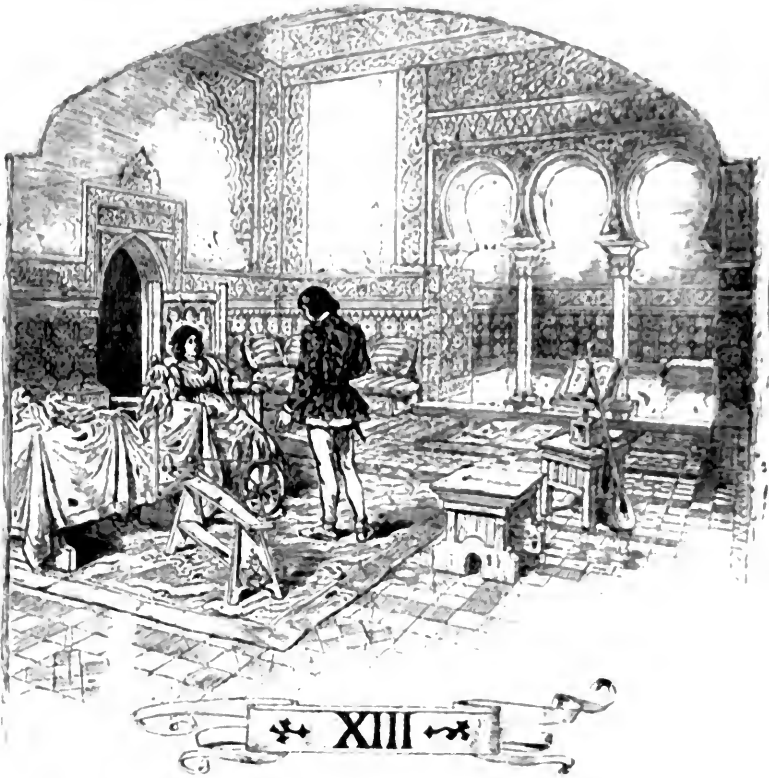


que no podrá de los tres  
pasar hacerla á través,  
sin sentirla, criatura  
á quien no dé la natura  
alas en lugar de pies.



Y bien don Luis calculaba:  
pero don Luis no notaba  
en su cálculo un deslíz  
y es el de que era más brava  
y astuta que él Beatriz.





**B**UEN plan el de don Luis era  
y fuera infalible plan

á dar en su ejecución  
con una mujer vulgar.

Por consejo de don César,  
de sosegarse incapaz,  
don Diego ir á visitarla  
debía: era natural:



su madrastra no podía  
su visita rehusar,  
pues siempre cortés con ella  
fué él y respetuoso; mas  
don Diego era aún un mozo  
imberbe, casi un rapaz,  
y aunque de gran desarrollo  
y gran fuerza corporal,  
sencillo, dócil y apenas  
entrado en la pubertad,  
de ninguna observación  
se le podía encargar.

Sus tíos, ya sus tutores,  
tienen empeño formal  
en que no se contamine  
con la atmósfera letal  
de los odios de familia,  
que es joven para afrontar,  
y en que conserve cerrados  
ojos y alma á la maldad





en la cual viven envueltos,  
por razones que aún no están  
al alcance de un mancebo  
que aún no las debe alcanzar.

Los tres, en fin, siendo célibes  
aunque aún á viejos no van,  
sólo en don Diego esperanzas  
fundan de posteridad.

Ponerle, pues, en contacto  
con Beatriz era errar;  
mas en su pasión don César  
en tales errores da.

Don César quería, sólo  
por puro afán personal,  
enviar cerca de ella á alguno;  
como si de ella al tornar  
ver pudiera algo en él de ella  
cual de un espejo en el haz;  
acercar á alguien, en fin,  
á quien no puede él llegar.



É iba á arriesgar de don Diego  
la candidez virginal  
en manos de una hembra que,  
siendo de todo capaz,  
en vez de soltar ante él  
prenda alguna, ó luz de dar,  
había en que las sacase  
de él gran probabilidad.

Pero aunque era una torpeza  
cuando menos paso tal,  
insistió en él de su espíritu  
por febril necesidad.

De ser recibido el mozo  
el favor al demandar,  
le obtuvo inmediatamente  
con acogida cordial.

Doña Beatriz recibióle  
de una ancha mesa detrás,  
cargada de objetos raros  
muy largos de enumerar,



extraños y heterogéneos,  
apto empero cada cual  
para una labor ó un arte  
de las que á la vista están  
trabajos ya adelantados  
y en tren de finalizar,  
á los que la noble dama  
se dedica con afán.

Era la hora de vísperas;  
Beatriz al aceptar  
la visita de don Diego,  
entre uno y otro brazal  
de su ancho sillón sumida,  
la cabeza echada atrás,  
fatigada ó perezosa  
parecía dormirar.  
Del balcón los cortinajes  
entoldados á mitad,  
la brillantez de la luz  
y el calor para templar,



de la amplia y lujosa cámara  
mantienen la claridad  
en una suave penumbra  
que de la dama á la faz  
y á los dorados objetos  
de aquel ostentoso ajuar  
templadas tintas, misterio,  
calma y poesía dan.

Don Diego anduvo discreto  
en su visita y formal;  
doña Beatriz, ni risueña  
ni melancólica asaz,  
mostróle, digna y graciosa,  
noble familiaridad,  
no tocando delicada  
punto de cuestión actual.

Tratóle, en fin, cortesana,  
cual mozo cuasi hombre ya,  
sin cariño intempestivo,  
con franca afabilidad;



y en conversación ni grave  
ni voluble por demás,  
discreta, oportuna y diestra,  
hechizó al mozo leal.



Al despedirse don Diego  
le dió su mano á besar,  
y entregándole un escrito  
cerrado, le dijo: «Dad  
á vuestros tíos, don Diego,  
ese escrito, por el cual  
espero que regulada  
mi posición quedará.»




Y enviándole una sonrisa  
hechicera, celestial,  
y una mirada lumínea...,  
calló... y le dejó marchar.



Aquel escrito decía:  
«Cuñados míos: de hoy más  
no hay parentesco ni deudo  
ni lazo ni afinidad  
entre nosotros. Vosotros  
con injusticia sin par,  
por sandia torpeza y odio  
inmotivado y tenaz,  
el derecho os abrogasteis  
tiránico é ilegal  
de vejarme, so pretexto  
la honra de Gil de velar.  
Mientras vivió os he sufrido  
con la esperanza falaz  
de hacerle ver á su vuelta  
conducta tan desleal.





Pero muerto Gil, cuya alma  
nunca quise acibarar,  
quiero que quién es su viuda,  
para que no erréis, sepáis.  
Mi padre con Gil casóme  
por tirana autoridad  
y yo, como hija sumisa,  
resignada fuí al altar.  
Mas como á Gil no amé nunca,  
ni plugo á Dios, por su mal  
y por mi bien, descendencia  
á nuestra unión otorgar,  
como con él con vosotros  
todo lazo temporal  
rompe la muerte, dejándonos  
á todos en libertad.  
Nada acepto de su herencia:  
que don Diego en mi lugar  
reciba cuanto su padre  
me lega; doyle además



cuantas joyas y preseas  
me dió en vida, liberal,  
y renuncio hasta al derecho  
en su casa de habitar.

Rica soy: rico es mi padre:  
con los Tenorios no está  
mi corazón: nada de ellos  
quiero haber ni conservar.

Aunque me curo muy poco  
de cómo de mí podrá  
juzgar el vulgo villano  
á los que nos quieren mal,  
continuaré en vuestra casa  
ajena al mundo social,  
de enfermedad so pretexto,  
en mi aislada soledad  
hasta que vivienda propia  
en dondeirme á aposentar  
tenga fuera de Sevilla,  
y de Castilla quizás.



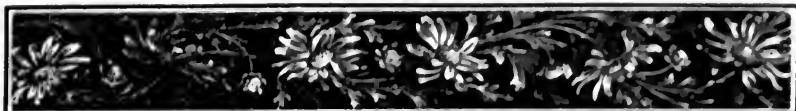
Pero como me habéis puesto  
con villanía vulgar  
en derredor cien espías  
de criados en lugar,  
he dado al juez una carta  
para mi tío el guardián  
del monasterio vecino,  
el cual con celeridad  
me agenciará un mayordomo  
y una dueña que vendrán  
tal vez hoy mismo, en los cuales  
me podré al menos fiar;  
con quienes, como quien soy,  
decoro y seguridad  
tendré en mi interior, y á quienes  
haréis hasta mí llegar.  
He aquí lo que llamar puedo  
proposiciones de paz;  
pero si queréis la guerra  
como hasta aquí continuar



no tenéis más que atreveros  
á trasponer el umbral  
de mis cuartos y veréis  
de lo que soy yo capaz.»

Los Tenorios se pusieron  
con asombro á comentar  
cartel tan extraordinario,  
reto tan claro y audaz;  
pero por más que le dieron  
vueltas á solas, por más  
que buscaron sutilezas  
contra quien razones da,  
no tuvo al fin más remedio  
su prevención suspicaz  
que convenir en que libre  
de su autoridad está  
doña Beatriz; y si es  
lo que crée el odio voraz  
y celoso de don César,  
no hay más que hacer que esperar.





Cuando dueña y mayordomo  
con la carta del guardián  
se presentaron, dejáronles  
sin inconveniente entrar.



No pudo verles don César  
desde su lecho: al zaguán  
salió don Luis para verlos  
por mera curiosidad.

No son ni viejos ni mozos,  
no parecen bien ni mal:



de beata hay algo en ella  
y algo en él de sacristán.  
Hicieron á don Luis ambos  
sin altivez ni humildad  
un saludo, y un «Dios guarde  
á vuesarced» al pasar  
le dijeron; respondióles  
don Luis: «Y á todos; entrad,»  
y les mostró con el dedo  
la escalera principal.

Cuando les sintió en las cámaras  
de la dama penetrar,  
dijo entre sí: «Dos lechuzas  
de las que anidan detrás  
del altar de San Francisco.  
Nunca tuvo ni tendrá  
buena sombra ese convento  
para esta casa; y á par  
uno de otra mal se tienen  
y hacen mala vecindad.



¡Pájaros de mal agüero  
se me figuran! Jamás  
los Tenorios y los frailes  
amasaron juntos pan  
en tiempo alguno y... ¡por Dios,  
que es bastante original  
que agencie la servidumbre  
de una mujer su guardián!  
Si ella intenta en la partida  
hacer los frailes entrar...,  
no va á quedar más remedio  
que meter á Satanás  
por los Tenorios.—¡Malditas  
desde la mujer de Adán  
todas ellas! Creo que ésta  
nos va el juicio á trastornar  
como á César y daremos  
en locos tras él. Mas ¡bah!,  
no hay que ver visiones. De ella  
la loca excentricidad



del carácter es lo que  
nos hace desatinar.»

Don Luis era hombre de seso,  
pero empezaba en verdad  
á caer bajo el influjo.  
de aquella hembra singular.





•XIV•

**P**ASÓ otro mes: don César mejoraba y, á pesar de su insomnio y aprensiones, ya con franqueza y claridad hablaba y aspiraba el aliento y le exhalaba casi ya sin dolor de los pulmones.

Débil empero y flaco todavía,  
aunque del lecho á alzarse comenzaba,



aún de su aposento no salía  
y con ajeno apoyo caminaba:  
y si vivía, en fin, se lo debía  
á su gran robustez y á su alma brava,  
que hombre era de tan recia contextura  
como de alma tenaz y vida dura.

Ya fuera que Beatriz, falta de sueño  
por falta de ejercicio, se acostara  
muy tarde y desvelada trasnochara;  
ya fuera que don César en su empeño  
celoso ó pertinaz lo imaginara;  
fuera, en fin, que en verdad lo percibiera,  
ello es que en altas horas insistía  
en que á veces sentía  
son de pasos de alguno que, de fuera  
viniendo, en el palacio penetrara  
y cerca de su cámara pasara.  
Sobre todo hacia el quince de septiembre  
y en una noche de creciente luna





y lluviosa á turbión, dijo que el ruido  
más perceptible oyó que en noche alguna,  
y fuera por el sitio que su lecho  
ocupara, á algún eco sometido  
de la bóveda cóncava elevada  
en el solo lugar que ocupa oído,  
ó por otra razón, ello era un hecho  
que excepto él los demás no oían nada.  
Don Luis y don Guillén nada sintiendo,  
de don César lo créen monomanía;  
siguen de su aprensión caso no haciendo,  
que se le pase, imaginando, el día  
en que repuesta su salud del todo  
su turbada razón no le extravié  
y esperando que juzgue de otro modo  
las cosas cuando ya no desvaríe.  
Porque para ellos es casi evidente  
que la coincidencia  
de percibir más ruido en el creciente,



prueba que son delirios de maniaco  
que ya sufren influjos de demente;  
debilidad muy natural en hombre  
de larga enfermedad convaleciente,  
y en cuya situación nada hay que asombre  
á sus hermanos, conociendo el flaco  
de don César, que sueña y ve visiones  
ó en la debilidad de su cerebro  
ó al influjo febril de sus pasiones.

Don Luis y don Guillén, atentos sólo  
á acechar la ocasión de su venganza,  
si claro ven de Beatriz el dolo,  
con espíritu activo,  
práctico y positivo,  
en el tiempo poniendo su esperanza,  
en su astucia sagaz é indagaciones  
secretas confiando y no en visiones,  
averiguan y husmean  
de los Ulloas todas las acciones;



pero por más que espían y rastrean  
de quien sospechan con razón la pista,  
por más que por Sevilla callejean  
y que por sus contornos veredean,  
más de tres meses ha que echar la vista  
nadie logró de los que en ello emplean  
sobre un Ulloa: y ven con maravilla  
que no queda un Ulloa por Sevilla.



Pasó otro mes: se concluía octubre:  
don Luis y don Guillén, sin más indicio  
que la conducta excéntrica y extraña  
de Beatriz que nada acaso encubre  
más que un vano y fantástico artificio  
para evitar con maña  
el trato familiar con sus cuñados  
por ella detestados,  
comienzan á formar distinto juicio  
y á creer que es don César quien se engaña.



Éste, á su vez, ya de ellos recatándose  
con Per Antúnez solamente aliándose,  
su sociedad y vigilancia evita,



sólo con Per Antúnez encerrándose  
día y noche en las cámaras que habita.  
Y en Per Antúnez nada más fiándose  
y en su manía sin cejar, medita,  
forja, acepta y desecha muchos planes  
en el febril anhelo que le agita  
para ver si una prueba precipita  
que cumpla ó que disipe sus afanes.





Y un día creyó al fin dar  
con el medio de romper  
de aquella falaz mujer  
el encierro singular.

Como por sucesos tales  
y yacer él en su lecho  
á don Gil no se habían hecho  
ni entierro ni funerales,

dijo: «El día de difuntos  
dignas exequias le haremos  
á las cuales ir debemos  
todos sus parientes juntos.

»Yo estoy ya capaz de andar;  
y de mi casa al salir  
por primera vez, debo ir  
por Gil á la iglesia á orar.»

Nadie pudo á ello objeción  
poner: y en aquel convento  
contiguo su enterramiento  
teniendo y su panteón,

á los frailes avisaron,  
quienes de paños mortuorios  
por cuenta de los Tenorios  
á hacer acopio empezaron  
la iglesia para enlutar:  
con lo que empezó á correr  
por Sevilla que iba á ser  
función soberbia y sin par.

Don César, con el anhelo  
del que ve al cabo logrado  
su deseo más ansiado,  
hizo citar para el duelo  
á Beatriz de manera  
tan firme é imperativa  
que no tuviera evasiva  
ni excusa que la valiera.

Mas grande su asombro fué  
al recibir por respuesta:  
«Señalad hora y dispuesta  
para partir estaré.»



Don Luis y don Guillén vieron  
en asentimiento tal  
la cosa más natural,  
y de don César rieron  
cuando, contra todos solo,  
caviloso aún sostenía  
que en tal sumisión tenía  
que haber oculto algún dolo.

Llegó, al fin, el día dos  
de noviembre, y el momento  
de ponerse en movimiento  
toda la familia en pos

de los frailes franciscanos  
que á casa á buscarla van  
precedidos del guardián  
y con cirios en las manos.

Apenas entrar sintió  
á la pareja primera  
de frailes, de la escalera  
en lo alto se presentó



doña Beatriz, envuelta  
en un velo transparente  
que dejaba libremente  
contemplar su forma esbelta;  
su bien quebrada cintura  
bajo los pliegues cimbraba  
del velo, y transparentaba  
los rasgos de su hermosura.

Alzó su presentación  
después de tan larga ausencia  
en toda la concurrencia  
murmullo de admiración:

y en ella anhelando huellas  
hallar, ocasión de enojos,  
don César sintió en los ojos  
de sus ojos las centellas;

y de su velo á través  
sintió que absorto, anhelante,  
con su mirada triunfante  
le postraba ella á sus pies.







Pero esto pasó no más  
y en un punto entre los dos,  
apercebido quizás



tan solamente por Dios,  
por ellos y Satanás.

Ella empezó la escalera  
solemnemente á bajar  
y de ella al pie aproximar  
mandó don Luis su litera.

Cerráronla en ella: á lomo  
los esclavos la tomaron





y sus puertas ocuparon  
su dueña y su mayordomo.

Hacia San Francisco echó  
la fúnebre comitiva;  
y á una mirada furtiva  
de don César, respondió

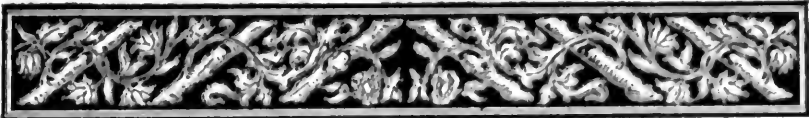
Per Antúnez con un gesto  
del cual el significado  
era el de «idos sin cuidado,  
que yo sé cuál es mi puesto.»



Y fué en aquella ocasión  
cosa fácil de advertir  
que de la casa al partir  
la fúnebre procesión,

cual si temiera enemigos  
durante los responsorios,  
cerró la de los Tenorios  
rejas, puertas y postigos:





lo que dió claros indicios  
de ser cuestión de impedir  
á alguno entrar ó salir  
durante aquellos oficios.

Hubo aún otra observación  
que hizo el vulgo sevillano,  
que era como buen cristiano  
dado á la murmuración,

y fué que juzgados fríos  
en religiosas materias  
por clero y personas serias,  
vistos casi como impíos

los Tenorios, raza hostil  
á los monjes franciscanos,  
pusieron hoy en sus manos  
el funeral de don Gil.

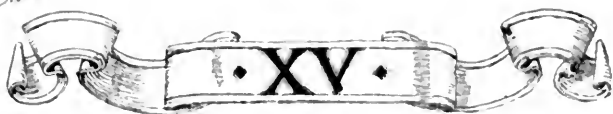
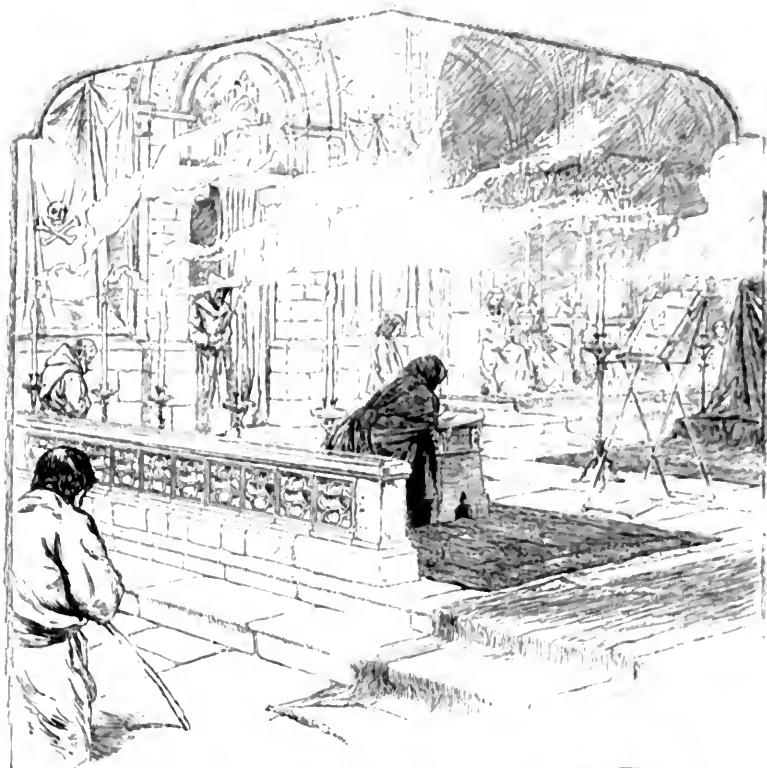
Pero olvidaban sin duda  
los que tenían afán  
de murmurar, que el guardián  
era tío de la viüda,






y que sus antecesores  
en el panteón del convento  
tienen, por ser bienhechores  
de él y de él cofundadores,  
lugar para enterramiento.





**L**AS honras fueron suntuosas,  
las de un rey lo fueran menos:  
la vanidad de los frailes  
y los Tenorios á un tiempo  
quedó satisfecha, y de ellas  
absorto el cristiano pueblo.  
La iglesia de San Francisco,  
colgada de paños negros



orlados y cairelados  
con galones y con flecos  
de plata, estaba enlutada  
dejando ver en su centro  
un suntuoso catafalco  
tendido de terciopelo,  
cargado y lambrequinado  
con los blasones soberbios  
de los Tenorios, que brillan  
bordados del alto féretro  
en los costados del paño  
que se arrastra por el suelo.  
Doce cirios que sustentan  
candelabros gigantescos  
alumbran no más la nave  
cuyo calado crucero,  
rosetones y ajimeces  
cierran crespones y velos  
que hacen nocturno crepúsculo  
la luz matinal del cielo.



Cien calaveras posadas  
sobre dos cruzados huesos,  
con sus bocas ya sin labios,  
sin lengua ni voz ni aliento,  
con sus ojos sin miradas  
ya lóbregos agujeros,  
sus pómulos ya sin carne  
y su testuz sin cabellos,  
decoran todos los arcos  
y todo el cornisamento,  
de la nada humana símbolos,  
del fin del hombre mementos.

Tuvo, pues, don Gil Tenorio  
unos funerales regios,  
con calaveras, blandones,  
paños, borlas, terciopelos,  
lloronas y piporristas;  
y le cantaron los trenos  
chantres de potentes voces  
y coro de reverendos.



Profusión de agua bendita  
tuvo, de cera y de incienso;  
muchos *Requiescat* y *A porta  
infern* *erue animam ejus*,  
que escucharon como música  
celestial, con el buen pueblo  
de Sevilla, los Tenorios  
el funeral presidiendo  
y la viuda arrodillada  
al umbral del presbiterio  
en reclinatorio gótico  
labrado de marfil y ébano.  
Fué una función solemnísima,  
un espectáculo serio:  
de atención para el creyente,  
de inquietud para el incrédulo,  
de admiración para el vulgo,  
de lucro para el convento,  
de honra para los Tenorios,  
de pro para los pañeros.





Don Gil mismo, aunque en Sicilia  
murió casi como un perro  
en un callejón, herido  
de noche á traición, si verlo  
pudo desde el otro mundo,  
pudo decir satisfecho:  
«Mal muerto y bien enterrado;  
al cabo, del mal el menos.»



Concluída la ceremonia  
con el *Requiescat* postrero  
y el último guisopazo,  
los tres Tenorios el duelo  
á despedir comenzaron,  
de parientes y de deudos  
y de amigos cabezadas  
aceptando y devolviendo.  
Cuando unos tras otros todos  
la iglesia dejando fueron,  
quedando solos en ella  
los frailes, la viuda y ellos,



esperaron que la dama  
bajara del presbiterio  
con ellos á reunirse  
y tornar como vinieron:  
mas vieron, sin darse al pronto  
razón de tal movimiento,  
que los frailes hacia ella  
detrás del guardián se fueron.  
Juzgaron que, deferente,  
su tío, á honrarla dispuesto,  
iba él mesmo á recogerla  
para entregársela él mesmo;  
mas con el mayor asombro  
y no menor corrimiento  
vieron que aquél, de sus frailes  
poniendo á la viuda en medio,  
se dirigía hacia el pórtico  
del lado del Evangelio  
que daba salida al claustro  
del patio del monasterio.



Don Luis á esta evolución entró, aunque tarde, en recelos de que el dolo que don César presentía fuese cierto.

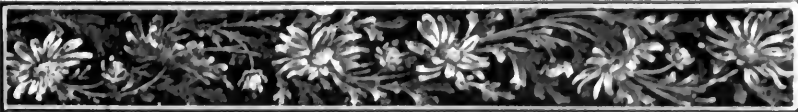


Don César mal dominando de ira un repentino vértigo, con pasos tan mal seguros como si estuviera ebrio, arrastrando á sus hermanos avanzó en su seguimiento: don Diego, sin orden suya de avanzar, se estuvo quieto



con la familia, lo que pasaba no comprendiendo. Los Tenorios con los frailes llegaron al claustro á un tiempo casi, los frailes llevándoles de ventaja un corto trecho: mas ya estaba lleno cuando en él penetrar quisieron. Desde lo alto de tres gradas que á él dan de la nave egreso y al patio que abre á la calle paso por el lado opuesto, por encima de cerquillos y capuchas ver pudieron en el patio bien armados veinte jinetes, cubiertos con antifaces los rostros, como era uso en viajes luengos. Una litera, que tiene con el postiguillo abierto





un paje, aguarda á una dama  
que debe ocupar su asiento.  
Dos mulas de fraile esperan  
dos mujeres ó dos viejos  
que en sus cómodas jamugas  
hagan un viaje sin riesgo.  
Tres acémilas cargadas  
con bucólicos pertrechos  
acusan que es largo el viaje  
que va allí á tener comienzo;  
y á un grande carro vacío,  
que espera aún su cargamento  
que no está á la vista, envuelve  
no sé qué aire de misterio.  
Cargo en un instante hiciéronse  
los Tenorios de todo esto;  
mas antes que le rompieran  
rompió el guardián el silencio  
diciéndoles: «Vuestra casa  
no es ya, nobles caballeros,



para doña Beatriz  
decoroso alojamiento,  
y parte adónde la llaman  
deber y cuidados nuevos.  
—¿Adónde? ¿Cuáles?, con ímpetu  
preguntó don César.—Lejos  
de Sevilla, dijo el fraile  
con flema y con tono seco,  
lejos de cuanto ha tenido  
cerca tal vez mucho tiempo.»


A estas palabras, del todo  
la situación comprendiendo,  
sintió don César parársele  
el corazón un momento  
y trastornarle una tromba  
vertiginosa el cerebro,  
quedando un instante mudo,  
ahogado por el despecho.  
Aprovechando aquel rápido  
paroxismo pasajero



que á don César embargaba,  
Beatriz, ante quien abrieron  
paso los frailes entre ella  
y don César interpuestos  
hasta entonces, acercóse  
á sus cuñados diciéndoles  
con tono en que rebosaban  
desdén, mofa, odio y desprecio:

«Cuñados míos, ya veis  
cómo he las cosas dispuesto  
y están de más las palabras  
donde hablando están los hechos:  
ahorremos, pues, las inútiles  
como gentes de talento.

El guardián de San Francisco,  
mi tío, tiene con sellos,  
firmas y certificados  
legales un documento  
por el cual de hoy para siempre  
lo que Gil me legó dejo



á don Diego, su hijo, que es  
su legítimo heredero.  
Mi equipaje, que en mis cámaras  
dejé en baúles abiertos  
por si, curioso, don César  
quiere saber lo que hay dentro,  
al padre guardián, mi tío,  
que entreguéis de grado espero  
para que él hoy los expida  
detrás de mí, y... olvidemos  
lo pasado entre nosotros  
cual si hubiera sido un sueño,  
pues de lo por mí pasado  
con vosotros no me quejo.  
Lo pasado lo hizo Dios  
ó el diablo: mas ya está hecho;  
lo presente lo he cogido,  
cual me lo habéis dado, al vuelo;  
del porvenir... cada cual  
á mirar tiene derecho





por el suyo, y no es el mío  
vivir más en poder vuestro.  
Conque, señores cuñados,  
hasta más ver: y os prevengo,



don César, que si con vos  
en mi camino tropiezo  
otra vez, no seré yo  
quien procure tal encuentro  
y me creeré autorizada  
á haceros quitar de en medio.»

Dijo doña Beatriz:  
besó con mucho respeto  
la mano al guardián: los frailes  
cercándola la siguieron





hasta la litera, entre ella  
y los Tenorios poniendo  
como al descuido una valla  
de santos hábitos; y ellos,  
perdida al ver la jugada,  
cruzando otra vez el templo,  
con don César casi en brazos  
á su casa se volvieron.



Don César, trémulo, torvo,  
pálido y calenturiento,  
se encerró con Per Antúnez  
en su cámara por dentro.  
Don Diego y la servidumbre,  
que lo del claustro no vieron  
porque en la iglesia quedáronse  
órdenes no recibiendo  
de los tres hermanos, fuéronse  
también á casa siguiéndolos  
y estaban en el vestíbulo  
esperándolos inquietos.





Don Diego, de quien sus tíos  
recataron sus recelos  
del caso de su madrastra,  
por ser el caso uno de esos  
difíciles de explicarse  
decentemente á un mancebo  
y que entre hombres se comprenden  
hasta sin dar cuenta de ellos,  
esperaba los mandatos,  
mozo paciente y modesto,  
de sus tíos y tutores  
á quienes está sujeto.

Don Luis y don Guillén mudos  
gran rato permanecieron  
en el vestíbulo, absortos  
en sus propios pensamientos.

Como ellos los servidores,  
irresolutos é inciertos,  
no osaban las reflexiones  
interrumpir de sus dueños.



Y henchía la casa aquella  
un ambiente de misterio  
fatídico; había en su aire  
un nó sé qué de funesto  
y amenazador, un lúgubre  
y fatal presentimiento,  
alimentado por algo  
vago, incógnito y siniestro  
que fermentaba en su atmósfera,  
el corazón comprimiendo  
de cuantos la respiraban  
con ansia bajo sus techos.

Apercibióse don Luis  
al cabo del mal efecto  
que hacía en sus familiares  
su distracción, y volviendo  
en sí y á su aplomo, dijo:  
«Podéis, sobrino don Diego,  
rezar por vuestro buen padre  
en vuestra cámara;» y vuelto



á sus servidores, díjoles:

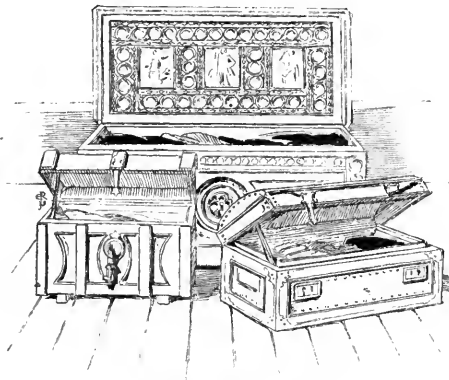
«A los quehaceres domésticos  
id;» y á los de su cuñada  
la palabra dirigiendo  
por fin, les dijo: «Vosotros  
quedáis de hoy á antojo vuestro.

La señora se retira  
de nuestra casa: el arreglo  
de vuestras cuentas hará  
nuestro mayordomo luego  
que se las presentéis, si  
la señora no lo ha hecho.»

El paje y la camarera  
que de la antesala adentro  
servían á Beatriz,  
se adelantaron diciendo:  
«La señora nos pagaba  
adelantado y tenemos  
el salario de noviembre  
recibido por entero.»



Don Luis dijo gravemente:  
«La señora era en efecto  
muy puntual y prevenida:  
de que os pagara me alegro.  
Podéis iros.»—Los criados  
saludaron y se fueron,  
los unos á sus quehaceres,  
los otros tras amo nuevo.





**F**UERA á posta ó por deslíz,  
sus puertas de par en par  
y sus cofres sin cerrar  
dejó doña Beatriz.

Pensar que en ellos pudiera  
ocultarse criatura  
viviente, fuera locura  
y absurdo supuesto fuera:



y tanto más evidente  
cuanto que se descuidó  
el fraile y no los pidió  
hasta la tarde siguiente.

Ni en don César mismo cupo  
la idea vil de un registro,  
ni, de sus iras ministro,  
pensar tal Antúnez supo.

Don Luis, pues, como bizarro  
caballero, los cerró  
y sus llaves entregó  
al que los llevó en el carro.

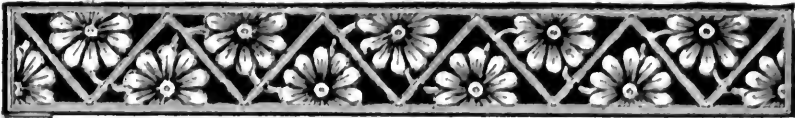
Y cuando el carro partió  
dijo á don Luis don Guillén:  
«No creí librar tan bien;»  
y don Luis dijo: «Ni yo.»

GUILLÉN. Paréceme que se va  
de nuestra casa el demonio.

LUIS. Fué en verdad un matrimonio  
que anudó el diablo quizá.







GUILLÉN. A ser yo mejor creyente,  
cruces hiciera erigir  
en su puerta y bendecir  
la casa devotamente.

LUIS. No des en eso jamás.

GUILLÉN. ¿Pues qué mal de ello deduces?

LUIS. Que en casa tras de las cruces  
entraría Satanás.

Y pues la ocasión se ofrece  
y á solas nos encontramos,  
del caso en que nos hallamos  
oye lo que me parece.

No hay que echar nunca en olvido  
que desde su fundamento  
esta casa y el convento  
mal fundamento han tenido.

Los Tenorios pertenecen  
al partido de aquel rey  
cuyos recuerdos y ley  
los clérigos aborrecen.





Muerto aquel rey y vencido,  
ellos harán que la historia  
guarde una mala memoria  
del á quien tanto han temido.

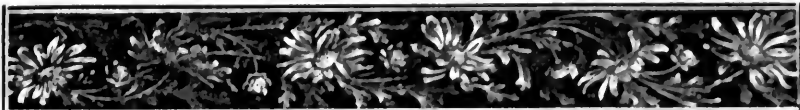
Entre el clero y su corona  
siempre hubo en pie una amenaza;  
y el clero, Guillén, es raza  
que ni olvida ni perdona.

Según como sople el viento  
y venga el tiempo que pasa,  
ó el convento hunde la casa  
ó ésta derriba el convento.

Mas hoy no es partido igual;  
gente poderosa y mucha  
son y crecen; en la lucha  
nos tiene que ir hoy muy mal.

La casa hoy con gran trabajo  
en sostener harto haremos,  
Guillén, pues pertenecemos  
á los que están hoy debajo.





Los Ulloas por egida  
tienen el convento ahora;  
contra el convento no es hora  
de ir: es lid comprometida.

Si se cambia, que lo dudo,  
para él el tiempo, veremos  
si á los Ulloas podemos  
sorprender sin ese escudo.

Mas no creas que es cuestión  
de familias ni personas;  
los principios, las coronas  
los que entran en lucha son.

No va á haber arma ninguna,  
por de mala ley que sea,  
que empleada no se vea  
sin fiar en la fortuna.

Y nosotros como el rey,  
si en tal lid nos empeñamos,  
es forzoso que seamos  
vencidos á mala ley;



y si en un baldón eterno  
para hundirnos es preciso  
un milagro, te lo aviso,  
nos abrirán el infierno  
y echarán del paraíso.

Ves, pues, que por el momento  
al convento no derriba  
nuestra casa: quien arrasa  
nuestra casa es el convento.

GUILLÉN. ¿Qué hacer, pues? ¿A la venganza  
renunciar?

LUIS. No: mas del fuego  
de ella alejar á don Diego,  
que es nuestra única esperanza  
de perpetuar nuestro nombre:  
el odio perpetuaremos  
los dos y á Gil vengaremos,  
mas sin Diego aunque te asombre.

Que no sepa de su padre  
la historia y de su madrastra;



que no halle nunca esa rastra  
de espinas que le taladre  
    el corazón; que no huelle  
ningún hijo de él la senda  
de nuestros odios y selle,  
si uno hay que en valor descuelle,  
el fin de nuestra leyenda  
con catástrofe tremenda  
que en el convento le estrelle.

    Tengo miedo al porvenir:  
ó el convento ha de caer  
ó nuestra raza ha de ir,  
al convento por vencer,  
en el convento á morir.

GUILLÉN. Luis, del modo que hoy estás  
jamás te he visto.

LUIS.                                 Es que hoy  
viendo el porvenir estoy  
como no le ví jamás.

    Hoy viste irse á esa mujer





por los frailes protegida:  
¡bien ida, Guillén, bien idal  
No la deje Dios volver.

En vez de correr tras ella  
como querrá en su furor  
César, borrar es mejor,  
si la encontramos, su huella.

Mas temo que César, ciego,  
con el claustro en lid se empeñe  
ó con ella: y es un juego  
que hay que atajar desde luego  
antes de que nos despeñe.

Ve, pues, á traer al doctor,  
el que hoy menester nos es  
para César, y después  
pensaremos lo mejor.



Como se ve por la clave  
que de ella don Luis nos da,  
la cuestión es ardua y grave





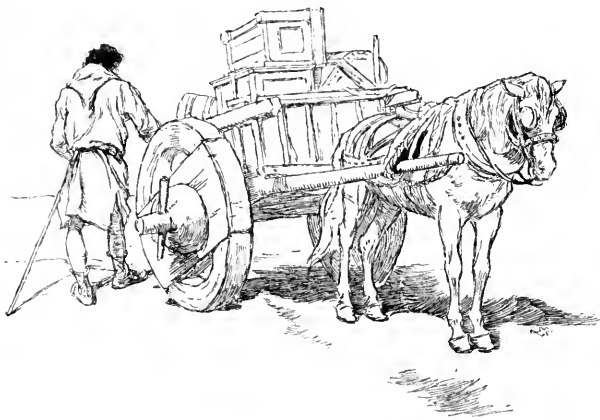
y espinosa cuanto cabe.  
¿Cómo se resolverá?  
¿Por quién y cuándo? ¡Quién sabel  
Aún en discusión está:  
tal vez el tiempo la agrave:  
un siglo la cortará  
tal vez..., tal vez no se acabe  
jamás de aclarar..., quizá  
de ella Dios tiene la llave  
y con un genio ó un ave  
un día nos la enviará.  
Entretanto va sin rumbo  
nuestra sociedad, cual nave  
que del agua entre el balumbo  
de la mar revuelta va.



De César don Luis juzgó  
bien: mas tarde por demás  
para atajarle acudió:  
porque del carro detrás,



aunque don Luis no lo vió,  
por orden de aquél quizás  
Per Antúnez se salió  
de la casa, y no volvió  
por ella á parecer más.

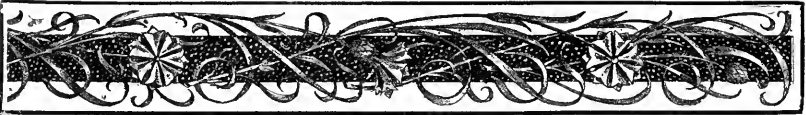






## XVII

**D**ON Luis Tenorio era entonces lo que Quevedo llamó después un loco repúblico y de gobierno, y lo que hoy



se llama un hombre político,  
de su edad observador  
y que la juzga según  
la experiencia que adquirió.  
De la marcha de su siglo  
habiendo en observación  
pasado toda su vida,  
más que otros conocedor  
del origen de los hechos  
que habían á su nación  
traído al indescriptible  
desorden en que él la halló,  
juzgaba del porvenir  
conforme á la deducción  
que de sus bien ó mal hechas  
observaciones sacó.

Revuelta tierra era España:  
y de tal revolución  
no podía ir más que al caos  
si no la salvaba Dios.



Don Luis, que era algo filósofo  
y hombre de hechos, no fió  
nunca en que hiciera por locos  
un milagro el Creador.

Si los grandes de Castilla,  
llevados por la ambición  
de riquezas y de mando,  
obraban con poca pro  
de la patria y despeñándola  
iban á su perdición,  
no había otra vez por ella  
de bajar el Redentor.

Dios, que les dió buena tierra  
é inteligencia les dió,  
lo que hará será juzgarles  
según usen de su don.

Así que don Luis, que nunca  
que trastornara esperó  
Dios por Castilla las leyes  
que rigen la creación



y la humanidad, remedio,  
si es que le había, buscó  
en los gérmenes vitales  
de aquella generación.  
Así que al ver que Isabel  
de Castilla se casó,  
fugándose de la corte,  
con Fernando de Aragón,  
á ver para el porvenir  
la influencia comenzó  
que iba á tener para España  
su grande unificación.  
Mas viendo que solamente  
podía dar á los dos  
poder para realizarla  
de ambos pueblos el amor,  
y que para granjear este  
tenían por precisión  
que dar á sus elementos  
un impulso superior:

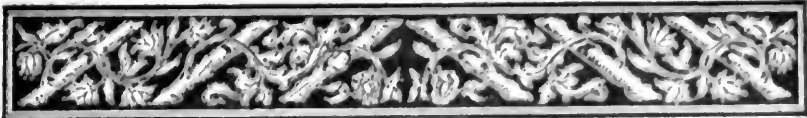


dar á sus discordes pueblos  
con una nueva impulsión  
una idea y una gloria  
nuevas, que haciendo mejor  
su condición, absorbiesen  
su interés y su atención  
en un nuevo fin que uniese  
su fe, su fuerza y su honor:  
y comprendiendo que sólo  
podía la religión  
llevar á España entusiasta  
de aquellos reyes en pos,  
previó que de aquella próxima  
cierta regeneración  
tendrían que hacer los reyes  
del clero el primer motor.  
Por lo que se ve, don Luis  
se encontraba en condición  
de juzgar su era y hubiese  
hecho un buen compilador.



Se ve que don Luis miraba  
su edad con ojo de halcón,  
con filosófico juicio  
y cálculo previsor;  
mas, hombre al fin, al hacer  
individualización  
de sus ideas, su círculo  
para sí empequeñeció,  
y del partido pedrista  
siendo, tuvo en su opinión  
que ser por necesidad  
parcial cuando en sí tocó.  
Don Luis era hombre mundano:  
tenía al clero rencor  
porque el clero no fué amigo  
del rey á quien él amó.  
Don Luis tenía á los frailes  
inquina grande, y mayor  
á los frailes sus vecinos,  
quienes, desde que pasó





á los Tenorios la casa  
y por sus lazos de unión  
con Ulloas y Mejías,  
á los Tenorios mejor  
tampoco querían; breve  
en su fina apreciación  
del porvenir, á los frailes  
don Luis Tenorio temió,  
porque un odio de familia  
lo extingue una variación  
de ideas ó de individuos,  
ó el generoso valor  
heroico de uno de ellos  
que á los suyos de sí en pos  
arrastra, por el efecto  
de un-generoso perdón  
y de su virtud heroica  
que sus almas arrastró:  
los odios de estirpe ahogan  
la fe, el tiempo y el honor.






Pero los odios de clase  
y los de corporación  
y comunidad no ceden  
á influjo alguno exterior  
de fe, generosidad  
ni entusiasmo ni valor;  
las corporaciones tienen  
cuerpos, mas sin corazón,  
interés sin sentimientos,  
y sus odios y su amor  
gérmenes de su existencia  
y de su instituto son.

Don Luis sabía esto bien  
en aquel tiempo, como hoy  
sabemos el gigantesco  
poder de la asociación.

Don Luis aun en este juicio  
conservaba el superior  
instinto y golpe de vista  
que le caracterizó:





mas don Luis, hombre mundano  
y de poca religión,  
como suelen ser los hombres  
que, mirando en derredor  
de sí, buscan en la tierra  
de sus hechos la razón,  
juzgó á los hombres de iglesia  
mundanamente, y erró  
de las cosas eclesiásticas  
al hacer apreciación  
y al juzgar él, hombre lego,  
á los siervos del Señor.

En la santa teología  
quiso meter su razón  
y corregir, sin ser teólogo,  
á los ministros de Dios,  
y es sabido que mal siempre  
la humana razón juzgó  
á los á quienes alumbra  
la divina inspiración.

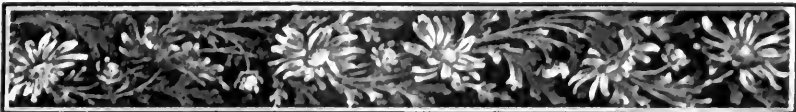


Y es claro que de esta lucha  
de Jehovah con Astharoth,  
de la luz con las tinieblas,  
de la fe con la razón,  
la razón humana siempre  
fué vencida y sucumbió  
como quien lidia con armas  
malas por causa peor.  
Lo mismo siempre sucede,  
sucederá y sucedió  
al que ve las cosas santas  
por el prisma del error.



Mas ¡qué diablos!.. este libro  
es leyenda y no sermón,  
es un cuento y no discurso  
de diputado hablador  
que hace, aspirando á ministro,  
al gobierno oposición:  
y el autor que sólo el título





de poeta ambicionó,  
la corta porque no quiere  
ni aun en esta digresión  
mostrar pujos de político  
ni humos de predicador.



Diez días después de ida,  
don César su habitación  
ponía en los aposentos  
que su cuñada ocupó.  
Estorbárselo intentaron  
sus hermanos y el doctor  
con juiciosas reflexiones  
que don César no escuchó.  
Dijo que él de los Tenorios  
era el jefe y el mayor  
ya, y que era derecho suyo  
semejante instalación:  
pues cuando tal fué la expresa  
voluntad del fundador



de su casa, era evidente  
que por algo la expresó.  
En fin, por no ocasionarle  
un acceso de furor  
y respetando la extraña  
póstuma disposición  
del copero de don Pedro,  
sometiéronse los dos  
hermanos á lo que no era  
al fin una sinrazón.  
Lo que al médico inspiraba  
y á sus hermanos temor  
en tal mudanza, era sólo  
el creer que su mansión  
en las cámaras que un tiempo  
la fugitiva habitó,  
usando sus mismos muebles,  
percibiendo aún el olor  
de los perfumes que usaba  
y de los cuales quedó





impregnado el aposento  
en donde hacía labor,  
y la alcoba en que dormía  
y el espléndido salón



do solía recibirle  
y el alegre comedor  
ornado aún con su vajilla,  
lleno aún con profusión  
de flores y candelabros  
su labrado aparador,  
y en fin la vista perpetua  
de aquel funesto balcón  
por donde el ramo agresivo  
de un Ulloa recibió,



no hicieran en su cerebro  
una funesta impresión  
y una influencia maléfica  
que hiciera su mal peor.  
Porque no cabía duda:  
había en el corazón  
de don César un misterio,  
un gusano roedor,  
un secreto mal velado,  
una incendiaria pasión,  
un volcán, en fin, de inmensos  
odios ó de inmenso amor.  
Mas con asombro de todos  
don César tranquilo entró  
y se aposentó en sus cámaras,  
la más mínima emoción  
sin dejar ver en su faz  
ni apercibir en la voz,  
y de *ella* y de lo pasado  
sin volver á hacer mención.



Tranquilizóles tal calma  
y á la par les inquietó,  
porque don César no era hombre  
de cambiar de condición  
ni de renunciar tranquilo  
á una venganza que ansió  
siempre, de amor ó de odio  
sin una oculta intención.  
Comoquier fuese, don César  
desde que Beatriz partió  
pareció un poseso libre  
de diabólica obsesión,  
como un loco á quien un filtro  
largo tiempo trastornó,  
cuya influencia cortárase  
de algún remedio á favor.  
De cualquier modo, don César  
en su nueva habitación  
por algo que nadie alcanza  
hombre nuevo se tornó.



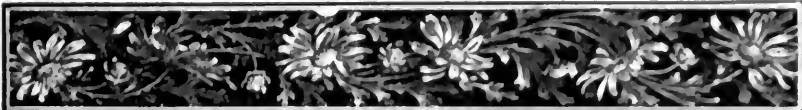
Y en verdad que si el estar  
bien alojado es razón  
de mejorar de salud  
y de estar de buen humor,  
no era extraño que á don César  
le pluguiera la mansión  
de aquellas nobles estancias  
que Don Pedro aderezó  
con un gusto tan artístico  
y lujosa ostentación  
y en las cuales invitamos  
á penetrar al lector,  
aunque le parezca plano  
que un arquitecto trazó,  
ó de guía de viajeros  
minuciosa descripción.



Mas tal es de las leyendas  
el privilegio: su autor  
va por donde se le antoja,







que vaya bien ó que no.  
Poema de nuestro siglo  
destartalado, invención  
romántica de moderno  
cuño, aún no le reselló  
con reglas un Aristóteles  
de academia; que, doctor  
en ciencia ajena, de suyo  
nada supo ni inventó.



De los Tenorios la casa  
solar su real donador  
con torres por sus cuatro ángulos  
macizas apilaró:  
las cuales dando por dentro  
al edificio vigor,  
le dan además por fuera  
bizarra decoración.

Ocupando la mitad  
de su fachada exterior



que da á la plaza, y cogiendo  
toda entera la extensión  
de su ala izquierda, del área  
total de su cuadro dió  
la mitad á esta vivienda  
puesta en el piso de honor.  
Siendo árabes bizantinos  
su estilo y su construcción,  
tiene todas las bellezas  
y defectos de los dos;  
fábrica por demás sólida,  
muros de grande espesor,  
labores, alicatados  
y tallas con profusión:  
comodidad no muy grande,  
pero amplitud... sin temor  
de mentir puede un torneo  
darse en cada habitación.  
La de que tratamos, la  
que Beatriz abandonó,

de uno de los cuatro ángulos  
apoyada en el torreón,  
abierta por dentro al patio  
del homenaje ó de honor  
por una ancha galería  
que Don Pedro avidrieró,  
consta de una amplia antesala  
do se abre á un primer salón  
de espera, estucado de árabe  
comarágica labor:  
y sabido es que Don Pedro  
á los moros empleó  
en labrarle sus alcázares:  
en Sevilla aún se ven hoy.  
Paso este salón de espera  
abre por un corredor  
á la cámara del baño,  
que es de pórfiro un tazón.  
Luego hay una sala de armas,  
arsenal proveedor



de todas las que aquel tiempo  
de Fierabras forjó.

Al fin, con tres grandes luces  
sobre un jardín posterior,  
está el comedor, servido  
por un torno que, impulsión  
dando á un contrapeso, trae  
desde el oficio inferior  
los manjares; con lo cual  
no hay paje que en ocasión  
de escondido huésped, cita  
ó antojo de su señor,  
sepa quién come con él  
ni oiga su conversación.  
De rica vajilla henchido,  
un inmenso aparador  
da frente á una chimenea  
en cuyo hogar se quemó  
alguna vez medio roble,  
y cuya ornamentación





es curiosidad artística  
de imponderable valor.  
Sus dos morillos de bronce  
son la representación  
de dos galgos que tendidos  
esperan á su señor,  
y aunque esto es lujo excusado  
donde la fría estación  
es primavera en el Norte,  
es adorno de rigor  
en las mansiones feudales,  
donde las veladas son  
en familia y hechas siempre  
del hogar en derredor.  
Mas útiles en Sevilla,  
doña Beatriz dejó  
colgados en los remates  
del tallado aparador  
dos abanicos de sándalo  
de la asiática región



con los cuales dos esclavas  
la daban aire y olor.

Del salón de espera se entra  
por un dorado portón  
á otro cuya alta techumbre  
casetonada es de boj  
incrustado en cedro y ébano,  
de plata con clavazón;  
vístele cuero de Córdoba  
que allá guadamaciló  
el arte moro, y la alfombra  
blando tapiz de Lahor,  
ofrenda que el rey Bermejo  
con la cabeza pagó.

Desde este salón se pasa  
al en que se abre el balcón  
en donde el ramo de Ulloa  
doña Beatriz recibió.

Allí estaban sus labores  
y el laúd á cuyo son

vibraba el aire aromado  
por su aliento, con su voz.  
Allí estaban, ya no están;  
consigo se los llevó;  
hoy no hay ya más que los muebles  
donde formaron montón.  
Casa de que mujer bella  
se fugó, dice un doctor  
persa que es jaula vacía  
de la que el pájaro huyó;  
y tras ave y mujer queda  
el vacío; y la impresión  
de la vista del vacío  
da frío en el corazón.  
En esta cámara está  
la alcoba en que ella durmió,  
cerrada con dos vidrieras  
de quien las ve admiración.  
Son de ese extraño mosaico  
de cristales de color,



hecho con miles de piezas  
de prolija trabazón.  
Como alas de mariposa  
pintadas y con primor  
ensambladas, como en hilos  
de telarañas, aún son  
timbres de artistas vidrieros  
que son artesanos hoy:  
artistas que hizo la antigua  
masónica asociación  
que fué la que esas católicas  
catedrales fabricó  
que al alma infunden poética  
y religiosa emoción.  
La alcoba era un camarín  
que el rey Don Pedro mandó  
labrar tal vez con intento  
de hacerle nido de amor;  
mas su delicioso asilo  
tal vez nunca cobijó





más que sueños negros, hijos  
de alguna mala pasión.

De este salón hay abierto  
en el muro posterior  
un postigo que festona  
una aljamiada inscripción  
en cúficos caracteres;  
pero en idioma español  
dice que aquella es la puerta  
del cuarto que reservó  
para sí el rey que á su súbdito  
tan espléndida mansión  
el año de mil trescientos  
cuarenta y seis regaló.

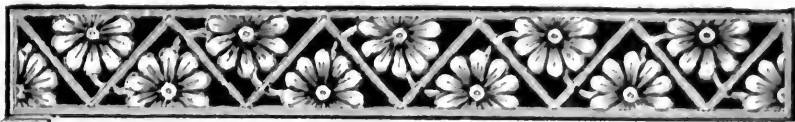
Daba entrada á un gabinete  
el cual me pesa al lector  
no abrir... porque de su llave  
don César se apoderó  
desde el día que se puso  
de su cuarto en posesión



y hay que esperar á que él le abra  
el día que esté de humor.

Tal era la hereditaria  
y casi regia mansión  
en que don César, ya jefe  
de su casa, se instaló.  
Siempre con su idea fija  
y de ella con aprensión  
sin duda, aunque de ella nadie  
por entendido se dió,  
dos fieles criados puso  
de su alcoba en rededor;  
uno de aquel gabinete  
al umbral, y en el salón  
inmediato otro, aunque quien  
tal medida aconsejó  
é insistió en que se observara  
semejante precaución,  
fué el médico, que temía,  
de su mal concedor,





algún acceso nocturno  
de febril exaltación.

Don César no estaba aún sano:

aún le molesta una tos  
nerviosa que le amenaza  
con una sofocación,  
y aún en postura supina  
respira, aunque sin dolor,  
mal, sintiendo el mal servicio  
de la tráquea y el pulmón.

Cada día, á pesar de esto,  
iba de bien á mejor  
y ya no tomaba más  
que una calmante poción  
que al dormir y al despertar  
el doctor le recetó,  
y que á ojos vistas le daba  
tranquilidad y vigor.

Ya salía sin apoyo  
de brazo ajeno, aunque en pos



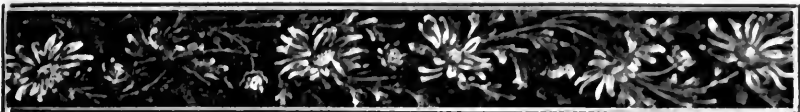
llevando un criado fiel  
por prudente precaución.

Y así pasó una semana  
y así noviembre pasó  
y nadie de lo pasado  
volvió ante él á hacer mención;  
ni él á doña Beatriz  
ni á Per Antúnez mentó,  
y olvidádo todo ya  
parecía en conclusión.



A mediados de diciembre,  
el trece al ponerse el sol,  
con su esclavina, sus conchas,  
su calabaza y bordón,  
ver con instancia á don César  
pidiendo se presentó  
un peregrino vulgar  
del palacio en el portón.  
Volvía de su paseo





aquél, y en cuanto le habló  
con él se metió en sus cámaras.  
Estaban ojo avizor  
sus hermanos para asirle  
cuando se fuese; mas no  
lograron su intento, pues  
César en conversación  
volvió con el peregrino  
á salir, y enderezó  
con él hacia el río, donde  
vogando á una embarcación  
que zarpaba para Cádiz,  
de ella á bordo le dejó  
sin dar ni de su venida  
ni de su ida explicación.



Pero hubo otra inexplicable  
circunstancia, y fué que en pos  
de sí traía don César,  
cuando á su casa volvió





al anochecer, un mozo  
cargado con un cajón  
que parecía pesado,  
y que en su cuarto metió.  
Que hiciera compras don César  
no era cosa que en rigor  
pudiera causar asombro;  
mas lo que sí lo causó  
fué que desde aquella noche  
echó de su habitación  
á sus criados, y en ella  
como Beatriz se encerró.  
Pero antes que la sorpresa  
que tal determinación  
causó á todos, á don Luis  
asombró un hecho anterior,  
pues no fué aquel todavía  
el más extraño, sino  
el de que don Luis echando  
tras del mozo del cajón,



lo que en el cajón había  
traído le preguntó,  
y él dijo sencillamente  
sin miedo ó vacilación:



«Útiles de carpintero  
y de herrero.—¡Vive Dios!,  
dijo don Luis, que si á burlas  
te atreves, villano...—Yo  
respondo á vuestra pregunta  
como Dios manda, señor.  
Mi padre comercia en fierro  
y herramientas; y el cajón



contiene sierra, martillo,  
lima, destornillador,  
tenazas, cepillo, pinzas,  
cortafrió, hacha, formón;  
todo doble y del tamaño  
que ha pedido el comprador.»

Don Luis quedó estupefacto  
al oír tal relación,  
y el mancebo, aprovechándose  
de su asombro, se marchó  
sin comprender de aquel hombre  
la ira ni el estupor.



Don César, en cuanto á solas  
en su cuarto se quedó,  
como con prisa y urgencia,  
mas sin precipitación,  
del rey Don Pedro al postigo  
(sin atender al primor  
de su rica entalladura)  
hoja y quicio barrenó.

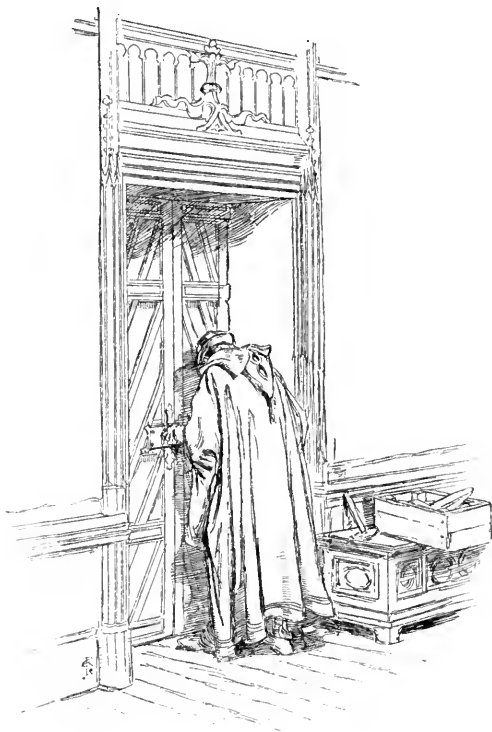




Atornilló en los taladros  
de cada uno de los dos  
cuatro armellas cuyos ojos  
uno sobre otro ajustó;  
metió en ellas de un candado  
de mástil el espigón;  
encajó en él la manija;  
dió vuelta á su pasador  
con la llave; de lo sólido  
de lo hecho se aseguró;  
y quedando satisfecho  
de la tal operación,  
dijo, de su idea fija  
sin ceder: «Esto es mejor;  
de nadie así necesito;  
á nadie parte así doy  
del secreto; madriguera  
de dos bocas, si el hurón  
por la otra entra, que no husmee  
por la que he cogido yo.»



Desnudóse; bebió un vaso  
de su calmante poción,  
y guardándose en el pecho  
su secreto, se durmió.





## • XVIII •



EL secreto de don César  
era una carta traída  
por el peregrino: entonces  
aún la posta no existía.



Las cartas de entonces eran,  
puesto que tampoco había  
entrado el papel en uso,  
de pergamino una tira  
que se enrollaba y se ataba  
con un cordón ó una cinta  
cuyos cabos con un sello  
ó con muchos se cogían.  
Algunas veces las cartas  
en que iban secretos, iban  
ocultas en canuteros  
de diminutas medidas,  
que esconder é introducir  
fácilmente se podían  
en objetos necesarios  
y por estrechas rendijas.  
El peregrino trajo ésta  
de una manera sencilla  
entre el regatón y el asta  
de su bordón escondida.



Y aquí, aunque para los cultos  
no hay necesidad maldita  
de dar de tal portacartas  
explicación más explícita,  
como hay aún gente cándida  
que ignora ciertas cosillas  
que no menciona la historia  
por gentes de iglesia escrita,  
voy yo á decirla unas pocas  
palabras explicativas  
sobre peregrinaciones,  
romeros y romerías.




Lo mismo entonces que ahora,  
desde la primer basílica  
de Roma hasta la más pobre  
ermiteja de Castilla,  
ó rentas ó donaciones  
de ánimas caritativas  
para hacer y sostener  
su fábrica necesitan.





Todo por santo que sea  
lo que en la tierra edifica  
el hombre, es obra de tierra  
y se hunde si no la cuida.  
Conque no habiendo hecho Dios  
el milagro todavía  
de dar ni al de Salomón  
un ser con que por sí exista,  
á templo alguno en el mundo,  
hay necesidad precisa  
de acudir á mantenerlos  
como cuanto se fabrica.  
Así que, como hoy entonces,  
mas sobre todo en la antigua  
edad de la propaganda  
católica primitiva,  
donde no daban millones  
los reyes, ó no morían  
millonarios que los dieran  
al morir para erigirlas,



para alzarse y sostenerse  
desde la primer basilica  
romana hasta la más pobre  
ermiteja de Castilla,  
empleando humanos medios  
y recurriendo á medidas  
y arbitrios, si no mundanos,  
propios del mundo, solícitas  
se procuraban, compraban,  
labraban ó descubrían  
antiguas y legendarias  
imágenes ó reliquias.  
Al fin siempre hacían éstas  
un milagro ó maravilla,  
y las almas que en su fe  
candorosa de Dios fían  
en que las dé lo que haber  
les mandó Dios por sí mismas,  
al rumor de estos portentos  
de las imágenes, iban



á ver si de sus milagros  
eran las favorecidas.

Los Obispos de sus diócesis,  
los Papas desde su silla,  
á las reliquias é imágenes  
indulgencias concedían,  
instituyéndose fiestas,  
jubileos, romerías  
y épocas para ganarlas,  
y á ganarlas acudían  
desde lejanas comarcas  
de peregrinos cuadrillas.

Y ¡cuenta! que en lo que llevo  
dicho hasta aquí no hay de crítica  
ni la intención más remota;  
antes creo que existían  
razones para dar vuelo  
á estas piadosas hegiras  
naturales, necesarias,  
apremiantes y legítimas;









porque la España de entonces  
sola con su fe impedía  
lidiando que no invadiese  
á Europa la grey musulmica;  
y todo cuanto á inflamar  
esta fe contribuía,  
bien merecía pasarse  
sin ponerle cortapisas.  
Pero en las fiestas sagradas  
de estas peregrinerías  
se metió el diablo, que en todo  
mete la pata y lo vicia,  
metiendo á los mercaderes  
por fuerza de la partida,  
y es claro que la fe acaba  
do empieza la granjería.  
Que fueran por devoción  
ó por falsa hipocresía  
ó por lucro comercial  
ó por pasarse la vida






alegremente, del aire  
mantenerse no podían  
los peregrinos devotos  
de estas fiestas peregrinas.  
La fiesta paraba en feria,  
y aparte la santa misa  
y la procesión, el resto  
más tenía aire de orgía.  
Instalábanse en el campo  
de la fiesta las cocinas  
al aire libre, los puestos  
de hojuelas y de rosquillas,  
de panecillos y pastas,  
fiambres y golosinas  
más ó menos necesarias,  
más ó menos nutritivas,  
más ó menos indigestas,  
más ó menos exquisitas,  
más ó menos exigentes,  
con el jugo de las viñas,



perseguidor de las penas  
y padre de la alegría.  
A sombra de este comercio,  
necesidad de la vida,  
vileza ruin inherente  
á nuestra humanidad mísera;  
á sombra de aquellos puestos  
de aloque y de golosinas,  
se instalaban los del santo  
ó de la santa bendita  
con su imagen hecha en barro  
ó encerrada en capillitas  
ó presentando sus hechos  
en aleluyas ridículas  
metidas entre cacharros,  
silbatos y campanillas  
para ahuyentar al demonio  
que se hace el sordo al oirlas,  
y de otras mil olvidadas  
piadosas baratijas



más ó menos ortodoxas,  
más ó menos prohibidas  
más tarde por los concilios  
y las bulas pontificias.  
Mas como gasto y limosnas  
los peregrinos hacían,  
y al santuario donaciones  
y almas ofrendas votivas,  
entre la fe y la farándula,  
la devoción y la chispa,  
la procesión y las danzas,  
el rosario y las palizas,  
se hacía el lugar famoso  
y el pueblucho y la capilla  
paraban en ciudad franca  
y en catedral suntuosísima.  
Los peregrinos de entonces,  
que andaban á pie y sufrían  
ó vagos ó penitentes  
desventuras positivas,



gozaban de ese respeto  
que naturalmente inspiran  
la fe y las personas santas,  
las que á penitencias rígidass  
se condenan y las que  
á obras santas se dedican.  
Los verdaderos devotos  
que de buena fe creían,  
propalaban por el mundo  
en leyendas aprendidas  
de memoria, y en cantares,  
de aquellas milagrosísimas  
imágenes los portentos  
hechos de otros á la vista;  
y de aquella edad creyente  
las poblaciones sencillas  
les guardaban sus inmunes  
fueros y prerrogativas.  
De aquí fué que á peregrinos,  
más que con fe con malicia,



se echaron muchos que al diablo  
en nombre de Dios servían.

Y en aquella edad revuelta  
de contiendas intestinas  
y de guerras religiosas,  
de peregrinos vestían,  
como los arrepentidos  
penitentes y eremitas,  
los mensajeros, los prófugos,  
los amantes, los espías  
y cuantos necesitaban  
ocultarse ó mudar clima  
por huir de una venganza  
ó burlar á la justicia.

Los peregrinos estaban  
de la fe bajo la egida  
y su bordón y sus conchas  
les dejaban expeditas  
las vías y daban de éxito  
á sus planes garantías.



Conque de los peregrinos  
muchas gentes se valían,  
de buena ó de mala fe,  
para dar ó haber noticias  
y para traer y llevar  
de unas á otras provincias  
señas, dineros, avisos  
y documentos y epístolas.  
A más de que ciertas armas  
les estaban permitidas  
por defensa en despoblado,  
como un estoque en la espiga  
del bordón ó un chuzo al cuento,  
que en lanza se convertía.  
En suma, como hoy entonces  
paso en el mundo se abrían  
muchos Janos de dos caras,  
sociales hermafroditas  
que profesando una fe  
y una religión anfibias,



eran plaga al mismo tiempo  
de ferias y sacristías.

Por lo ampliamente explicado  
en las precedentes líneas,  
en digresión tan excéntrica  
como útil hoy y verídica,  
es por lo que un peregrino  
fué el portador de una epístola  
á don César, quien leyéndola  
se dió á la cerrajería.

Como él sin dar cuenta á nadie  
de qué trae ni quién la firma  
se acostó y bajo la almohada  
la guardó mientras dormía,  
no ha sido al autor posible  
sustraérsela ni abrírsele  
de los lectores curiosos  
para ponerla á la vista.  
Mas ahora que el alba nueva  
da otra vez luz á Sevilla,





que se despierta y madruga  
don César al percibirla,  
se viste y vuelve su carta



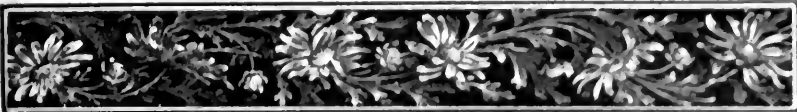
á leer, y en interrumpida  
lectura sobre el secreto  
que encierra á solas medita,  
podemos por sobre su hombro  
mirarla, ver que la firma  
Per Antúnez, y en fin leer  
la carta que así decía:



*Por la pista del carro cogí la de la dama y sus caballeros, y tras ellos dí en Córdoba, donde ella asistió á los funerales de su padre, envuelta en el mismo velo con que asistió á los de don Gil.*

*Vuestras sospechas, señor don César, eran fundadas. La dueña era la mismísima nodriza de doña Beatriz, y su mayordomo el propio marido de aquélla: ella portera y él sacristán, mandadero y correveidile de unas monjitas del arrabal de aquella ciudad. El 17 de diciembre, en la penúltima cámara de sus aposentos, dió á luz doña Beatriz dos gemelos, los cuales recogió un enmascarado que entraba todas las noches por el último camarín.*

*Con el secreto de este cuarto podréis vos dar, puesto que no habiendo doña Beatriz permitido la entrada en él ni á la dueña ni al mayordomo, no he podido yo arrancarles ni con la piel más que lo que del secreto de su señora sabían: y no creáis que haya sido tan aínas, porque á consecuencia de ello me encuentro imposibilitado de moverme de donde estoy, valiéndome de Antón Miera, que será el dador, y de quien podréis fiaros por ser hijo de Juan Miera, primo materno de*



*Juan Diente el macero del rey Don Pedro: el cual Antón Miera, herrador hoy en el arrabal y vecino de las monjitas, sabiendo que mi empresa era servicio de los Tenorios, me ha servido en ella de grande auxilio para llevar á cabo vuestro encargo, pero que nada sabe de vuestro secreto, como os contaré cuando Dios permita que nos volvamos á ver.*

*Pagadle bien y detenedle poco, pues sólo en él fta para salir del atolladero en que por voluntad propia y servicio vuestro, sin arrepentirse de lo hecho, está vuestro fiel criado*

PER ANTÚNEZ





Tal era de Per Antúnez  
la carta: conque don César  
comenzó sus precauciones  
á tomar en consecuencia.  
Desde que al caer la noche  
entró en su cuarto de vuelta,  
después de dejar á bordo  
al que portador fué de ella,  
lo primero que hizo fué  
asegurar bien la puerta  
del cuarto por do el incógnito  
entraba según sus nuevas;  
no fuese que, como entraba  
de la adúltera belleza  
por amor, á entrar por odio  
de su cuñado volviera.  
Después se acostó tranquilo,  
como hemos visto; mas no era  
fácil conciliar el sueño



con el afán que le inquieta.  
Don César en este intervalo  
inapreciable que media  
entre el sueño y la vigilia,  
y en el cual se nos presentan  
en la mente y por el cuadro  
de nuestra memoria ruedan  
y se confunden errantes  
é ilógicas las ideas,  
recordó todas las vagas  
circunstancias que sospechas  
le inspiraron; con sus átomos  
fugaces recogió prendas,  
y á fuerza de dar al caso  
en su fantasía vueltas,  
determinó, hombre de práctica,  
su situación verdadera.  
Pensó que una vez lograda  
de los Tenorios la afrenta,

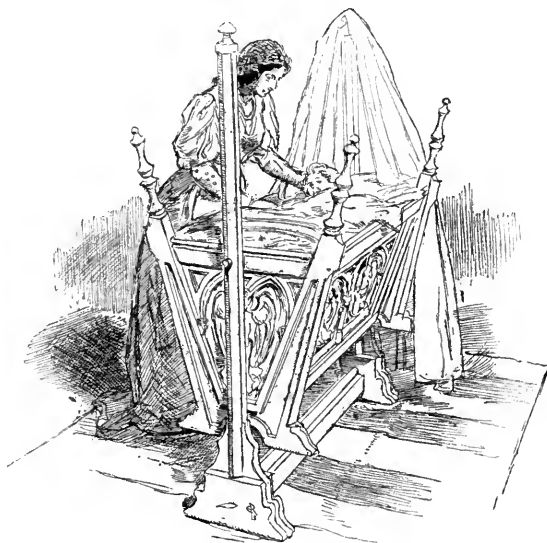


la salvación de la adúltera  
y de las nacidas pruebas,  
y después de haber partido  
Beatriz, en toda regla  
rompiendo todos los lazos  
que á ellos unirla pudieran,  
no era probable que nadie  
diera á Sevilla la vuelta  
por darle una muerte inútil  
perdiendo una dicha cierta.  
Mas como de su venganza  
la desconocida senda  
comprende que en el secreto  
de aquel camarín empieza,  
se entregó al sueño afirmándose  
en la decisión resuelta  
de dar, cueste lo que cueste,  
tras él en cuanto amanezca.  
Y allá en los momentos últimos



de la fluctuación incierta  
de entre el sueño y la vigilia,  
se le acordó la leyenda  
de los viejos, que contaban  
que en aquella casa, hecha  
por el rey Don Pedro, nunca  
se le vió entrar por sus puertas  
ni salir; aunque mil veces  
se le vió estar dentro de ella,  
ó asomado á sus balcones  
ó á través de sus vidrieras.  
De modo que concibiendo  
en su casa la existencia  
de un secreto poseído  
por casualidad adversa  
por otros que los Tenorios,  
tanto más que pertenencia  
fué de los Ulloas antes  
de que Don Pedro la hubiera,

entre los vagos fantasmas  
de tal tradición, don César  
se hundió en las sombras del sueño  
que espesó sobre él sus nieblas.







## •XIX•

**A** la mañana siguiente  
volviendo á leer las letras  
de Per Antúnez, y el sol  
rayando en el cielo apenas,  
entró en aquel camarín  
y empezó con circunspecta  
y escrupulosa atención  
á examinarle de cerca.



Era ni grande ni chica,  
pero un tercio más pequeña  
que todas las otras cámaras  
de la amplia casa, una pieza  
que formaban por dos lados  
las dos paredes maestras  
de uno de los cuatro ángulos  
que apilara por de fuera  
uno de los torreones  
con que á la fábrica vieja  
dió solidez y elegancia  
la restauración moderna.  
Dos rosetones arábigos  
que las paredes espesas  
taladrando, al par la sirven  
de atalayas y lumbreras,  
la dan una luz constante,  
pues estando ambas abiertas  
á Oriente y á Mediodía,  
el sol se la da perpetua.





La pieza está circuída  
por un friso de madera,  
ejemplar primorosísimo  
de morisca ataracea.  
Mil polígonos istriados,  
mil laberínticas grecas,  
mil cúficas inscripciones  
con precisión geométrica  
encajadas, embutidas,  
incrustadas é interpuestas  
sobre un fondo de hojarasca,  
cordones, lazos y trenzas  
de trabajo microscópico  
de sutil delicadeza,  
desvanecen y extravían  
examinar al quererlas.  
Imposible hallar la unión  
de sus infinitas piezas  
ni seguir las líneas múltiples  
de su estructura quimérica.





Don César se quedó absorto  
como si por vez primera  
viese lo que visto había  
desde su niñez más tierna;  
y era que nunca hasta entonces  
en la estancia que contempla  
creyó tener que buscar  
lo que ahora busca y no encuentra.  
Tanteó de la ensambladura  
los tableros por doquiera,  
tentó todas las labores,  
golpeó donde creyó hueca  
su superficie; mas sólida  
la halló doquier y sin señas  
de encaje ó cierre, de móvil  
montadura ó falsa puerta.  
Del ángulo en medio abría  
su boca hollinosa y negra,  
hecha de jaspe y de mármol,  
una enorme chimenea



que, á decir verdad, juraba  
con cuarto cuyas modestas  
dimensiones no exigían  
hogar de tamaña hoguera.  
Don César contempló atento  
su honda boca, fría y negra,  
y su fondo: contemplándola  
le fué infundiendo sospechas.  
Suspicaç á inspeccionarla  
se acercó, como se acerca  
á husmear si hay algo vivo  
una zorra á una caverna,  
y examinó las junturas  
de su herraje y de sus piedras,  
de su puñal con la punta  
sondándolas con paciencia.  
Laminadas sus tres caras  
de bronce porque no prenda  
en ellas el fuego, empótranse  
en las dos paredes gruesas.

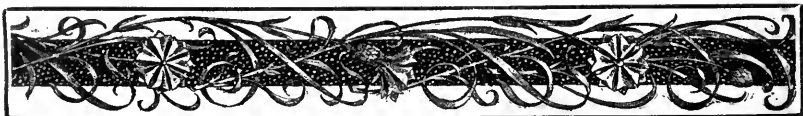




Del piso y hogar las planchas  
barreadas con cabeceras  
de atornillados barrotes,  
su inmovilidad demuestran.  
Conque don César al cabo  
de andar mucho tiempo á tientas  
con cuanto de cantería,  
hierro, mármol y madera  
topó en el cuarto, fijóse  
resueltamente en la idea  
de que la mácula tiene  
la ensambladura encubierta.  
Resolvió, pues, desmontarla,  
y si no puede, romperla,  
para lo cual echó mano  
de la comprada herramienta.  
Preparó escoplo, martillo,  
tenazas y palanqueta,  
y á tantear empezó cómo,  
con qué y por dónde la entra;



mas, aunque alto sentimiento  
artístico no alimenta,  
y aunque su seguridad  
y su venganza le apremian,  
antes de hacer en astillas  
saltar una obra tan bella,  
vuelve á tantear, vacilando,  
sus marcos y sus traviesas,  
tentando todas las tallas  
y virolas que se elevan,  
por si alguna movediza  
ó gira ó se afloja ó rueda.  
Y no le pesó haber cauto  
fiado á la inteligencia  
y á la maña, de su intento  
el éxito, y no á la fuerza;  
porque tanteando en un marco  
un medio agallón que encierra  
un rosetón de los cuatro  
que sus ángulos ostentan,



sintió que era simplemente  
de un tornillo la cabeza  
cuyo espigón encontraba  
en el rosetón su tuerca.  
Sacó tras de aquél los cuatro  
que aquel tablero sujetan,  
y sacudiéndole de alto  
abajo, á izquierda y derecha,  
desmontólo fácilmente;  
pero bajo él con sorpresa  
encontró una doble tabla  
sólida, inmóvil y entera.  
Semejante resultado  
sus esperanzas no esfuerza;  
pero no es don César hombre  
que por tan poco las pierda.  
Resuelto á no desistir  
el muro hasta que no vea,  
siguió desmontando el friso  
con mal sufrida impaciencia.





Destornilló seis tableros,  
y en las tablas en que asientan  
golpeando, detrás de algunas  
sintió el vacío que suena;  
mas no hallando de juntura  
ni de ensambladura muestras,  
buscó en el marco dó encajan  
el secreto de moverlas.

A fuerza de registrar,  
de un marco dió en la haz interna  
con un puntero embutido  
de una ranura en la muesca.

Suponiéndole instrumento  
colocado á ciencia cierta  
para algo allí, y por lo tanto  
de utilidad manifiesta;  
buscando cómo servirse  
puede de él, empezó á tientas  
á buscar ojo ó taladro  
cuyas medidas le vengan.



No hallando en fin más encaje  
que el de las vacías hembras  
de los tornillos, metióle  
al azar en una de ellas.

Las de abajo resistieron;  
pero en las de arriba apenas  
forzó el puntero, una tabla  
se corrió á un lado una tercia.

Corrióla del todo y vió  
que encubría una alacena  
que cerraba un mecanismo  
de números y de letras.

Era un chapetón formado  
por doce anillas concéntricas  
y giratorias, cada una  
de las cuales á simétricas  
distancias, mas sin que formen  
ni cantidad ni leyenda,  
contiene letras y números  
que bien comprendió don César



que al juntarse exactamente  
en combinación secreta,  
al que las junte abrirán  
las cerradas portañuelas.

Con que concentrando terco  
de sentidos y potencias  
las facultades é instintos  
de la voluntad, á vueltas  
comenzó con las rodajas,  
los números y las letras,  
absorbiendo su alma toda  
en tan paciente tarea.

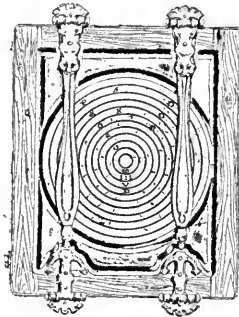
Dos veces, pálido de ansia  
y de afán las manos trémulas,  
asió el hacha para ayuda  
de la torpe inteligencia,  
y otras dos volvió á soltarla  
y otras dos volvió á emprenderla  
con las letras y las cifras,  
picado de no entenderlas.



Al fin una vez los números  
puestos en segunda hilera,  
igual á la del postigo,  
compusieron una fecha.

La fecha le recordó  
un nombre, á formarle priesa  
se dió, y resultó DON PEDRO  
y. . . . . 1350.

Conque á tal combinación  
las cerraduras abiertas,  
cedieron todas las puertas  
á la primera presión.





**D**on César que, con porfía  
que nada hay que ataje ó venza,  
buscaba de su vergüenza  
y su venganza la vía,  
de hierro allí en fuertes cajas  
y en sendos sacos de cuero



encontró mucho dinero  
y muy valiosas alhajas.

Comprendido el mecanismo  
del secreto entablado,  
hasta el último cuadrado  
desmontó y halló lo mismo.

No fué el rey Don Pedro avaro;  
mas tuvo que ahuchar dinero,  
porque á un rey tan caballero  
le costó el vivir muy caro.

Morisma, clero y nobleza  
contra él por tan varios modos  
fueron, que hubo contra todos  
menester brío y riqueza.

El brío con él nació:  
y la riqueza en sus raros  
y arduos casos, sin reparos  
la hubo donde la encontró.

¿Fué ésta allí depositada  
propiedad suya por él?





¿La hizo su muerte en Montiel  
quedar donde está olvidada?  
¿Fué regalada ó legada  
á su buen copero fiel?  
Ni en tradición ni en papel  
consta: nadie sabe nada.

Ante su tesoro inmenso,  
que ni su ambición complace  
ni sus dudas satisface,  
quedó don César suspenso;  
pues del cuarto es cosa cierta  
que en el friso que sepulta  
tesoro tal, no se oculta  
pasadizo, trampa ó puerta.

Don César que oro no busca  
ni riquezas necesita,  
cuya avaricia no excita  
aquella fortuna brusca,  
y que aferrado á una idea  
va tenaz sobre otra pista,



del oro apartó la vista  
y... volvió á la chimenea.

Mas buscó en vano si existe  
de los Ulloas el paso  
en ella: si existe acaso  
allí, á la inspección resiste.

Conque al fin, con más premura  
por la adquirida destreza,  
volvió á armar pieza por pieza  
la arabesca ensambladura,  
y mientras la reponía  
tenaz tornillo á tornillo,  
este discurso sencillo  
fijo en su idea se hacía:

«Que proviene este tesoro  
de Don Pedro es evidente,  
y no hay Ulloa viviente  
que haya husmeado aquí tanto oro.

»Déjole, pues, donde está,  
pues estuvo aquí seguro;







mas por si un día en apuro  
se ve un Tenorio quizá,  
    »yo dejaré á mi heredero  
de tal secreto la clave,



y pues cuál fué no se sabe  
de Don Pedro el Justiciero  
la voluntad, culpa grave  
no será que un venidero  
Tenorio haya su dinero  
si en la conciencia le cabe.»

Y después de concluir  
su tarea, de hito en hito





contemplándola al partir  
por si en ella á apercibir  
llega falta ó requisito,  
tornando al plan favorito  
dijo del cuarto al salir:  
«¿Pero aquel hombre maldito  
por dónde pudo venir?»



Y sobre el caso discurre  
y dar en el quid espera,  
y aunque no se desespera,  
de esperar tanto se aburre.

Y de los nuevos cerrojos  
puestos al áureo postigo  
duerme seguro al abrigo  
soñando con trampantojos.

Y bebe de su tisana,  
á cuya acción bienhechora  
duerme en paz, y que mejora  
percibe cada mañana.





Mas siempre fijo en su idea  
pasaba uno y otro día  
en trazar cómo podría  
desmontar la chimenea.

Tan sólo le detenía  
pensar que, aunque terco y bravo,  
él solo llevar á cabo  
trabajo tal no podría:

y aunque al fin lo consiguiera  
con trabajo sobrehumano,  
debía al cabo su hermano  
sentir el ruido que hiciera.

Conque era preciso dar  
con un medio tan secreto  
como lo exige el objeto  
que él solo debe lograr;

mas como él solo sin duda  
no es bastante á tal empresa,  
y como al par le interesa  
no pedir de nadie ayuda,

secreto y dificultad  
colocan en conclusión  
de su plan la ejecución  
en la imposibilidad.





## •XXI•

**U**N día al anochecer,  
al pasar ante la puerta  
de una iglesia, notó alerta  
de su paso una mujer.

No que por costumbre fuera  
dado á tales aventuras,  
ni de quién es conjeturas  
que realizar le ocurriera;



no porque su aire gentil  
su simpatía excitara,  
ni porque hubiera su cara  
visto á través del monjil;  
sino porque al parecer  
con él al verle pasar  
quiere su atención llamar  
por algo aquella mujer.

Lo por qué su encuentro anhela  
tiene tal vez buena excusa:  
por dama su aire la acusa  
que liviandad no revela:

conque por si en ardua cuita  
puesta ó falso derrotero  
tal dama, de un caballero  
el amparo necesita,

acercóse atento á ella,  
pero del templo amparándose,  
ella le invitó tornándose  
á entrar en él tras su huella.





Él siempre en la persuasión  
de que la seguridad  
de la dama en realidad  
era el móvil de su acción,

siguióla á la iglesia oscura  
de cuyo ámbito á la entrada  
sintió que la enmonjilada,  
poniéndole con premura

en las manos un papel,  
del templo en la sombra espesa  
se sumió: tal vez con priesa  
de huir y librarse de él.

Don César, no buen creyente,  
mas opuesto á hacer del templo  
un lugar de mal ejemplo,  
viendo éste sin luz ni gente,

tras de la desconocida  
picado echó en la penumbra  
de sus naves que no alumbraba  
lámpara alguna encendida.



Ojo avizor las cruzó  
del atrio á la sacristía;  
mas de ella cuando salía  
sólo al sacristán topó.

Arriesgóse á preguntalle  
por la dama; mas severo  
respondió aquél: «Caballero,  
por tres puertas que á su calle  
    »distinta y opuesta dan  
pudo esa dama salir:  
por ellas, pues, podéis ir  
tras ella: abiertas están.»

Y sacudiendo sus llaves  
el sacristán ofendido,  
dejó á don César corrido  
en las tenebrosas naves,  
    oyéndole rezungar  
contra los malos cristianos  
que negocios tan profanos  
van á la iglesia á entablar.





De su aventura confuso  
y curioso del papel,  
salió y del atrio al cancel  
á leerle se dispuso;

mas era ya tan escasa  
la luz, que sin descifrarle  
volvió otra vez á plegarle  
y dió la vuelta á su casa.

Y á la luz de una bujía,  
acodándose á su mesa,  
he aquí lo que con sorpresa  
ya en su aposento leía:

*Mucho me temo, señor don César, que cuando vuesa  
merced reciba la presente, haya dado ya cuenta á Dios  
Per. Antúnez de lo que ha tenido que hacer para po-  
deros comunicar el misterio de nuestro camarín. El  
enmascarado entraba por la chimenea, el resorte de  
cuyo secreto está en sus morillos de bronce que están  
registrados en invisible ranura, en la cual tienen casi  
imperceptible movimiento. Forzándolos á un tiempo  
por la presión, primero hacia abajo y después hacia el*



*fondo, desnivelan un peso que haciendo girar la pared izquierda del horno de la chimenea, franquea un paso y una escalera en lo macizo del grueso muro. Forzadlos y entraos con luz por el subterráneo; pero no lo hagáis hasta bien entrada la noche, pues tiene salida, como veréis, á paraje habitado por gente que jamás fué amiga de los Tenorios. Cuando volváis á vuestro aposento sabréis más de lo que habéis menester.*

*La presente escribo bajo la palabra de Per Antúnez, quien mucho me temo, señor don César, que cuando vuesa merced la reciba, haya dado ya cuenta á Dios de lo que ha tenido que hacer para poderos comunicar en ella el secreto de vuestro camarín.*

*El enmascarado entraba por la chimenea, el resorte de cuyo secreto está en sus morillos de bronce registrados en invisible ranura en la cual tienen casi imperceptible movimiento. Forzándolos á la par, primero hacia abajo y después hacia el fondo, desnivelan un peso que desencajando la pared izquierda del horno de la chimenea, deja franco un paso á una escalera. Por ella puede vuesa merced bajar al subterráneo, á cuyo comienzo y casi al pie de la escalera hay una puerta de encina bardada de hierro: no haga vuesa merced caso*



*de ella: barreada y condenada desde el tiempo del rey Don Pedro, es la que le daba paso al alcázar y á la torre del Oro. El tránsito hoyabierto y que ha servido á doña Beatriz y que á vuesa merced interesa registrar es el que sigue recto; pero no lo haga vuesa merced hasta que no sea noche cerrada, porque teniendo salida adonde verá, puede antes de las ánimas ver ó ser visto por gentes que nunca fueron amigas de los Tenorios.*

*Mi parecer y lo que os aconsejo es que, después de que lo vedáis, cerréis á macizo el paso del muro, ceguéis la escalera y argamastéis en firme la chimenea, único modo de dejar seguro de intrusos y libre de duendes vuestro solar.*

*Una mujer os entregará esta carta como, cuando y donde mejor pudiere: ni la sigáis ni la interroguéis, porque probablemente arriesgará su vida por entregárosla; y pluguiérame que vuesa merced tuviera presente que, á causa de la parte que ha tomado en vuestros asuntos, no queda tampoco muy segura la de vuestro humilde servidor que os besa las manos*

JUAN MIERA



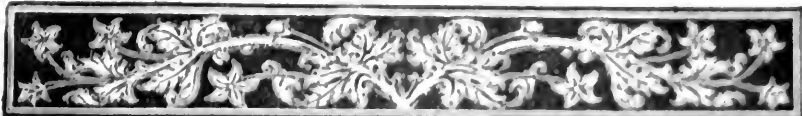


Don César leyendo tal,  
sobrecogido y suspenso,  
quedó entre un placer inmenso  
y una zozobra mortal.

Del secreto sorprendida  
le envía Antúnez la clave;  
pero ¿á qué precio?, no sabe  
aún si es al de la vida.

De Antúnez le apena el duelo,  
su muerte le apesadumbra;  
mas como por él columbra  
cerca el logro de su anhelo,  
en la honda satisfacción  
de salirse con la suya,  
su afán le impide que arguya  
ni juzgue con reflexión.

Entre Ulloas y Mejías  
tenido ha que ir á meterse  
y contra todos valerse  
de extremadas fechorías.



Mas ¿con qué maña ha podido  
arrancarles tal secreto?

Por ellos muerto ó sujeto,  
¿en qué lazo le han cogido?

De muerte puesto en el trance  
por Beatriz, ¿cómo escribe?

¿Cómo en manos de ella vive?

Libre, ¿cómo está á su alcance?

¿Por qué, dónde se halla oculta?

¿Por qué auxilio no le pide?

¿Qué mal hado se lo impide?

¿Qué azar se lo dificulta?

Dando á sus palabras vueltas

tiene delante el papel

sin apercibirse en él

ni coger las hebras sueltas.

Sólo ve en él que le da

un hilo de la madeja,

y asido á él, por él deja

todo lo que suelto está.



Su mismo afán le marea,  
y asido á su solo hilo  
ya está con el alma en vilo  
por abrir la chimenea:

y lo cierto en su impaciencia  
ciego por verificar,  
está próximo á arriesgar  
el éxito sin prudencia.

Cualquiera imaginaría  
que alimenta la esperanza  
de realizar su venganza  
al abrir la galería:

y que por sino feliz  
va á hallar en ella entrampados  
como topos encuevados  
á Ulloa y á Beatriz.

Tenorio en la exaltación  
de su triunfo va, inconsciente  
acaso de lo que siente,  
desde la mesa al balcón.



Y á través de la vidriera  
la noche cerrar mirando,  
con su mirada espesando  
ir sus tinieblas quisiera.

Y mientras á que se adelante  
la noche impaciente aguarda,  
la hora se le retarda  
de ir en cuanto se levante

á hacer ver á sus hermanos  
que razón tenía él solo  
contra Beatriz, de su dolo  
con las pruebas en las manos.

Tiempo haciendo hasta que en obra  
poner su pesquisa pueda  
en cuanto suene la queda,  
por distraer su zozobra,

del mueble en que las custodia  
saca y vuelve á colocar,  
y las vuelve á desplegar  
y el contenido salmodia



á media voz, murmurándolas  
sin saber qué hace siquiera,  
las cartas de Antún y Miera,  
por fin á guardar tornándolas  
en un mueble de secreto  
de ébano incrustado en plata  
que sirvió á Beatriz ingrata  
de secretario discreto.

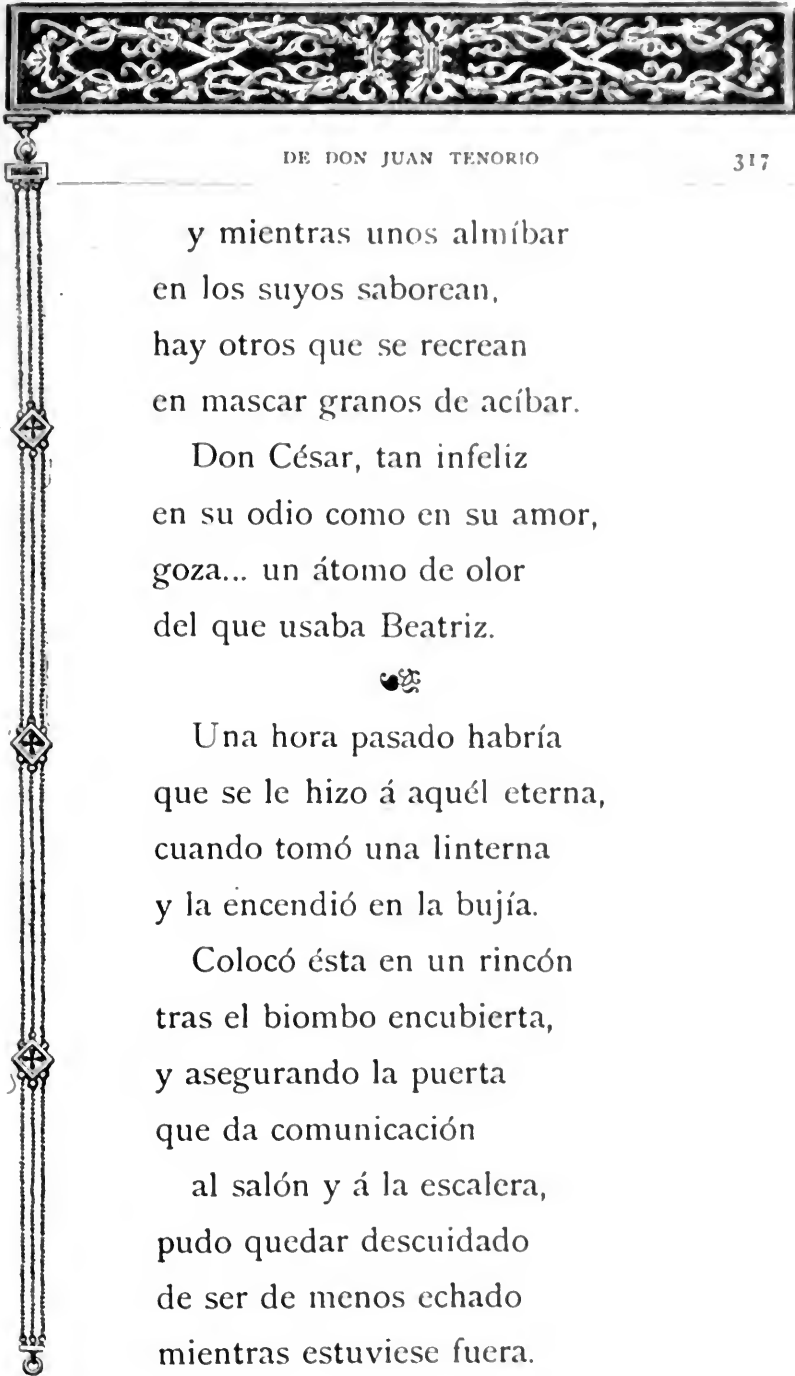
Don César cuando partió  
algo en él de ella buscaba;  
mas del aroma que usaba  
algo en él solo quedó.

Y don César cada día,  
sin darse razón por qué,  
desde que Beatriz se fué  
cincuenta veces lo abría.

Misterios del alma son:  
de odio y de amor los más cuerdos  
suelen abrigar recuerdos  
dulces en el corazón:







y mientras unos almíbar  
en los suyos saborean,  
hay otros que se recrean  
en mascar granos de acíbar.

Don César, tan infeliz  
en su odio como en su amor,  
goza... un átomo de olor  
del que usaba Beatriz.



Una hora pasado habría  
que se le hizo á aquél eterna,  
cuando tomó una linterna  
y la encendió en la bujía.

Colocó ésta en un rincón  
tras el biombo encubierta,  
y asegurando la puerta  
que da comunicación

al salón y á la escalera,  
pudo quedar descuidado  
de ser de menos echado  
mientras estuviese fuera.



Ciñóse puñal y espada,  
metióse en el camarín  
y á los morillos en fin  
mano echó sin miedo á nada.

Apretó, empujó, el herraje  
sintió imperceptiblemente  
ceder, y calladamente  
se desprendió de su encaje

todo un cuarterón de muro  
de la negra chimenea,  
franqueando la boca fea  
del descenso hondo y obscuro.

Don César no vaciló:  
Per Antúnez dió en lo cierto:  
por el antro ante él abierto,  
resuelto á sondarle entró.

Bajó sin dificultad  
por una escalera estrecha,  
pero cómoda y bien hecha  
del muro en la cavidad.



De ella al pie efectivamente  
dió con la puerta anunciada  
como tiempo ha condenada  
fija y permanentemente;

y comprendió al verla atento  
cómo del rey el tesoro  
desde la torre del Oro  
pasar debió á su aposento.

Tanteóla; dió en su macizo  
maderaje un golpe seco,  
que repitió un largo eco  
en invisible pasadizo,

y continuó por la vía  
del que ante él se prolongaba,  
larga y recta galería  
que ante él trémula alumbraba  
la linterna que traía;  
y tras él, según pasaba,  
con la sombra que trazaba  
á entenebrarse volvía:



y el lento son repitiendo  
de los pasos que iba dando  
de alguien que le iba siguiendo  
ó que de él medroso huyendo  
se alejaba parecía.

Don César con calma y brío  
tranquilo avanzaba y ledo  
por el socavón sombrío;  
mas iba sintiendo frío  
por el lugar, no por miedo:  
pues bien sea porque el río  
pase cercano, bien sea  
porque algún huerto campea  
regado sobre el camino  
por un pie de agua vecino,  
el techo en partes gotea.

Tal vez este subterráneo  
que abierto Don Pedro halló,  
un arquitecto labró  
de los Flavios coetáneo.



Doquiera que alcance empero  
su origen y antigüedad,  
ya hasta la romana edad  
ya á la del rey justiciero,  
de él con espíritu bravo,  
de su secreto curioso  
y por penetrarle ansioso  
don César llegó hasta el cabo.

Fin daba á camino tal  
un postiguillo de bronce  
tras el cual se abría de once  
peldaños una espiral.

Subióla y dió en una obscura  
pieza, en un cubo hecho á escuadra  
cuyos muros no taladra  
la memor perforadura.

Remate al ver tan extraño,  
por primer vez le ocurrió  
la idea en que antes no dió  
de una traición ó un engaño.



¡Y era una tremenda idea!  
¡Si está por allí murado  
y al descender se ha cerrado  
detrás de él la chimenea!

¡Si estaba enterrado vivo!  
Brotó á su frente el sudor  
de la angustia, y tal terror  
tenía ¡pardiez! motivo;  
porque doña Beatriz,  
que es tan feroz como audaz,  
es de atraerle capaz  
á muerte tan infeliz.

Y de afán en un momento  
pensó en volver pies atrás;  
pero un instante no más  
duró en él tal pensamiento.

A más de paso cobarde  
vió que, puesto ya en su caso,  
siempre para volver paso  
era tiempo y era tarde.





Buscó, pues, en rededor  
de sí lo de más importe  
por el momento, un resorte  
como el de arriba, un motor  
que encima de él ó delante  
ó bajo sus pies, un paño  
de recinto tan extraño  
ó desencaje ó levante;

pues claro es que quien le hizo  
y quienes salen y entran  
por aquella parte encuentran  
perforado el pasadizo.

A la luz de su linterna  
y á fuerza de registrar  
concluyó al fin por hallar  
la manija que gobierna  
un artificio motor  
que como en la chimenea  
un peso escondido emplea  
en mover otro menor.



Simple y antiguo artificio  
de estos secretos de entonces,  
ocultos siempre en escondes  
y esquinas de un edificio.

Tiró, apretó, alzó, bajó,  
hasta que al fin atinando,  
tras él sin ruido pasando  
una losa se corrió.

Respiró como hombre á quien  
de encima le quitan una,  
gracias dando á la fortuna  
de haber librado tan bien.

Don César creyó poder  
fundar ya bien su esperanza  
de tomar amplia venganza  
al fin de aquella mujer.

Soñó para el porvenir  
saber hacerla tragar  
un anzuelo que á morir  
la arrastre en aquel lugar.



Y permaneció un instante  
absorto en el fijo objeto  
á que debe aquel secreto  
conducirle en adelante:

«Los gemelos crecerán;  
y pues son adulterinos,  
sobre todos sus caminos  
un Tenorio encontrarán.»

Tal era su ilusión nueva;  
mas vuelto, de su abstracción,  
siguió viendo el socavón  
subterráneo adónde lleva;

y atravesó el hueco abierto;  
mas en el nuevo lugar  
al verse, creyó soñar,  
de lo que veía incierto.

En un vestibulo estaba  
de un panteón que claramente  
por el son de aire que siente  
vió que á plaza ó campo daba.



Y en dos capillas oscuras  
laterales que hacen cruz  
vió unas cuantas sepulturas  
de su linterna á la luz.

Aplicóla á los letreros  
en sus lucillos grabados  
y halló Ulloas enterrados  
en los sepulcros primeros:

y los que el fondo ocupaban  
de las capillas sombrías  
encontró que de Mejías  
cadáveres encerraban.

Del subterráneo camino  
penetró todo el misterio:  
aquel era el cementerio  
del monasterio vecino.

Los Ulloas, del convento  
antiguos cofundadores,  
del secreto poseedores  
eran por fortuito evento.



Los frailes auxilio dan  
hoy á Ulloas y á Mejías...  
¿Si yendo y viniendo días  
es un Ulloa el guardián?..

A él también se le previno  
lo que don Luis mano á mano  
dijo á don Guillén su hermano  
acerca de su destino:

«Según como sople el viento  
y venga el tiempo que pasa,  
ó el convento hunde á la casa  
ó ésta derriba al convento.»

Comprendió, pues, que era asunto  
en que el todo por el todo  
va y de ser de cualquier modo  
dueño de aquel paso al punto.

Por las lumbreras miró,  
se cercioró del lugar  
y del paso asegurar  
la posesión resolvió.



Tornó al camarín cuadrado  
y á servirse fácilmente  
de aquel artificio agente  
del secreto averiguado.

Cerró; tornó la escalera  
de caracol á bajar  
y el tránsito á desandar  
hasta el pie de la primera;

y á aquella puerta llegado  
que al pie de ella se veía,  
se dijo: «Veré otro día  
lo que tras ella hay guardado.

»Hoy es tarde y tengo frío:  
la emoción y la frescura  
me vuelven la calentura.  
¡Qué mísero cuerpo el mío!»

Sintiendo que ya dentea  
y se cierne, apresuró  
el paso, subió y volvió  
á cerrar la chimenea.



Candado echó y pasador  
al camarín, y al momento  
de encontrarse en su aposento,  
creyó sentirse mejor.

Mas fatigado y maltrecho,  
por fuerte que hacerse quiso,  
comprendió que era preciso  
ganar cuanto antes el lecho.

Echó, pues, las ropas fuera:  
un gran tazón de tisana  
que estaba á su cabecera  
de un trago apuró con gana;  
sopló la luz de la cera  
y sumiéndose en la lana  
dijo: «Si coger pudiera  
el sueño pronto, mañana  
sería otro hombre. ¡Dios quiera  
que me calme la tisanal!»

Y anhelo tal proferido  
en alta voz, cuello y cara



al arroparse aterido  
sintió..., ilusión del oído  
sin duda, pero jurara  
que alguno se había reído.





ERRÓ don César los ojos  
y en una postura cómoda  
esperó de un sueño dulce  
la calma reparadora.  
Sentía á la verdad algo  
que le producía incómoda  
sensación de un malestar  
nuevo; como una narcótica




pesadez que al mismo tiempo  
le desvela y le amodorra  
con los síntomas variables  
de una exaltación nerviosa;  
mas consecuencia creyéndola  
natural de su anhelosa  
expedición subterránea,  
del sueño esperó mejora.  
Fiado en su buena estrella  
y en su contextura sólida,  
seguro de despertarse  
nuevo hombre á la nueva aurora,  
dejó evocarse en su mente  
las halagüeñas memorias  
que en su corazón arraigan  
y en ella se desarrollan.

De su amor y su venganza  
las esperanzas recónditas  
á revestirse empezaron  
de mil halagüeñas formas;







y en mil vagarosos grupos  
visiones vertiginosas,  
creándose y disolviéndose  
sin cesar unas en otras,  
comenzaron á mecerle  
entre la luz y las sombras  
en que el sueño y la vigilia  
del caos al borde flotan.  
Mas aunque flotó rasando  
del Leteo con las ondas,  
no pudo lograr hundirse  
del olvido en la agua lóbrega,  
porque estas sombras del sueño,  
en vez de una calma próxima,  
disipó una repentina  
jamás sentida congoja.  
Sintió un malestar profundo,  
una sed devoradora  
que le seca las entrañas  
y una fiebre que le aploma.



Mas todavía tomándolo  
por impresión espasmódica,  
efecto del paso súbito  
del subterráneo á la alcoba,  
esperando que la fiebre  
en sudor próximo rompa,  
inmóvil y cobijado  
permaneció entre la ropa.  
Empero con nuevas ansias  
sintió el mal que le acongoja  
crecer con terribles síntomas  
que todo su ser trastornan.  
Concibiendo al fin que tiene  
su mal una causa incógnita  
que ha menester pronto auxilio  
y una medicina pronta,  
se incorporó con intento  
de llamar quien le socorra  
antes de perder las fuerzas  
que siente que le abandonan.






Pero antes que de su lecho  
saltara, una luz dudosa  
esclareció el aposento  
al que se abría su alcoba:  
y con asombro, y creyéndola  
visión que su fiebre forja,  
vió una mujer que alumbrándose  
con una linterna sorda  
avanzaba á él poco á poco  
sin hacer ruido en la alfombra,  
y envuelta en un largo manto  
que impide que la conozca.  
A pesar del dolor físico  
que á cada instante le acosa  
con más violencia, don César  
concentró su atención toda  
en aquella visión vaga  
de quien allí á tales horas  
la presencia no concibe  
y el ser é intentos ignora.





Seguro de haber cerrado  
con atención cuidadosa  
las puertas, y convencido  
de que debe hallarse á solas,  
dudaba aún si ser podía  
quimérica é incorpórea  
creación que los delirios  
de su calentura forjan.  
Mas con la angustia en el alma,  
sin voz ni hálito en la boca,  
brotar del sudor del miedo  
sintiendo en su faz las gotas  
y con ojos que amagaban  
saltársele de las órbitas,  
avanzar hacia él veála  
paso á paso silenciosa:  
porque hay una circunstancia  
que su afán mortal redobla  
y que antes que su faz muestre  
hace que él la reconozca,



y es que la dama velada  
exhala de sí el aroma  
que del mueble que fué de ella  
aún la madera atesora:  
del en que Beatriz guardaba  
sus papeles y sus joyas  
y en el cual de su recuerdo  
dejó tras sí la ponzoña;  
y es que aquel perfume, mezcla  
que ella misma confecciona  
con cantidades selectas  
de esencias de Asia y Europa,  
no es posible que se exhale  
de la dama misteriosa  
sino siendo Beatriz misma  
la visión aterradora.  
«¡Beatriz!» exclamó don César;  
«Beatriz,» repitió sonora  
la voz de aquella visión  
que en realidad se transforma,

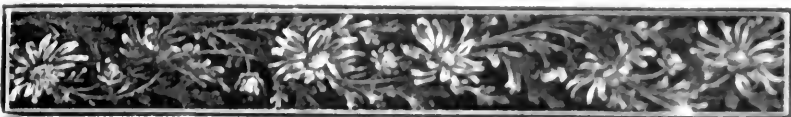


porque echando á tierra el manto  
mostróse ante él en persona  
la más que nunca temible  
Beatriz, más que nunca hermosa.

Don César, bajo el mal físico  
y el espanto que le postran,  
tan sólo acertó á exclamar:

«¿Qué es esto, ay de mí?» y la torva,  
la resuelta, la implacable  
Beatriz, con mofadora  
sonrisa infernal le dijo:

«Que llegó tu última hora:  
que los Mejías son águilas  
y los Tenorios son moscas:  
que tú mueres como un perro  
á manos de una leona  
y que en la partida yendo  
empeñadas vida y honra,  
te la ganan los Mejías  
que juegan por los Ulloas.»



Incapaz de más don César,  
espantado contemplóla  
sintiendo que lucha en vano  
con la muerte ya muy próxima.  
Beatriz continuó impasible:  
«Yo te he puesto en esa pócima  
la muerte y tú la has bebido:  
muere y mi alma al morir sonda  
Per Antúnez dió tormento  
á mis criados en Córdoba  
de la casa de Juan Miera  
en la cueva, y su bigornia  
martilleaba éste cantando  
á gritos alegres coplas  
para ahogar los que sus víctimas  
con mis secretos arrojan.  
De éstos para recoger  
la carta denunciadora,  
la primera, á mi vez diles  
tormento y muerte en Lisboa;



y te escribí la segunda.  
Como una inocente tórtola  
diste en mi red; mientras ibas  
á ver dónde desemboca  
el subterráneo, yo abría  
la puerta herrada, que sólida  
te pareció, y registraba  
tu camarín y tu cómoda.  
Las cartas serán ceniza  
antes que expires: la bóveda  
y el secreto á la merced  
quedarán de los Ulloas;  
tu casa á la de esa austera  
comunidad religiosa;  
y si algún día lo exigen  
afrenta ó venganza póstumas,  
mientras un Ulloa viva  
podrá como yo á estas horas  
del Tenorio primogénito  
penetrar hasta la alcoba.



Y ahora, don César, expira  
con una muerte católica,  
mientras mis cartas te sirven  
de funerales antorchas.»

Así Beatriz diciendo,  
quemó en la luz las dos hojas  
de pergamino, y su tío  
el guardián entró en la alcoba.  
Mas ya don César yacía  
en la eternidad; la cólera  
y el tósigo oír le ahorraron  
aquella oración mortuoria.

A la luz de su linterna  
mostró Beatriz su faz roja  
y apoplética á su tío:  
el fraile á través miróla  
y exclamó: «Ha sido una muerte  
de réprobo; Dios acoja  
su pobre alma bajo el manto  
de su gran misericordia.»



Beatriz dijo con sonrisa  
de incredulidad diabólica:  
«Su muerte era lo que urgía:  
¿de su alma á mí qué me importa?  
Vámonos.» Echóse fuera  
de la cámara; siguióla  
el guardián; quedó tras ellos  
la chimenea traidora  
fría, maciza y barreada  
por defuera, y en la cóncava  
profundidad al perderse  
sus pasos, rayó la aurora.





## CONCLUSION

**M**ás explicación desea algún lector? Por si acaso crée alguno esta conclusión pobre, añadiremos algo.



Al mediodía forzóse  
la cerradura del cuarto  
y en él dieron los Tenorios  
con el horrendo espectáculo.  
Perdiéronse en conjeturas;  
mas perdiendo al par el rastro  
de la verdad, de don César  
suicidio el fin juzgaron.  
A ocultarlo decididos,  
con procedimiento rápido  
el descompuesto cadáver  
en su féretro encerraron.  
Los frailes, teniendo graves  
sendos cirios en las manos,  
sendos responsos rezáronle  
al pie de su catafalco.  
Acudieron á su entierro  
los piadosos sevillanos  
horas antes que á los toros  
que aquel día se lidiaron;



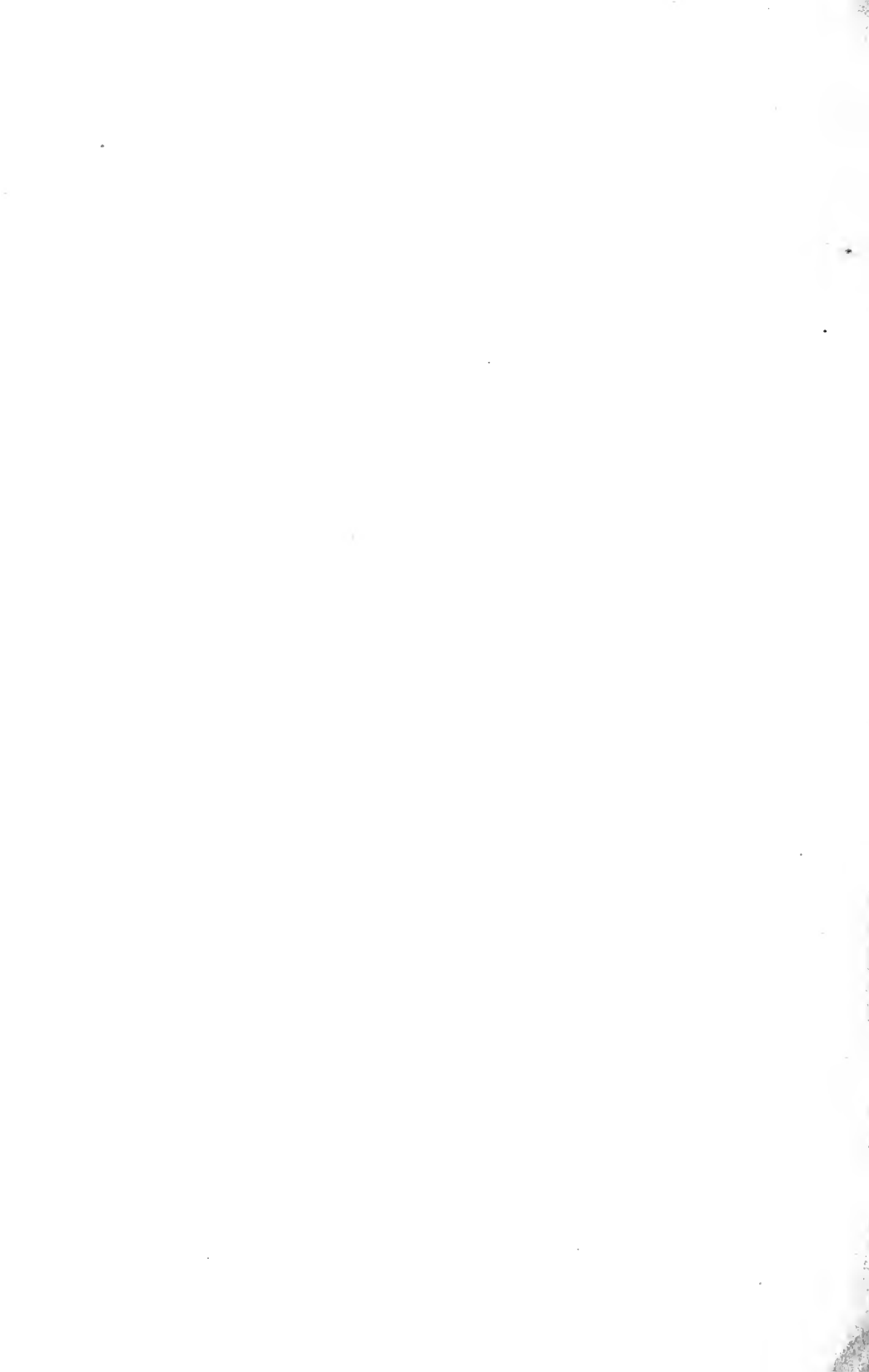
y al cabo de una semana,  
á excepción de sus hermanos  
y su sobrino, de menos  
no echó un vivo al enterrado.

Tal es el mundo; mas nada  
pasa en él sin que su paso  
causa tenga ó huella deje,  
consume ó prepare algo.



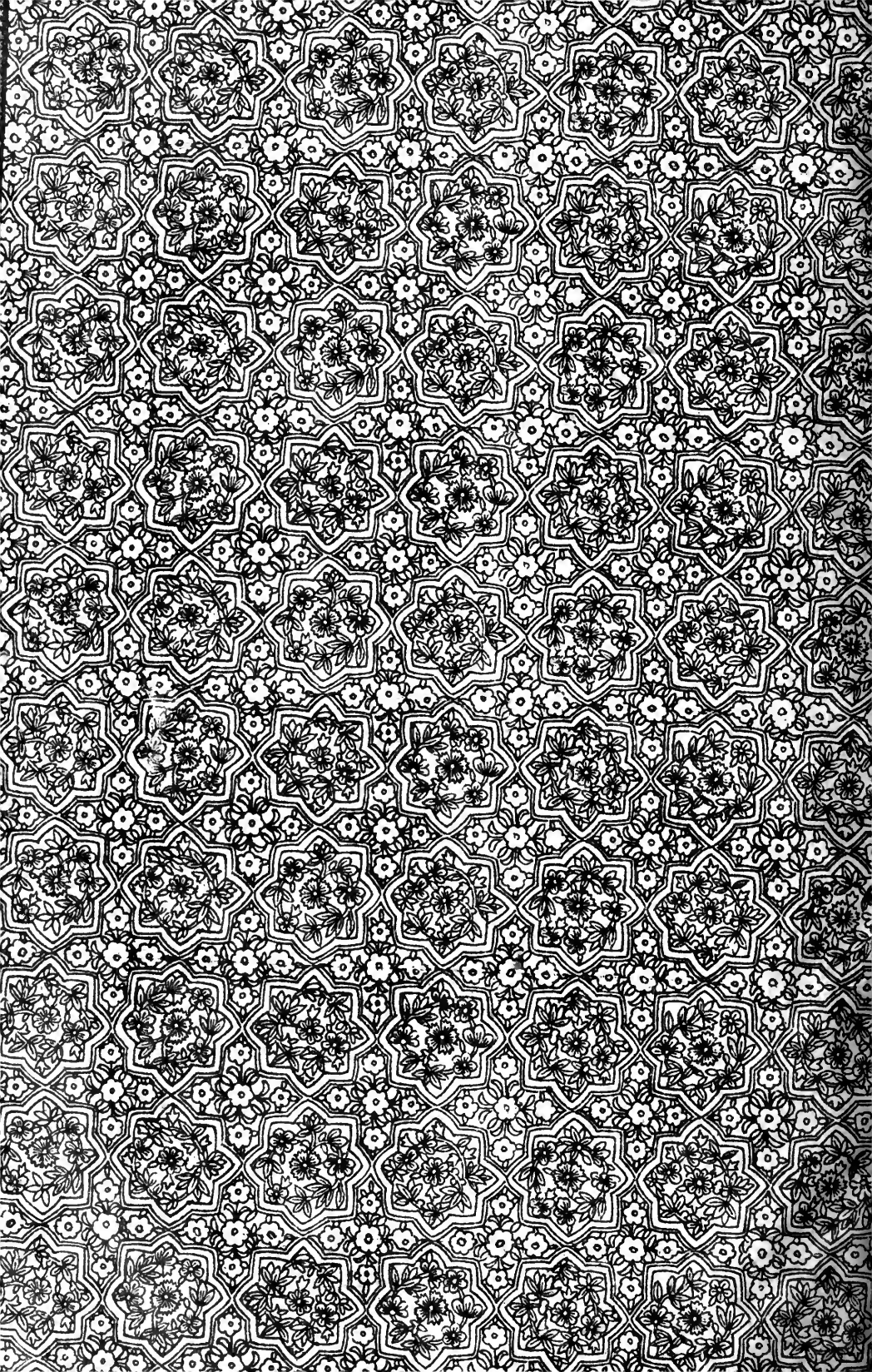












PQ  
6575  
L38  
1895

Zorilla y Moral, José  
La leyenda de don Juan  
Tenorio

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

